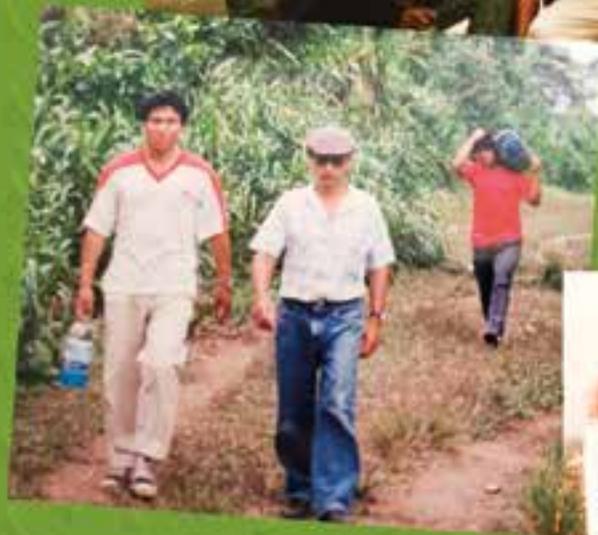
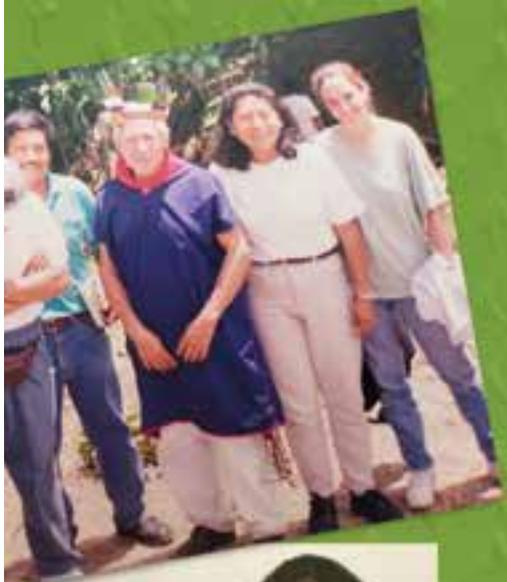
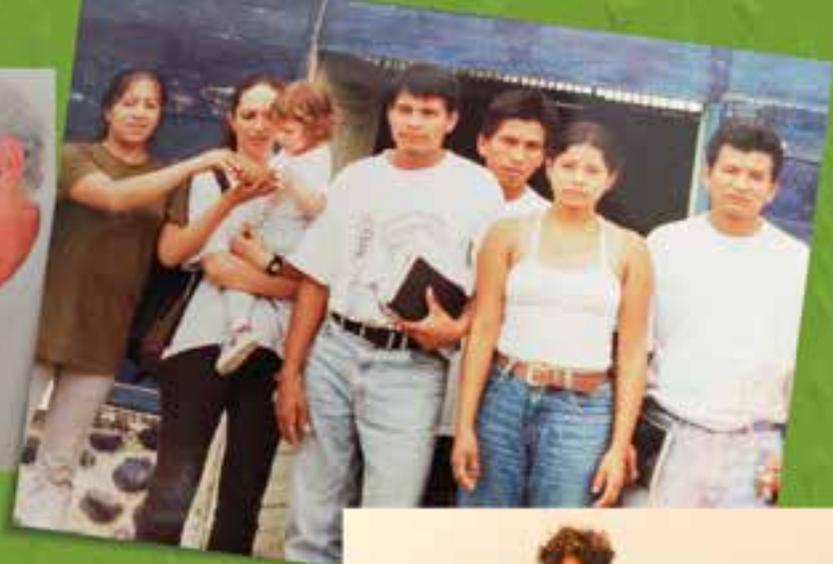
A watercolor illustration featuring a dragonfly in the center. The dragonfly's body is dark, and its wings are light green and yellowish. It is surrounded by various green leaves and stems, some of which are dark green and others are lighter. The background is white. The text 'El DYA' is written in a green, cursive font in the upper right quadrant.

El DYA





El Dya

El DyA

LOS 30 AÑOS

El DyA. Los 30 años. Quito, Desarrollo y Autogestión, 2018

NARRACIÓN: Félix Bombarolo

ILUSTRACIÓN: ©Leicia Gotlibowski

COORDINACIÓN GENERAL DE CONTENIDOS:

María Dolores Campoverde, María Gloria Barreiro, Maró Guerrero

DIAGRAMACIÓN: Leticia Kutianski

FOTOGRAFÍA: Félix Atahualpa Albán, Equipos DyA Ecuador, Bolivia, Perú, Argentina

RECOPIACIÓN Y EDICIÓN DE FOTOGRAFÍAS:

Félix Atahualpa Albán. Willak Comunicación

CORRECCIÓN DE ESTILO: Rocío Bressia

IMPRESIÓN: Imprograf. Industria Manufacturera de Productos Gráficos.

Juan J. Paz y Miño N49-131 y Jaime Chiriboga of. 110 A - 593-9-92765834

ISBN: 978-9942-9865-4-2

Tirada: 1000 ejemplares

96 p.

DyA

Centro de Desarrollo y Autogestión

Calle Arroyo del Ro N37-60 y José Correa. Quito. Ecuador

Tel. 593-2-2275385 / 593-2-2458913

E-mail: dyaquito@yahoo.com

<http://www.dya.org>

Julio de 2018

Narración: Félix Bombarolo

Ilustraciones de Leicia Gotlibowski



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
Las historias.....	11
NACIMIENTO	13
<i>Amanece en Latacunga</i>	16
<i>Guaguas</i>	19
<i>Moscas y miel</i>	21
CONSOLIDACIÓN	25
<i>Shamuni tutamanta</i>	28
<i>Enfermo en última agonía</i>	31
<i>Chonta</i>	35
INCIDENCIA	39
<i>Gallinazos</i>	43
<i>Cambio de vida</i>	46
<i>Cincuenta mil</i>	49
CRECIMIENTO	55
<i>Tata Santiago</i>	58
<i>El sol y la luna</i>	61
<i>Hoy salí con Dios; si no regreso, me quedé con Él</i>	64
<i>El Edén</i>	67
<i>Noemí</i>	71
El tiempo y el espacio	74
Los proyectos.....	76
La gente	79
<i>Crisis de los treinta</i>	83
EPÍLOGO	89

PRÓLOGO

*Algunas cosas del pasado desaparecieron,
pero otras abren una brecha al futuro,
y son las que quiero rescatar.*

Mario Benedetti

30 años no son nada... ¿o sí?

Julio del 2018: Desarrollo y Autogestión cumple treinta años y queremos compartir este tramo de vida y de memoria con quienes han sido fundamentales en este recorrido, quienes han hecho posible que sigamos presentes y de pie.

Ha sido un ejercicio intenso, un ejercicio de reconocimiento de lo que hemos intentando ser, de nuestros sueños y también frustraciones, de lo que hemos logrado y de lo que ha quedado en deuda.

Recorrimos el pasado, conversamos con los fundadores, con antiguos colegas, con viejos y queridos amigos, con los líderes de las organizaciones con las que trabajamos y nos han enseñado tanto. Hablamos con las nuevas generaciones, procuramos recoger el pensamiento y las experiencias de quienes han hecho la historia de *El DyA* durante tres décadas y de quienes construyen su historia ahora.

En este camino compartido, hemos debatido (mucho), hemos reído (muchísimo), nos hemos angustiado (harto), hemos querido tirar la toalla (¡tantas veces!) y hemos dado en el blanco (muchas más). Traemos nuestros aprendizajes, los momentos y vivencias que nos marcaron, que definieron nuestro rumbo y que nos hicieron lo que somos hoy.

En treinta años de vida, han pasado por los pasillos de la institución seres especiales, cargados de un espíritu que ha inspirado el camino de *El DyA*. Seres que han sido parte de la historia de la organización, de quienes aprendimos y con quienes crecimos también, a quienes recordamos y tenemos presentes aquí y ahora.

30 años no son nada... ¿o sí?

Al parecer, sí. No somos los mismos, ni hacemos las cosas de la misma manera. Hemos mudado de piel, nos hemos tropezado mil veces y, sin embargo, nos sigue moviendo la misma chispa original: la convicción profunda de que hay cambios posibles, que podemos contribuir a mejorar la vida de las personas, a alejar el sufrimiento y, en fin, a aportar en la construcción de una sociedad más justa y equitativa.

Debatimos mucho sobre el formato de presentación de este libro. Imaginamos por ejemplo una «memoria institucional», una suerte de documento histórico que recogiera la experiencia de *El DyA* en desarrollo rural, en salud, educación, trabajo infantil y en todos esos ámbitos en los que tenemos algo para compartir.

Nos propusimos mostrar el crecimiento institucional: cómo fue posible que de pequeñas intervenciones barriales —de allá por fines de los 80—, de esas primeras experiencias en salud en la Amazonía ecuatoriana —a mediados de los 90—, lográramos traspasar fronteras y trabajar en Bolivia, en Perú, en Argentina....

Pensamos también en una sistematización que expusiera los modelos, estrategias y metodologías que hemos construido con gran esfuerzo. Nos preguntamos entonces *¿qué caracteriza a El DyA? ¿De dónde venimos? ¿Cuál es nuestra impronta, nuestra naturaleza? ¿Qué queremos para el futuro?*

Queríamos mostrar nuestra esencia, ese trabajo sistemático, esforzado, pero también ese sentido del humor que nos permite seguir adelante hasta en las crisis más brutales. En definitiva, dejar ver el compromiso logrado en todas las iniciativas y programas.

En algún momento nos paralizamos frente a la dimensión del reto, aunque volvimos a la carga discutiendo largamente sobre cómo llevar adelante este proyecto que recoge treinta años, recupera tantos temas, alude a cientos de personas y recorre varios países. Y todo esto sin que resultara un tratado de difícil lectura, sin que se convirtiera en una sistematización más, en una memoria institucional tradicional poco atractiva.

Un viejo amigo nos ayudó en el esfuerzo y convirtió aquello en hermosas historias cargadas de simbolismo, de recuerdos, de alegrías, de dudas, de historias inconclusas algunas veces pero siempre muy significativas.

No están todas por supuesto —¡era imposible!—, mas en cada una de ellas anida una porción significativa de la vida de *El DyA*.

Ofrecemos este libro como un humilde homenaje a quienes han hecho posible este hermoso recorrido compartido: muchas gracias a todas las amigas y los amigos que nos han acompañado.

Muchas gracias por estas tres décadas.

Las historias

Aquí comienza el recorrido por los treinta años de vida de Desarrollo y Autogestión, *El DyA*.

Un recorrido apasionante, intenso.

Un recorrido a través de sensaciones, personajes, colores, paisajes, olores y sabores que han definido la historia de la institución.

Un recorrido que incluye viajes, variedad de temas, de apuestas técnicas, de propuestas políticas, de relaciones humanas, de situaciones sociales complejas.

Un grupo de jóvenes emprende una aventura. La aventura se realiza y se inician otras, y otras. El grupo de jóvenes crece, se capacita; la organización que formaron se desarrolla, se consolida, se expande.

En ocasiones, los sueños se convierten en realidad.

Lo que van a leer en las páginas que siguen es la historia de ese sueño realizado. Y lo harán a través de episodios, de flashes, de situaciones especiales, de pequeños fragmentos de tiempo y espacio que han sido significativos para *El DyA*.



NACIMIENTO

Todo florece en Ecuador.

Miles y miles de plantas ofrecen sus flores al mundo.
Una megadiversidad que asombra, que deslumbra.

Es tiempo de salir a la luz.

El país se pinta de lilas y morados, de amarillos y azules intensos. Bromelias, orquídeas y heliconias se visten de fiesta.

Selva, sierra y costa sembradas de colores. Páramos, bosques y esteros recobran su belleza singular.

Todo florece en Ecuador, también su gente, diversa, respetuosa, bravía.

Se apaga la década de los 70, una década oscura para América Latina.

Termina con ella la última dictadura que recuerda el pueblo ecuatoriano y se inicia un nuevo tiempo, un tiempo de acuerdos sociales, de incipiente democracia, de búsqueda de mayores niveles de igualdad, de más libertad.

En medio de ese florecer regional, en el marco de ese *salir a la luz* de sectores y comunidades diversas, cobran protagonismo en Ecuador sus pueblos indígenas.

Un protagonismo sostenido a través de luchas y expresiones potentes, masivas, intensas. Kichwas, shuar, chachis y otros grupos indígenas marchan, reclaman sus derechos, hacen oír su voz, mientras que cientos y miles de gentes los acompañan, reconocen la justicia del reclamo. Los apoyan. Se suman para demandar más y más justicia e igualdad de derechos.

Los 80 explotan en América Latina: Argentina, Uruguay, Brasil, Perú, Paraguay y más tarde Chile van retomando su vida democrática. Nicaragua vive su primavera y alienta esperanzas de cambio. La teología de la liberación pone en el centro de la fe cristiana a la *opción por los pobres*.

El *cambio* parece posible.

Las universidades asumen una mirada crítica del mundo. Enfoques transformadores atraviesan los claustros: miles de estudiantes acompañan a movimientos políticos y sociales. Entre ellos, cientos de jóvenes entusiastas de la Universidad Católica de Quito, una de las más grandes y prestigiosas del país.

Es tiempo de rebelión, de movilización popular. Un tiempo donde cada quien intenta sumarse a algún proceso o proyecto colectivo, o bien crearlo. Es el tiempo de las organizaciones sociales, de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), así llamadas, allí nacidas.

Espacios en los que se encuentran la academia y el trabajo de campo, la militancia política y el desarrollo técnico, la organización de base y el Estado.

Hay, entonces, un espacio nuevo que se crea y florece en medio de la primavera de los 80.

Campo fértil para el nacimiento de las ONG. Una sociedad abierta a las nuevas aventuras societarias, con reclamos sociales por doquier y la

apertura de espacios para la generación de nuevas miradas y propuestas. Un mundo dispuesto a cooperar para que germinen las nuevas semillas de futuro.

Qué más se puede pedir.

En ese océano revuelto de posibilidades, nace *El DyA*.

Desarrollo y Autogestión, vaya nombre para una organización. Un nombre cargado de sentido, de posicionamiento político. Un nombre que se inscribe en las teorías de la época: desarrollo a escala humana, desarrollo con equidad, desarrollo comunitario, desarrollo inclusivo...

Es en ese bullicio que nace y se despliega una de las organizaciones más antiguas y reconocidas del Ecuador, de América Latina. Nacimiento y despliegue que transitan momentos de efervescencia y deseo, de utopía y también de tensión, de incertidumbre y precariedad —institucional, económica—.

El DyA se constituye en julio de 1988, en la localidad de San Vicente Mártir de Latagunga, capital de la provincia de Cotopaxi, Ecuador. Un grupo de jóvenes motivados decide «salirse del molde» y emprender un camino de militancia y desarrollo profesional diferente lejos de la «pura academia» y cerca de la militancia política y social. Con alguna experiencia de campo, con alguna participación en levantamientos y toma de tierras, con alguna experiencia en investigación, con alguna experiencia en desarrollo rural, con alguna experiencia en ONG, con un enorme y desbordante entusiasmo.

Poco a poco el grupo comienza a moverse.

Primero, los estudios sobre el estado de la infancia en Ecuador. Un tema ¿nuevo? para el país:

organismos públicos y de cooperación internacional reconocen la vulnerabilidad extrema de miles de niñas y niños ecuatorianos. El Instituto Nacional de la Niñez y la Familia (INNFA) comienza a acercarse a *El DyA*, a confiar en su modo de trabajo, en su enfoque, en sus criterios metodológicos. También el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), que inicia en la década de los 90 un largo camino de trabajo conjunto con la institución. A esta demanda creciente de conocimiento y audacia, se van sumando instituciones: el Ministerio de Bienestar Social y Catholic Relief Services (ONG de la iglesia católica norteamericana), entre otras.

El grupo de estudiantes va dejando poco a poco su estatus de «aprendices», para comenzar a convertirse en referentes en temas de infancia en el país.

Las investigaciones y consultorías se suceden, la demanda crece.

Mientras tanto, algunas incursiones en campo van mostrando un camino posible y deseado: pensar y hacer no deberían considerarse acciones contrapuestas o excluyentes, y así lo entiende el grupo.

Sin embargo, la fusión no parece tan fácil. En medio del apogeo de esa primera etapa de instalación en el mundo de las organizaciones sociales, a mediados de la década de los 90, en plena era neoliberal recorriendo el continente, *El DyA* decide ¿separar? ambos campos de acción. Por un lado, un equipo de «consultores» responde a la demanda de estudios y diagnósticos. Por el otro, un grupo de profesionales —que suman a voluntarias y voluntarios—, caminan el territorio, apoyando el trabajo de organizaciones comunitarias.

Una separación por la que transitaban cientos de ONG en la región en ese entonces. Una separación que duró poco tiempo y que no tendría todo el éxito esperado, pero que sin embargo ha sido enriquecedora en ciertos aspectos.

La institución ha ganado renombre en esos años, y no solo en Ecuador.

El DyA se integra a un programa regional de fortalecimiento de ONG (FICONG), y comienza a difundir su quehacer por América Latina. Establece vínculos profesionales y de confianza con personas y grupos, se integra a redes internacionales avocadas a temas de infancia y juventud. Se contacta, se mueve. Intenta articular su afán de transformación social, de militancia, con acciones que le permitan sostenerse institucionalmente.

Transformar la realidad y mantener económicamente a las personas y familias que forman parte de la organización: una combinación compleja que lograría un equilibrio razonable recién a mediados de la década de los 90, luego de ocho años de vaivenes, crisis y transformaciones sustantivas.

¿Y qué sucedió a mediados de los 90? *El DyA* consigue un financiamiento relevante y parte hacia la selva.

Pero esa, esa será otra historia.

Amanece en Latacunga

6:30

Una chicharra aguda anuncia la llegada del nuevo día.

Reflejos plateados aparecen en uno de los lados de la camioneta Ford que está estacionada frente a la puerta del caserón.

El caserón: techo de tejas a dos aguas, algunas paredes blancas y otras sin revocar. Una escalera generosa que vincula la parte más baja de la ladera con la galería de entrada. Al final de la escalera, una reja.

Las tejas también se iluminan, poco a poco.

Un cielo que pasa en minutos de azul noche a magenta. Está nublado, apenas. Unas nubes tenues que parecen esfumarse, disolverse en el cielo de Latacunga.

Quietud. Silencio. Aroma a flores, a sierra, a rocío de madrugada helada.

Quienes habitan la casa se despiertan, una pareja de mediana edad. Se levantan con lentitud campestre, con tranquilidad.

Algo está por suceder en ese sitio, pero aún no sucede.

8:17

La camioneta es una F100 modelo 83. Tiene poco más de cinco años de uso pero luce trajinada, con algunos golpes de ripio sobre la chapa oscura.

Su dueño aprovecha que el sol aparece al fin sobre la sierra y sale de la casa para correr el vehículo de la puerta. Deja espacio para que pasen los invitados al encuentro.

Sentado frente al enorme volante intenta varias veces con el encendido hasta que arranca. Allí queda, sintiendo el rugir del motor, esperando que se caliente un poco para avanzar y dejar la camioneta en la parte trasera de la casa.

Se queda sentado mirando a través del parabrisas la maravilla a la que no se acostumbra. Vive en esa casa hace años, pero no puede dejar de asombrarse cada amanecer, cada atardecer en que el sol ilumina con fuerza la cumbre plateada del Cotopaxi.

Aguarda tranquilo, frente al volante, un buen rato.

La camioneta humea, hace frío y está con problemas de bujías. El humo enturbia su visión pero logra advertir a través de su espejo que detrás, en el largo camino de tierra que desemboca en la puerta de la finca, aparecen un par de jóvenes cargando mochilas.

Ya es hora, los invitados comienzan a llegar a Latacunga.

9:49

Una sala adornada con fotos familiares y cuadros con motivos serranos: paisajes amarillentos y ocre y caballos bravíos.

En la sala, varios sillones tapizados de cuero marrón y sillas de madera, algunos almohadones en el piso. Todo se va ocupando, de a poco.

Loli, la dueña de casa, llega a la sala desde la cocina con una bandeja cargada de café y galletas.

Saluda a los invitados, que ya son cinco. A algunos los conoce, de lejos nomás, de nombre. Amigas y amigos de su hija, del marido de su hija, de la facultad, de la familia.

Se acomodan. Saludan a quienes van llegando. Se abrazan. Se quitan chaquetas y gorros y bufandas y sacos. Está frío afuera y vienen de lejos, de Quito, casi todos.

Alguien trajo aguardiente para la tarde. La abogada del grupo preparó dulce de higos.

Rodrigo, el dueño de casa, avisa que irá prendiendo el fuego, que tiene todo lo necesario para la ocasión: carne fresca de cerdo adobada, plátanos, maíz cocido, papas y ajíes y huevos y todo lo que necesita para preparar la chugchucara.

El vino lo traen quienes vienen en carro. Los están esperando, pero aún no llegan.

11:09

Ahora sí, ha llegado el grupo que faltaba.

Llegan en un Nissan 4x4: dos mujeres, tres varones.

Las puertas del carro se abren y la música de Silvio se funde con la tierra seca de Latacunga: *Ojalá que no pueda tocarte ni en canciones...*

Un joven de cabello oscuro, rizado, barba tupida, lentes gruesos y equipaje ligero sube la escalera del caserón hasta alcanzar la puerta. Carga una caja de vino chileno, Undurraga. La caja está cerrada y bastante maltrecha.

Los que llegan y los que ya estaban en la sala comienzan su ritual de saludos y bromas. Una docena de jóvenes que apenas inician sus vidas adultas. Una docena de audaces profesores nóveles y estudiantes que están por graduarse.

Hombres y mujeres de las ciencias sociales: antropólogos, sociólogos, politólogos, abogadas, educadores.

Se saludan con familiaridad, con afecto. Son amigas y amigos con ansias de cambiar el mundo. Con ilusiones.

Pasan un tiempo contándose anécdotas y novedades recientes, cosillas ocurridas en «la Católica» la semana que pasó: un noviazgo que se rompe por una infidelidad, un profesor amigo que gana un concurso, un encuentro tenso en una de las clases de Ciencias Políticas: un debate áspero sobre «cambio social». Ríen; beben y ríen.

Un buen rato después se van apagando saludos y anécdotas.

Loli y Rodrigo se despiden diciendo *los dejamos trabajar tranquilos*. El grupo se acomoda en sillones, almohadones y sillas. Un silencio de cine se apodera de pronto de la sala de ventanales altos de vidrios biselados. Apenas un poco de claridad penetra desde la montaña helada, una luz cálida de velador acompaña la resolana que llega desde la montaña. Huele a tabaco, a café caliente, a humedad de casa de campo de paredes anchas.

La reunión está por comenzar.

12:12

Todo lo que debían discutir lo han venido discutiendo las últimas semanas.

La figura legal. El nombre. La razón social. Los objetivos.

Unos pocos presentes, los más grandes, los *profes*, han tenido algún paso por el mundo de la militancia y de las ONG. Han disfrutado de

sus bondades y padecido también separaciones y quiebres traumáticos. Parecen más conscientes de la empresa que están por iniciar. Las otras, los otros, los más jóvenes llegan a Latacunga con curiosidad y espíritu inaugural, frescos.

Alguien habilita el espacio para que una de las presentes repase en voz alta lo que han venido a compartir, a acordar, a sellar.

No bien comienza la lectura, un debate que se viene arrastrando sin acuerdo aparece de pronto y detiene el envión inicial de la narradora:

—¿*Autogestión* no les parece demasiado reformista, liviano? ¿No nos acerca demasiado a una mirada religiosa del trabajo social?

El histórico debate sobre el cambio social, sobre las condiciones que deben generarse para que el cambio se produzca, sobre cómo nombrar las cosas que queremos nombrar.

Nadie ha dudado sobre *Desarrollo*, pero al llegar a *Autogestión* la duda se genera y produce un cruce de posiciones políticas que enriquece aunque demora la lectura, su definición.

La discusión se salda cuando quien lee pide permiso para avanzar y dice:

—«Desarrollo y Autogestión busca aportar a la construcción de una sociedad más justa y equitativa con mayores y mejores oportunidades de desarrollo, especialmente para niños, niñas y adolescentes...»

La voz de quien lee se entrecorta. Una emoción colectiva recorre Latacunga.

Eso es lo que quieren hacer. Así es. Así es.



Guaquas

«Viven en el Ecuador a inicios de la década de los noventa, 10.430.000 personas. De ellas, el 38,22% son menores de 14 añññños: casi 4 millones de niññññas, niñññños y adolescentes».

Letras blancas sobre fondo negro se recortan en la PC386 recién llegada a la oficina.

Es miércoles. La computadora es prestada, la impresora matricial, también. El procesador es relativamente nuevo. El WordPerfect acaba de ser instalado, aunque aún nadie en la oficina lo sabe utilizar muy bien.

Quien está frente al teclado, junto a una pequeña ventana del departamento de la calle Murgeón, es una joven menuda que está a punto de recibirse de socióloga.

Tratando de concentrarse en la pantalla, la joven repite, una vez más:

—¡Basta!

Quienes escuchan ríen.

Lejos de detenerse por el pedido, la pareja de compañeros se acomoda para repetir su actividad favorita de ese día.

El departamento es pequeño, demasiado pequeño para el grupo. Pero es lo único que lograron alquilar con el dinero que tenían, producto de algunas consultorías y estudios realizados en los últimos meses.

«La lucha contra la pobreza en el Ecuador ha tenido grandes avances en los últimos añññños. Sin embargo, más allá del promedio nacional, en aquellos sectores autodefinidos como indígenas, la incidencia de la pobreza por ingresos se incrementa, especialmente en niñññññas, niññññños y adolescentes».

La entrega será pronto, el cliente espera el primer borrador del informe para el fin de semana y la tecla ñ se sigue trabando.

Quien teclea y reniega contra el teclado dañado y revisa los informes que llegan de provincias y cantones intenta concentrarse para terminar lo antes posible. Lleva un par de noches durmiendo poco, está tensa y, además, los compañeritos no parecen colaborar demasiado con su apuro:

—¡Estos *manes*!

Se enoja. Deja el documento a un lado y observa espantada cómo sus colegas de oficina, sus amigos, están por iniciar una nueva carrera.

Ambos están tomados del borde de sus sillas relucientes. Las dos sillas se apoyan en la puerta de ingreso a la sala de reuniones, en una punta del pasillo. En la otra, la puerta de ingreso a la oficina donde espera, sin poder creerlo, la joven investigadora de *El DyA*. En medio del largo y oscuro pasillo que hace las veces de pista de Fórmula 1, la puerta de ingreso al departamento.



La carrera se inicia, ambos contendientes dicen a coro:
Uno. Dos. Tres: ¡Ya!

Los pilotos empujan sus vehículos con los pies y gritan. Gritan desaforados.

Los vehículos: un par de sillas ergonómicas con rueditas, que recién ha llegado a *El DyA*. Ambas sillas vuelan por el pasillo angosto. Los investigadores nóveles ríen a carcajadas, están compenetrados con la carrera, se entusiasman con el nuevo equipamiento, lo más nuevo que luce en la oficina.

Sentada en su vieja silla de madera prestada, la joven socióloga pide a gritos que se detengan. Se dirigen hacia ella a una velocidad inusitada: no lo puede creer.

—¡Paren, huevones! —grita.

—¡Paren! —grita.

Los jóvenes transitan esos pocos metros con la adrenalina *a tope*. Un recreo en medio de tanto informe, estudio, proyecto que circula por la institución por esos días.

En apenas pocos años han cobrado una relevancia que no esperaban alcanzar tan pronto.

Disfrutan de sus logros.

Pero esta vez, en esta nueva carrera, en ese departamento pequeño, no han medido correctamente la fuerza y la distancia. Y entonces...

Justo cuando estaban por llegar a la meta y estrellarse contra el escritorio de la joven investigadora, al otro lado del pasillo, un hecho inesperado está por suceder.

Comienza a subir las escaleras que llevan hasta el primer piso del edificio de la calle Murgeón, quien dirige *El DyA*, su director. Un hombre de treinta y pocos, encargado de llevar a buen puerto ese barco repleto de jóvenes y entusiastas, navegantes de las ciencias sociales.

Y no llega solo a la oficina, lo acompaña el secretario nacional de planificación, el contratante del trabajo que se está gestando en ese sitio, en esa organización seria y responsable a la que le han confiado semejante estudio.

Pero eso no lo saben quienes compiten con sus vehículos a alta velocidad en el interior de la sede de la organización.

A punto de hacer colisión y llevarse puesto el informe, la 386, la investigadora y todo lo demás, se escucha el sonido de unas llaves abriendo la puerta de entrada a la oficina.

Ambos corredores tuercen el pescuezo hacia la puerta con asombro, intentando detener lo que ya no es posible detener. La joven enojada levanta sus manos intentando detener a los dos energúmenos que están a punto de llevársela por delante sin más. Mientras, sigue gritando *¡Paren, bestias! ¡Paren!*

Anochece. Casi no hay luz natural. Un casete del grupo Umbral resuena desde algún rincón de la oficina. Se escuchan bocinas y alguna sirena que llega desde la Avenida América. Huele al nailon que aún envuelve a las dos sillas con rueditas recién llegadas.

En medio de ese aquelarre en el que el choque de planetas parece inexorable, la puerta de la oficina comienza a abrirse, y todo lo que debía suceder, sucede.



Moscas y miel

Son las diez de la noche y aún no ha terminado el día.

El grupo se dividió en dos equipos: uno trabaja en el patio, el otro, en la sala principal.

La pareja de jóvenes que llegaron desde el Ecuador se ha repartido: la chica en el patio, el muchacho en la sala. Ambos ejercen cierto liderazgo en cada equipo.

El lugar: el convento de La Merced, en Antigua, Guatemala.

Jóvenes que apenas inician su vida profesional, formándose para cambiar el mundo.

Treinta almas apasionadas, entusiasmadas, ávidas de conocer y conocerse, de saber el por qué de tantas cosas, el por qué de la pobreza en Latinoamérica, por qué tanta inequidad, por qué la opresión y los años de sometimiento y dictaduras. Pero, sobre todo, queriendo saber cómo cambiar esa realidad que duele, que indigna.

Sixto Durán Ballén lleva apenas un año presidiendo el Ecuador. Los procesos de «modernización del Estado» se difunden más y más por la región. Las organizaciones no gubernamentales cobran relevancia. El Ecuador es una muestra.

El día fue intenso. Es el último día del curso. Han pasado dos largas semanas trabajando juntos cuestiones diversas: han revisado el contexto político y social de América Latina, han revisado el proceso de formación de las ONG de la región, y han trabajado el tema planificación y evaluación de proyectos. La entrega final del curso, la que están preparando esa noche en el convento, es un proyecto de desarrollo formulado a partir de un caso de estudio. Los dos grupos se han tomado muy en serio la tarea.

La construcción del convento se inició en 1548, momento en que la ciudad de Guatemala fue trasladada al Valle de Panchoy, conocido hoy como La Antigua Guatemala. Fueron los frailes de Nuestra Señora de la Merced quienes la iniciaron.

Es en medio de ese clima de mística ancestral, religiosa, en ese clima de anhelo de cambio social, que los grupos trabajan. Gentes de ONG de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, El Salvador, Paraguay, Uruguay y Venezuela, además del Ecuador.

Los jóvenes ecuatorianos avanzan en la tarea transmitiendo su experiencia en el trabajo con educadores de calle y organizaciones

barriales. Presentan el modelo de participación comunitaria como bandera. Introducen la temática indígena. Aportan desde una organización joven que se debate entre la producción de conocimiento y el trabajo en territorio, en el barrio. Discuten. Se pelean. Han llegado a Antigua en plena crisis financiera de su organización, meses sin cobrar salario.

Reina un clima cálido en ambos grupos. Han convivido quince días. Han paseado por Chichicastenango y Atlitán. Han visitado ruinas, comprado telas. Han discutido de política y de desarrollo. Han reconocido las diversas realidades latinoamericanas: más urbanas, más rurales; más progresistas, más conservadoras; más tecnocráticas, más participativas.

Quien facilita el encuentro avisa, por tercera vez, que el tiempo se ha acabado.

Los dos proyectos serán presentados en plenaria, analizados en conjunto, cotejados.

Tendrán que ser proyectos replicables. Tendrán que poder ser escalables a política pública. Deberán ser participativos y sostenibles en el tiempo. Nuevas formas de diseñar procesos de desarrollo, hasta ese entonces, más asociados a la improvisación o a la planificación centralizada.

El grupo está listo. Llevan sus papelógrafos a la sala. Todos se abrazan, satisfechos, mientras caminan por el hermoso patio apenas iluminado rodeado de buganvillas de colores diversos. Suena, a lo lejos, Lito Vitale interpretando *Ese amigo del alma*.

La joven ecuatoriana comparte el grupo con el representante de una prestigiosa ONG del Perú, le pide su mail mientras caminan hacia el salón: «mi nombre y arroba desco.org.pe», le dice. Ella le entrega una tarjeta en medio de risas y anécdotas. La tarjeta lleva su nombre y el de su organización: *El DyA*. Le cuenta que pronto replicarán el taller, que será en una hostería situada en Puenbo, cerca de Quito. Lo invita. Hay clima de despedida.

Es viernes, la mañana siguiente comenzarán a partir cada cual a sus mundos. Los espera una fiesta en el único bar abierto que queda en Antigua Guatemala luego de las diez de la noche: Moscas y Miel.

El joven ecuatoriano comparte el grupo con una mujer que llega de Argentina. Mientras pega el trabajo de su grupo en una de las paredes blancas del convento y coloca música clásica en el equipo de la sala de capacitación, le pide sus datos y quedan en contactarse. Habrá otro evento del programa de formación en Buenos Aires, antes de fin de año. Le han propuesto al joven dirigir la institución donde trabaja, no lo ha decidido aún, de eso depende que vaya a Buenos Aires.

Hace frío. Las mujeres se abrigan. Todos quienes forman parte de ese grupo saben que se inicia una nueva etapa en sus carreras. Se llevarán de Antigua, además de nuevas destrezas, nuevas maneras de ver y de generar procesos de desarrollo y trabajo comunitario. Se llevarán, nuevos amigos, contactos institucionales y posibilidades de crecimiento regional.

Han aprendido «en acto» de confraternidad latinoamericana, y eso impactará en el futuro de sus organizaciones. Pasarán años para que ese aprendizaje y esa apertura se exprese, se manifieste en hechos.

La mayoría de los que allí comparten el trabajo, el pan y el gallopinto asumirán cargos de relevancia en sus países, en sus organizaciones, incluyendo la pareja de científicos sociales llegados desde el Ecuador.

Ya está todo listo para iniciar la plenaria de presentación de los proyectos, la final.

Hay cansancio, sí, pero hay satisfacción, también.

Vendrán cambios y transformaciones personales e institucionales después de Guatemala. Pero ahí, en ese convento del siglo XVI, esa noche de viernes, nadie puede siquiera imaginarlo.



CONSOLIDACIÓN

Rukullakta significa en lengua kichwa «tierra vieja».

El Pueblo Kichwa de Rukullakta está conformado por 17 comunidades y forma parte del cantón de Archidona, provincia de Napo, plena selva ecuatoriana.

Un pueblo que se siente heredero del Guerrero Jumandy, figura histórica destacada de la Amazonía. Jumandy comandó el levantamiento de los Quijos, un movimiento libertario destinado a enfrentar a la conquista española a mediados del siglo XVI. El guerrero amazónico es ejecutado por orden de la Real Audiencia de Quito en 1578 y, desde entonces, se ha convertido en mártir y referente de la resistencia indígena de todo el Ecuador.

La conquista española.

La resistencia de un pueblo, de cientos de comunidades, de miles de personas que han visto avasallada su cultura, su forma de vida, su tierra, su lengua, sus cuerpos.

Más de ochocientos pueblos indígenas reclaman por sostener sus formas de vida en toda América Latina. Más de cuarenta millones de personas que declaran pertenecer a una cultura arraigada en la entraña misma de esta tierra latinoamericana.

Más de quinientos años lleva esta lucha.

Más de quinientos años han pasado para que América Latina, su sociedad civil, su Estado, comiencen a reconocer los derechos conculcados a esas miles y miles de almas que habitaron la región mucho antes de que el conquistador arribara para llevarse todo. Todo.

La década de los 90 marca un hito relevante en esta larga caminata indígena en el Ecuador.

La lucha por el reconocimiento de la nacionalidad y la autonomía avanzó como pocas veces en la historia del país. Avanzó a partir de marchas, movilizaciones, reclamos, solidaridad y sangre.

La movilización de los indios en Pastaza, el levantamiento pidiendo la titulación de sus tierras, los reclamos por la educación intercultural bilingüe, la lucha de siglos contra la exclusión, contra la explotación indiscriminada de los recursos naturales, las protestas indígenas en el corredor andino a inicios del 2000. Y más. Y más.

Es tiempo del Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik.

Es tiempo de solidaridad entre quienes perciben entereza en esas luchas.

La causa indígena se convierte en la causa principal de cientos de grupos y organizaciones en toda América Latina.

En Ecuador, las principales organizaciones indígenas comienzan a recibir apoyos relevantes de ONG y de la cooperación internacional. Se abre más y más un espacio de militancia y apoyo técnico para cientos de profesionales con ansias de justicia.

Es en ese marco de posibilidades donde se gesta una etapa clave en la vida de *El DyA*.

A mediados de la década de los 90, en medio de una búsqueda continua de proyectos, de caminos de desarrollo organizacional, aparece una oportunidad que cambiaría definitivamente la historia de los protagonistas de esta historia.

Una oportunidad aprovechada.

Una oportunidad que altera el rumbo de las cosas.

Luego de años de trabajo fuerte en investigación y asesoría, de pequeños proyectos de apoyo a comunidades, de mejoramiento barrial en Quito,

Cotopaxi y otras regiones cercanas a la capital, ha llegado el momento de dar el gran salto.

El Alto Napo los espera.

Y será la cooperación española primero, Medicus Mundi Navarra (MMN), la canadiense, después, y por último la alemana (GTZ), los que acompañarán a la selva a *El DyA*, los que permitirán que la organización despliegue, por primera vez, un trabajo profundo y de largo plazo junto a pueblos indígenas.

Y será en Rukullakta. La tierra vieja. Tierra de luchas, de anhelos, de naturaleza exuberante. Tierra a la que llamaban, por entonces, *cementerio de proyectos*, sitio complejo para desplegar un trabajo de cooperación sostenido en el tiempo.

Y será de la mano de Cruz Roja Suiza que ya se encontraba trabajando en la zona —las organizaciones asociadas, una marca en el trabajo de *El DyA*—. Un aliado imprescindible para llegar, para aprender, para trabajar.

Poco más de una década de trabajo entre ríos y cascadas, chontas y orquídeas. Entre personas y familias indígenas y colonos llegados a la selva en busca de una vida mejor.

El signo de ese tiempo: la puesta a prueba de un modo de trabajo diferente, innovador para la región, provocador, audaz.

Jóvenes aprendiendo y consolidando un modo de trabajo que propone:

Escuchar y aprender de los otros, con los otros. Una mirada respetuosa de lo que «el otro» sabe y quiere para su vida. Reconocer al otro con humildad. Estar atentos a la «cultura local» («la manera de ver y de hacer el mundo» de aquellos con los que deseamos colaborar). Una mirada intercultural abierta que fue necesario adoptar,

asumir y fortalecer en un contexto tan diferente, diverso, ajeno.

Apoyar y apoyarse en las organizaciones locales. En las formas de organización que adoptan aquellas personas y familias con las que *El DyA* trabaja, colabora, se compromete. La organización local decide. Se constituye en «actor». Se fortalece y asume el control: del proyecto, de lo que allí sucede, de su futuro. La organización local protagoniza. Se erige en referente y decisora desde el inicio mismo del proyecto, de la acción, de lo que se decida realizar allí, donde sea que allí sea.

Incluir, apoyar y transformar la acción del Estado. Es el Estado donde se pueden lograr las transformaciones hondas, las que hacen falta. En y desde el Estado. Sus organismos. Sus dependencias. Sus políticas. Sus equipos. Las personas que lo conforman. Las acciones y métodos que utilizan. Lo masivo, lo verdaderamente transformador a largo plazo es el cambio en las formas de trabajo del Estado, las políticas públicas, la infraestructura, los servicios públicos. Esa es la convicción, el horizonte último del trabajo de *El DyA*.

Un grupo de jóvenes que aprende y desarrolla métodos que se construyen desde estos preceptos, enfoques, maneras. En la selva. Con organizaciones y comunidades indígenas diversas. Sumando a cooperantes, a voluntarios, a pobladores.

Una década de trabajo en la selva. Con festejos, frustraciones, amores, desventuras, alegrías, sustos, promesas, logros.

Una década y más junto a la Federación de Organizaciones Indígenas del Napo (FOIN), junto a la Cooperativa de Rukullakta, junto a muchos otros grupos y organizaciones del lugar.

Una década apoyando a familias y grupos en temas de salud, educación, saneamiento ambiental, mejoramiento de ingresos, agricultura sustentable.

Promoviendo redes de escuelas por la educación bilingüe.

Previnendo y atendiendo casos de tuberculosis.

Cuidando a niñas y niños sometidos a situaciones riesgosas de trabajo infantil.

Apoyando a las familias en la mejora de sistemas de producción, comercialización y consumo.

El DyA en la selva.

Articulando saberes, disciplinas, destrezas.

Involucrando a los centros de salud de la zona, a escuelas rurales, a municipios, a direcciones provinciales, a ministerios de salud, de educación, de trabajo.

Inciendo en la modificación de códigos, de normas, de leyes.

Apoyando movimientos reivindicativos de comunidades y pueblos olvidados, sojuzgados.

Generando condiciones para que los derechos conculcados se restablezcan, para que los derechos conquistados se efectivicen.

Una «escuela» de trabajo comunitario para el equipo de *El DyA*. Una década participando activamente de asambleas comunitarias, de movilizaciones, de reuniones con familias, con niñas y niños y grupos de productores y de mujeres.

Una década que se convertirá en plataforma para lo que vendrá: el trabajo a gran escala, en todo el país, en varios países.

Pero eso, eso sucederá más adelante...



Shamuni tutamanta

El primer día, llegó a la federación con aspecto seguro y aire ciudadano acompañado por otro hombre. Su imagen —delgado, de cabello largo, castaño, ondulado, amarrado por detrás, de barba incipiente y aspecto de militante revolucionario— contrastaba con la de su acompañante —bajito y morrudo, de cabello claro, corto, rostro fresco, rosado, lentes gruesos con marcos de carey y aires de profesor universitario—. Uno cargaba un morral tejido, de colores. El otro, una mochila negra de tela de avión.

Golpearon la puerta de madera un par de veces. Al no recibir la respuesta esperada, golpearon sus manos con insistencia. Un cielo blanco cubría el Tena esa mañana.

Minutos más tarde, un joven moreno les abrió la puerta.

—Buenos días. Queremos ver al presidente de la organización —dijo el hombre más alto, el de pelo amarrado.

El que los recibió, con desconfianza, preguntó sin dudar con tono grave y sin vueltas:

—¿Para qué?

—Tenemos una propuesta para hacerle —dijo el de morral, primero—. Tenemos un proyecto que le va a interesar —completó el de lentes gruesos, después—. Y queremos que la comunidad kichwa participe activamente —continuó el pelilargo intentando convencer al joven que los recibió con la puerta entreabierta de que los deje pasar.

Mientras el hombre más alto hacía su descargo, su compañero sacaba de la mochila y luego entregaba al joven moreno algo parecido a un librito, o un folleto, o una revista: «Esta es nuestra organización», dijo en un español preciso. También le entregó una tarjeta.

El mensajero escuchó atento. Tomó el folleto, tomó la tarjeta, miró directo a los ojos a los dos forasteros esperando que terminaran su

discurso coral. Cerró la puerta de la casa sin decir palabra y partió a transmitir el mensaje al presidente de la federación.

—Shamuni tutamanta.

Eso fue todo lo que recibió como respuesta. Y eso fue lo que transmitió a los dos visitantes ese día.

Los dos extranjeros regresaron al día siguiente, de mañana, temprano. Tocaron la puerta, pero esta vez no golpearon las palmas. Nubes oscuras opacaban el cielo, calor intenso, humedad y algunos pocos truenos presagiaban tormenta.

La escena se repite. El joven kichwa abrió la puerta de la casa con cuidado y, dejando libre solo el espacio suficiente para que se vea su figura, esperó a que los visitantes se presenten.

—Alli punlla. ¿Cómo está? Venimos al ver al presidente. Estuvimos ayer, ¿recuerda?

El hombre del cabello amarrado intentó generar cercanía saludando al joven en su idioma natal. El joven lo observó sin siquiera una mueca.

—Qué se le ofrece. Dígame a mí, para yo decirle.

Los visitantes, algo desconcertados, se miraron. El hombre bajo con acento español tomó la palabra —una palabra repleta de frases complejas y sonoridad ostentosa—.

—Venimos a invitarlos a ingresar a un proyecto de salud comunitaria y educación bilingüe. Tenemos unos fondos del gobierno español que pueden ayudar a mejorar la vida de sus comunidades. Y quisiéramos hablar con su presidente. Yo debo partir mañana a mi país y no quisiera irme sin verlo. Quisiéramos conversar con él unos minutos, ¿será posible?

Le habló al joven mirando de frente y con voz pausada, firme, franca. Ese día no entregó sus folletos.

El hombre de morral miró con cierta desconfianza a su colega, como dudando de la efectividad del argumento. Un argumento que habían ensayado, y que de todos modos apoyó con su postura. Ambos se quedaron esperando.

Ese día tampoco hubo respuesta inmediata. La puerta se cerró sin mediar palabra y el joven desapareció de escena por un buen rato.

El mensajero transmitió nuevamente el mensaje al presidente, que estaba reunido con varios dirigentes de comunidades del Napo. Sin interrumpir la reunión, le habló al oído con pocas palabras y gesto plano. La respuesta fue la misma:

—Shamuni tutamanta.

El joven regresó a la puerta de entrada y transmitió el mensaje: «Regresen mañana».

Los hombres se van.

Al día siguiente, solo regresó el hombre de cabello amarrado. Golpeó la puerta de la casa con menos entusiasmo, pero con firmeza. Minutos más tarde el joven moreno abrió y esperó en silencio el relato del visitante mirándolo con ojos inexpresivos.

—Kawsankichu. Vengo a ver al presidente. Estuvimos ayer y antes de ayer. Dile que es importante. Nos ha dicho que volvamos hoy. Se trata de un proyecto que va a ser muy beneficioso para los pueblos del Alto Napo. Tenemos unos tiempos que cumplir y necesitamos que la federación participe del proyecto. Dile eso.

Más silencio. Mismo procedimiento. Idéntica respuesta.

Sin saber muy bien qué hacer, luego de mucho pensar y consultar por teléfono con sus colegas y con la organización con la cual presentarán el proyecto —*El DyA*—, el hombre regresó a la casa de la federación una semana después.

Era jueves. Era invierno. Llovía intensamente en el Tena. No tocó la puerta. No llevó morral.

Se sentó en una cantina frente a la federación, se pidió una cerveza y allí esperó sentado frente a una mesa de metal, bajo un toldo de lona, en la vereda, reparado del aguacero.

Una, dos, tres horas.

Poca gente entraba y salía de la casa esa mañana. Los que lo hacían, observaban al muchacho sentado en la vereda de enfrente con desconfianza, con extrañeza. Poca gente caminaba por la Teniente Ortíz, por el puente, por el malecón.

Pasó el mediodía y dejó de llover.

El hombre sentado junto a la mesa de metal miraba la puerta, pensativo. No almorzó. Pidió otra cerveza.

Pasaron las horas y seguía sentado. Tomando sorbo a sorbo su cerveza.

Esperando.

Llegado el ocaso, aún con la poca luz que iluminaba la vereda de la federación, percibió que la puerta de madera se abría y quedaba entreabierta. Así permaneció por un buen rato.

Minutos más tarde, el joven moreno de rasgos filosos, el mismo que lo recibiera la semana anterior, abriendo la puerta de entrada un poco más, mirándolo a los ojos a la distancia, sin gestos, sin muecas, sin expresión alguna, le indicó:

—Pase, por favor.

*Enfermo
en última agonía*

Nada se mueve en Archidona.

En el interior de la pequeña casa de madera que aparece junto al Centro de Salud, una madre prepara el desayuno: agua de guayusa, yuca y plátano.

El que logra espiar por la ventana de la casa y apreciar la escena familiar es Achic, un indígena joven nacido en la comunidad de Tambayaku y criado en las entrañas mismas de Rukullakta.

Junto a él, una antropóloga del proyecto. A pocos metros una médica, dos enfermeras y una dentista —las tres de la Red de Salud de Archidona—. Dentro de la camioneta, el chofer, también indígena.

La brigada está lista. El camino es largo. Iban a comenzar la recorrida por comunidades cercanas a Archidona, pero una alerta de último momento hizo cambiar de opinión a la doctora: «Hay un enfermo en última agonía en la comunidad de Lupino». Transmitió el mensaje un indio adolescente que llegó de madrugada a la oficina del proyecto, en Rukullakta.

Lupino: cuatro horas en carro más otras tres o cuatro de caminata y mula. A decir de los habitantes del lugar, son tres horas a paso de *runahua*, cuatro, si los que caminan son *mishus*. Estarán todo el día viajando, necesitan llegar a la comunidad con luz natural. No es aconsejable llegar de noche. La espesura de la

selva en esa zona no permite un tránsito fácil hasta la comunidad, hay peligros que acechan.

A las siete, con las primeras luces del amanecer, la camioneta del proyecto partió por la vía Hollín-Loreto. Está fresco, pero será un día soleado, caluroso. En una de las entradas de la ruta, los espera José —hermano de Achic—. Lo acompañan tres mulas que utilizarán para transportar los pertrechos.

Achic, «esplendor de amanecer», es el encargado de guiar a la brigada. Es promotor de salud. Dice saber mucho de la selva, allí se crió junto a su hermano, allí vive. La brigada confía.

Llevan el equipo de siempre, el del protocolo: agua, medicamentos, vacunas, instrumental médico diverso, el equipo de la dentista. Llevan carpas, toldos y bolsas de dormir, por las dudas no fuera posible dormir en la escuela de la comunidad.

Al llegar al sitio indicado, todos bajan de la camioneta, se encuentran con José y las mulas. El joven kichwa tiene un mensaje para la brigada: dice que el enfermo de Lupino está mejor, dice que un shaman le ha hecho una «limpia», que había sido brujería nomás. «Eso ha sido», señala el indio. El grupo se relaja un poco.

Luego de un par de horas de caminata el grupo se detiene junto a un arroyo para almorzar. Comen sándwiches de atún que llevaron desde Archidona y unos plátanos. El clima es ameno. Las dos enfermeras del Centro de Salud participan por primera vez de una brigada, también la dentista. Parte del proyecto: el Servicio Público de Salud llegando hasta las comunidades.

La caminata sigue, apacible. Las mujeres intercambian anécdotas graciosas sobre sus vidas, sobre cuestiones propias del trabajo, sobre la vida en Rukullakta, sobre la selva y sus misterios. En un claro del camino se suma al grupo otro promotor de salud, kichwa también. Llega desde Awayaku, es bajito, ancho, sonriente y charlatán. Acompaña a las mujeres del grupo contando historias de la selva y preguntando. Le dicen «Milton».

Achic no dice una palabra durante un largo rato. Carga una bronca de días ocasionada por el uso de la camioneta del proyecto. Prefiere no hablar. Surca las trochas con destreza. Lleva un machete, despeja el camino. Cada tanto afloja la marcha para esperar al resto.

Milton va guiando a las mujeres por caminos no siempre amigables. Una y otra vez las chicas entierran sus botas en el barro y allí quedan, enterradas, embarradas ante la mirada sonriente del joven kichwa. Cada integrante de la brigada fue cubriéndose de barro durante la caminata menos los anfitriones de la selva, que miran y ríen cada vez que una bota y una pierna se hundan y quedan atrapadas en la tierra mojada del Napo.

La espesura de la vegetación va creciendo, poco a poco.

Una de las enfermeras, delgada, temerosa, consulta a la doctora sobre el *cuadro de agonía* que reportaron la noche anterior. No se quedó del todo conforme con el mensaje de José.

—Esperemos que no sea nada, no te preocupes. No bien llegamos lo revisamos —dice la doctora.

La joven enfermera se preocupa, de todos modos. Se abre un debate intenso sobre el

rol de los *shamanes* en las comunidades amazónicas. Se percibe cierta incredulidad en la enfermera. La doctora intenta sostener el respeto que resulta necesario tener por la cultura local. Sobre esa relación conversan un buen rato.

La enfermera delgada lleva una blusa negra de mangas cortas, vestimenta poco apropiada para un ambiente cubierto de insectos y bichos de todo tipo, y ramas sueltas y sol intenso. Recibe varias picaduras. La cantidad y tamaño de mosquitos aumenta a medida que avanzan por la selva.

Lo que sigue: un colchón de hojas húmedas bajo los pies y un tiempo de silencio.

Pájaros y rayos de sol que perforan el bosque. Cada vez menos sol, cada vez menos luz. Humedad y calor. En medio de las charlas y caídas, Milton menciona la palabra *culebra*. Las dos enfermeras se miran, pero siguen su camino como si nada ocurriera, tomando agua de botellitas plásticas pequeñas que cada una carga en su mochila. Milton señala con tono erudito que *las culebras atacan generalmente a quién va segundo, en la fila de visitantes...*

Las cinco mujeres comienzan a cuidar su posición en esa fila.

La doctora intenta saldar el momento de zozobra acercándose a las chicas e iniciando el repaso del protocolo comunitario: primero, visita al enfermo en condición compleja —«según su situación, vemos de sacarlo de la comunidad», señala—. Luego, revisión de enfermos graves, afectados por tuberculosis, por malaria, embarazadas por parir, madres que recién parieron, niños, ancianas, ancianos. Luego, control de talla y peso para niñas y niños

(cerca de 80). Mientras, atención odontológica, aplicación de vacunas, etcétera. Un sistema aceitado. Han realizado el operativo en decenas de comunidades de Alto Napo. Llevan lo necesario, eso creen.

Luego de un buen tiempo de caminata, Achic desaparece de la escena.

Las mulas caminan unos veinte metros detrás del grupo guiadas por José, cargadísimas. Las cinco mujeres de la brigada andan juntas y siguen repasando el trabajo por venir. Achic no se ve por ningún lado. Milton entra y sale del camino. Acompaña de lejos, expectante.

Todas parecen percibir la ausencia del guía, pero nadie lo dice. La dentista resbala y se levanta de inmediato cubierta de lodo, una vez más. Se escuchan risas, no son de mujer.

La enfermera delgada despliega una lámina en la que se aprecia el dibujo de un niño y, dentro de él, en su pecho, un puma con gesto amenazante. Sobre la imagen humana —una figura indígena—, un titular: «Programa de control de tuberculosis Llausa Unkuy / Putupuma». La enfermera preguntó sobre el contenido de la lámina. La doctora le explicó la leyenda local y también la importancia que ha tenido para prevenir y tratar la tuberculosis en la selva. Luego de la explicación, casi al mismo tiempo, las dos enfermeras preguntaron con voz entrecortada:

—¿Hay pumas en esta zona de la selva?

Silencio.

Ya casi no se leen las letras pequeñas de la lámina. Lo único que se alcanza a ver es el

nombre del programa y algunos logotipos que aparecen a un costado de la hoja, entre ellos, el de la Red de Servicios de Salud de Archidona y de *El DyA*.

Huele a tierra mojada y a repelente. Las cinco mujeres se han bañado en repelente.

La antropóloga decide adelantarse para buscar a Achic. Ya casi no se distingue la trocha. Va quitándose ramas y matas de vegetación con sus manos mientras acelera el paso. Lleva unas botas Venus de caucho y una blusa liviana blanca de mangas largas. Calza una gorra con visera verde militar, gastada. A unos metros de sus compañeras, creyendo que allí ya no la escucharán, decide llamar al joven de Tambayaku.

—Achic. Achic.

Busca, busca pero no encuentra. Insiste con más fuerza.

—¡Achic! ¡Achic!

El indio no aparece. El que aparece, llegando a paso acelerado por detrás de la mujer, es su hermano, José. Hablando en voz baja casi sin detenerse, mientras la sobrepasa por ese camino apenas perceptible, le dice:

—Licenciada, voy a apurar el paso, se hace de noche y las mulas necesitan descansar. Mi hermano ha de estar abriendo el camino a machete, adelante. Solo sigan la trocha. Se quedan con Milton.

Cuando la mujer quiso reaccionar, el muchacho y las mulas ya estaban varios metros delante de ella, caminando a paso firme. No quiso gritarle para no alarmar a las compañeras del centro de salud. Solo atinó a balbucear:

—José.

La penumbra del anochecer llegó acompañada de un griterío importante de pericos, loros y cotorras. La antropóloga se detiene en un claro de la selva espesa y espera a que lleguen sus compañeras de brigada. Saca de su morral tejido una linterna y alumbró el camino por donde las amigas ingresan al claro.

Las cinco se colocan en ronda sobre el colchón de hojas. Se miran sin decir palabra. Minutos más tarde, aparece Milton de entre los árboles. Tampoco habla. Se suma a la ronda.

La doctora, con ceño fruncido aunque sin expresar alerta alguna, comienza a girar la cabeza y el cuerpo buscando a Achic, buscando la trocha. Mira, busca, pero no dice lo que busca.

La enfermera delgada ofrece agua. La dentista no habla, conoce la selva pero no de noche, no sin guía. Las envuelve un manto infinito de hojas verdes, húmedas.

Luces pequeñas e intensas comienzan a aparecer a lo lejos, a rodear ese claro en el que esperan, en silencio, las cinco mujeres y el indio. Las luces se acercan, se agrandan, se multiplican.

En medio de esa soledad, de ese clima de incertidumbre, se escucha un grito. No parece humano, pero es fuerte, parece un animal aunque, por su tono, podría ser humano.

Las mujeres se miran. Milton no dice palabra.

Es de noche en la selva. No es hora de andar por ahí.



Cuando lo conocí, pensé que el hombre estaba un poco loco, así, como le digo.

Ya me lo había advertido un productor de la zona una mañana, en el Tena. Me lo encontré comprando herramientas en la ferretería y me dijo, «hay un tipo raro rondando por el campo». No le creí, pensé que era una de esas fantasías de la selva. Pero no.

En ese tiempo, el hombre se paseaba por las fincas mirando todo y anotando y anotando. Fueron meses de verlo por ahí. A veces lo acompañaba un hombre joven de cabello castaño ondulado con, según cuentan, un humor extraño.

Una mañana de domingo me lo crucé por Mangu. Yo no lo conocía, pero por lo que me habían contado supuse que era él. Lo vi sentado debajo de un árbol, junto al camino, con pantalón de trabajo y botas gruesas, mirando una finca. Llevaba un cuaderno en una mano y una botella de agua en la otra. Yo iba camino donde mis compadres de San Pablo. No pude

dejar de acercarme y preguntarle ¿lo ayudo, amigo? Me miró y se levantó de inmediato para darme la mano y presentarse. Muy gentil el hombre. Recién llegaba del extranjero, me dijo. Le pregunté qué andaba haciendo por ahí, y me dijo aprendiendo, buscando. Le pregunté qué andaba buscando y me dijo la finca, las plantaciones. Lo miré raro, creo. Dudé unos minutos y le dije ahí la tiene, delante suyo. Volvió a mirar hacia adelante, donde miraba antes de que yo llegara, y al ratito me volvió a preguntar ¿y dónde están los cultivos? ¿Y los establos? ¿Las maquinarias? Lo volví a mirar y le volví a decir: ahí la tiene, amigo, delante suyo. No entendí muy bien qué era lo que buscaba el ingeniero —que así se presentó ese día—, pero ahí lo dejé, mirando, sentado en ese árbol, junto a la trocha. Como le digo.

Poco tiempo después me lo volví a cruzar en una comunidad cercana al río Hollín. Ese día no hablé con él, pero sí con los hermanos Shiguango, viejos amigos de esa zona, sus hijos habían sido mis alumnos. Me contaron que andaba ese ingeniero haciendo algunas pruebas con lo que sobraba de la chonta en tiempo de cosecha. El joven que andaba con él, según me contaron, decía dirigir una ONG de Quito, trabajaban juntos. El ingeniero decía que podían aprovechar el sobrante de la chonta para hacer alimento balanceado para pollos. Efectivamente, andaban el ingeniero y su amigo por la ribera del río Hollín levantando y embolsando toda la chonta que encontraban tirada y la enterraban en lugares cercanos a las fincas, como le digo. Se los notaba, a los Shiguango, un poco confundidos, pero de todos modos le daban chance al extranjero, *quién te dice y funciona*, me decían.



La situación estaba cada vez más difícil, la población crecía y necesitaban más alimento y dinero para mantener a tanto guagua que nacía en las comunidades.



Un mediodía de abril me volví a encontrar al hombre en Archidona, se acercaba la fiesta de la chonta. Estaba yo almorzando con mi mujer en el mercado un riquísimo *maito* de tilapia cuando llegó a la mesa y me tendió la mano, siempre gentil. Le presenté a mi mujer y lo invité a que se sume al almuerzo, claro. Pasamos un buen rato. Se acercó a los puestos del mercado buscando *maito* de cachama, pero no encontró. No hay mucha cachama en la zona, le dije. Comenzó a preguntarme y preguntarme sobre el tema. Le dije que lo que más se comía en la región era tilapia. Me contó que la tilapia no era tan buena como la cachama, me dijo que se reproducían demasiado rápido y entonces no crecían lo suficiente y entonces... Me habló de las bondades de la cachama, de su poder nutritivo, de su tamaño, de su valor en el mercado. El hombre sabía. Había estudiado, al parecer, en una universidad muy prestigiosa en Centroamérica. Sabía, pero quería entender mejor lo que pasaba allí, en el Napo. Ese día no me dejó pagar el almuerzo, como le digo. Nos invitó y quedamos en volver a almorzar y a conversar otro día, para retribuir su gentileza. Era un hombre moreno y huesudo, de buen trato y voz potente, segura. Nos contó que andaba trabajando en un proyecto que financiaban alemanes. No mucho más.

A partir de allí comencé a cruzármelo cada vez más seguido, a él y a su amigo, el joven de la ONG. Mis alumnos me hablaban de él en las clases. La hija mayor de una familia de San Pablo contó que su mamá estaba



muy entusiasmada con un proyecto de cría de gallinas ponedoras que promovía el ingeniero aquel. Contó que acondicionaban los corrales para que las gallinas no sufrieran el calor sofocante de la selva y el ruido de las tormentas golpeando sobre las calaminas. Contó que se reunían con el ingeniero y que estaban viendo cómo vender más huevos en el Tena y en Archidona. Un visionario. Uno de sus compañeros la interrumpió antes que concluyera el relato para contar, entusiasmado, que el ingeniero le había dado unas semillas a su padre y que ahora cosechaban maíz de cinco mazorcas, en lugar de las tres que cosechaban antes. Una locura. Dos hermanitas contaron sobre cómo cambiaron en su finca la producción del arroz, otros sobre la producción de cerdos, de cacao, de yuca... y así. Un alumno trajo un día a la clase un folleto en el que se explicaban técnicas para la cría de pollos: la luz, el suelo, el alimento. Allí se hablaba del alimento en base a chonta; me acordé del episodio aquel del río Hollín. El hombre aparecía en una de las fotos del folleto junto a su amigo de la ONG, algunos productores de la zona y otras gentes que no conocía. El folleto tenía un loguito verde en la parte inferior, un logo de tres letras, así: «D», «Y», «A», como le digo. El muchacho no supo explicar ese día de qué se trataba la sigla. Recién al tiempo logré saber.

Así pasaron los meses y el ingeniero cobró notoriedad en el Alto Napo. Se construyó una casa hermosa con pilotes de madera junto al río, cerca del Tena, y allí armó una familia. Las gentes del pueblo, de las cooperativas de productores de la zona, se fueron acostumbrando a sus inventos, a sus propuestas productivas. Lo seguían, confiados. Un adelantado, el hombre. Sin embargo, no



todos estaban tan contentos. Me enteré de que algunos jefes de comunidades cercanas ponían en cuestión su malgenio y sus fórmulas arriesgadas. Además, algunos no estaban tan seguros de meterse de lleno en ese tema de la comercialización de sus productos —lo suyo fue siempre más bien producir para comer, no más—. Se armaron broncas por el tema de la venta y el manejo de la plata —siempre la plata...—. Algunos productores querían armar sus negocios solos, otros insistían en que todo se realice en cooperativa —producción y comercialización—. El aumento de los ingresos comenzó a generar disputas. También anduvieron por la zona una mañana algunos gringos de no recuerdo qué organización ecologista poniendo en duda los métodos del ingeniero —los *técnicos de la Land Rover*, los llamaba el amigo del ingeniero—. Un día llegó hasta la escuelita un alemán para hacernos preguntas sobre el hombre aquel y sus inventos. Lo estaban evaluando, nos dijo. No entendí muy bien por qué llegaron hasta nuestra humilde escuelita del Tena a buscar información.

Lo cierto es que, poco a poco, entre ensayos y asambleas y nuevos ensayos y capacitaciones, los productos que el ingeniero promovía se multiplicaban y mejoraban su calidad. Cada vez sonaba más su nombre por ahí, como le digo. Varios amigos, indígenas de Rukullakta, se capacitaron para trabajar en su proyecto. *Extensionistas*, los llamaban. Armaron un equipo y allí siguieron trabajando unos cuantos años. Formaba parte del equipo un dirigente productor de cacao, de una cooperativa de las afueras de Archidona, un amigo entrañable de ese tiempo.

Cuando me fui del Tena, años después de la llegada del ingeniero, aún seguían sus proyectos en marcha. Algunos más exitosos, otros menos.

Pasó largo tiempo sin que tuviera noticias de él. En Quito se habla poco de la selva. Poco se conoce sobre la fiesta de la chonta, las cooperativas agrarias, los *shamanes* y los rituales kichwas.

Pero esta tarde, de pronto, aquel tiempo del Tena, de la chonta y de las tormentas intensas, regresó a mi recuerdo. Al llegar del colegio el mayor de mis hijos, Ernesto, nacido en las afueras del Tena, me saludó con un beso; dejó su mochila en el cuarto y llegó hasta la cocina para contarme sobre su día de clases y preguntarme si podía utilizar su *tablet* por un rato. Le dije que sí, pero solo una hora, hasta la merienda. Mientras la encendía, Ernesto me convidó con un chocolate que le había regalado en el colegio un niño que cumplía años. Me entregó una caja bonita, abierta, que decía *Chocolate de Ecuador WİÑAK, Orgánico 85%*. Inmediatamente comencé a leer con detenimiento el envoltorio de cartón. Y sí, como imaginaba, se trataba de un chocolate producido con cacao de Archidona, en alguna de las cientos de fincas que recibían la ayuda del ingeniero inventor y su equipo de la ONG y de los extensionistas.

Me emocioné.

Nos comimos todo el chocolate. Lentamente.

Lo disfrutamos mucho.

Mientras comíamos, le conté a Ernesto con detalle la historia del hombre que encontré aquel día sentado debajo de un árbol, junto a la trocha, intentando aprender las lecciones de la selva, de su gente.



INCIDENCIA

Lo enfrentamos. Lo construimos. Lo asociamos. Lo denunciamos. Lo bastardeamos. Nos lo tomamos. Lo incidimos. Lo articulamos. Lo fortalecemos. Lo desarmamos. Lo engordamos. Lo ajustamos. Lo adoramos. Lo demonizamos. Lo capacitamos. Lo... necesitamos.

Las democracias contemporáneas han puesto al Estado en el centro de la escena.

No ha sido siempre así, claro está.

Se trata de un fenómeno relativamente reciente en la historia de la humanidad (¿cuatro siglos?), y mucho más reciente aún en el devenir de América Latina, donde la formación de los estados nacionales se produce hace poco más de doscientos años.

El Estado como monopolio de la fuerza, como concentrador de poder, como lugar donde se dirimen los conflictos sociales, donde se gestan las acciones y políticas orientadas a sostener la reproducción humana, la reproducción de la fuerza de trabajo. El Estado como organización legítima de la democracia, como promotora del bienestar general, del bien común. El Estado como organización burocrática, como división de poderes —ejecutivo, legislativo, judicial—, como defensor del territorio, como garante de derechos adquiridos.

Amado y odiado. Múltiple, complejo y fragmentado, el Estado llega de una u otra forma hasta cada ciudadana y ciudadano de cada país, de cada Nación. O debería hacerlo.

La relación sociedad civil-Estado ha sido motivo de preocupación, de estrategias y de estudios en las últimas décadas. El regreso de las democracias en la década de los 80, la discusión y promulgación de las «constituciones nacionales de nueva generación» de los 90 y la propia dinámica política han llevado a la construcción de cierto consenso alrededor de esta idea: *las democracias se fortalecen en la medida en que la relación entre el Estado y la sociedad civil (ciudadanas, ciudadanos y organizaciones) se fortalece.*

Movidos por esta convicción o mandato —con mayor o menor entusiasmo, según los casos—, diferentes áreas y niveles del Estado han ido abriendo sus puertas a la sociedad civil para informar sobre sus acciones, para la definición de sus políticas y para el control de su gestión.

Movidos por esta convicción o mandato —con mayor o menor entusiasmo, según los casos— y al mismo tiempo, las ONG se han ido amigando poco a poco con la idea de trabajar junto a —o incidir en— las decisiones políticas y técnicas de los Estados.

Con esa convicción, nace y se despliega *El DyA*.

Luego de años de trabajar investigando la acción del Estado ecuatoriano en temas de infancia y juventud, luego de años de generar y poner en práctica en pequeña escala metodologías de trabajo en temas productivos, de salud, de educación y de erradicación de trabajo infantil, la organización se siente preparada para dar un paso más.

Y lo hace, en diferentes momentos y lugares, durante los primeros años del nuevo milenio.

Primero, desarrollando un modo de prevención y tratamiento de la tuberculosis, el TDO comunitario; al inicio, con promotores comunitarios indígenas, en el Napo; luego, en otras provincias de la Amazonía; finalmente, en Guayas, Manabí y el resto del país.

Poco después, diseñando y desplegando un método de trabajo que es asumido como política pública para erradicar el trabajo infantil en basurales; en primer lugar en Quito, luego, en todo el país. Algo similar sucedió con la prevención y erradicación de la mendicidad infantil; al inicio, trabajando en comunidades del páramo de Tungurahua; más tarde, en la sierra centro y, hacia el final, en todo el Ecuador.

También, creando y poniendo en práctica un sistema de inclusión educativa para atender el rezago escolar; comenzando en la selva y en la sierra para extenderse luego en todo el país; tiempo después incluso a otros países de la región.

Un trabajo arduo y sostenido en la excelencia técnica, en la perseverancia, en la pasión por transformar la realidad, por construir una sociedad más justa, más equitativa.

Un trabajo realizado siempre en asociación con organizaciones locales, con los interesados, con quienes padecen, con quienes tienen sus derechos conculcados. Y un trabajo en el que la organización —su gente— aprendió durante años a trabajar con o junto a la burocracia estatal. Aprendió a manejar conflictos de interés —políticos, económicos—, diferentes tiempos, distintas lógicas.

El DyA diseña e implementa durante dos décadas acciones que cambiaron aspectos de las políticas públicas de educación, trabajo y salud de cuatro países de la región.

Y lo hizo gracias a un enorme esfuerzo, dedicación y compromiso articulado de un EQUIPO de personas que aportaron, desde distintos lugares y destrezas: administración, técnica, logística, financiera, política.

Y lo hizo con el apoyo de organizaciones públicas (escuelas, centros de salud, centros de atención de adolescentes infractores [CAI], ministerios y otros), de organizaciones sociales (como la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador [CONAIE], el Movimiento Indígena y Campesino de Cotopaxi, la Unión de Comunidades Indígenas y Campesinas del Norte de Cotopaxi [UNOCANC], la Federación de Organizaciones Indígenas del Napo [FOIN], la Cooperativa San Pedro de Rukullakta, la Organización de la Nacionalidad Kichwa de Loreto [OCKIL], la Asociación Marta Gutiérrez —prevención y atención de tuberculosis—, entre otras).

El DyA es invitado a formar parte de procesos sociales relevantes, procesos que derivaron en cambios en políticas de Estado. Y lo hizo con el apoyo de organismos de financiamiento internacional como UNICEF y OIT —Naciones Unidas— o el Ministerio de Trabajo de los Estados Unidos de América. Y lo ha hecho con el apoyo y la confianza de empresas privadas como Diners, Holcim o Movistar.

La organización crece y sus propuestas se transforman en políticas masivas. Aquellos jóvenes de Latacunga han cambiado, han aprendido, han madurado; se asocian con otros grupos. Y a partir de ese andar compartido y audaz del equipo de *El DyA*, el mundo cambia un poco también.

Miles y miles de niñas y niños encuentran mejores opciones de vida y dejan de realizar tareas

riesgosas en basurales de Santo Domingo de los Colorados, de Manta, de Machala y en más de veinte ciudades de todo el país. Otros miles dejan de trabajar en plantaciones de banano en El Oro, en Guayas, en Los Ríos. Otros tantos dejan de padecer en minas de Bella Rica, en Ponce Enríquez, provincia de la Azuay, Ecuador.

Miles de niñas y niños terminan su colegio en Bolivia, en Ecuador, en Perú y en Argentina. Se gradúan en cientos de escuelas de Santa Cruz de la Sierra, de Camiri, de Tungurahua, de Quito, de Huancavelica, de Junín, de Tucumán, de Mar del Plata y de Buenos Aires. Miles.

Miles de familias en todo el Ecuador encuentran espacios de previsión, atención en temas de salud. Cientos de niñas, niños, adolescentes, jóvenes y adultos logran encontrar un espacio para apoyarse y luego librarse de la tuberculosis en Monte Sinaí, Guayaquil, en el Napo, en Manabí; en la sierra, en la costa, en la selva.

El DyA junto y dentro del Estado; trabajando codo a codo con organizaciones sociales. Generando nueva normativa para controlar y erradicar el trabajo infantil, para abrir las escuelas en horario extendido y recibir a chicas y chicos con ganas de estudiar, para capacitar a promotores de salud en todo el Ecuador, para proponer políticas que controlen y eliminen definitivamente la tuberculosis.

Un período fértil para la organización, para su gente. Cientos de técnicos, administrativos, médicos y maestros trabajando en cientos de comunidades de cuatro países.

Un período fértil, en el que se abren las puertas del mundo para *El DyA*.



Gallinazos

Cenan en un restaurante bonito de la ciudad de Quito.

La mujer rubia, Alice, está por terminar su postre: una copa de frutos del bosque. Luce un vestido negro de cuello cerrado ajustado al cuerpo, algo brillante.

La mujer que la acompaña, Martha, de cabello castaño y largo pidió su clásico postre, mousse de chocolate. Delgada, luce aretes de semillas y una camisola hindú multicolor.

Las dos brindan por el fin de la misión. Es la última noche que pasarán juntas.

Han pasado tres días recorriendo el país. Han establecido cierto nivel de confianza; podrían incluso haber sido amigas de no ser porque viven a nueve mil kilómetros de distancia la una de la otra, en mundos diferentes.

Las acompaña Lourdes, una mujer de mediana edad, sobria, que hace las veces de anfitriona. Ha sido quien invitó a la mujer ilustre a viajar desde Inglaterra para visitar el Ecuador.

El mozo les sirve otra copa de vino. La despedida está por producirse.

El día que se conocieron se miraron con cierta desconfianza.

Se dieron la mano en el aeropuerto, con frialdad, casi subiendo a la avioneta que las llevaría hasta Guayaquil.

—Nice too meet you.

—Nice too meet you.

Lourdes aprovechó el viaje para acordar con ambas el objetivo de la visita: reconocer la realidad de los botaderos ecuatorianos y el trabajo que es posible realizar allí para evitar que niñas y niños corran riesgos trabajando y viviendo entre basura. Alice se interesa en el tema, se preocupa. No maneja el español; conversan en inglés. Disfrutaron el paisaje ecuatoriano desde el cielo. Martha señala volcanes y ciudades, las nombra, las enseña.

La avioneta no tardó más de media hora en llegar a destino. Aterrizaron en una hacienda privada de la provincia de Manabí. Las recibieron los dueños de casa ofreciéndoles bebidas y bocadillos: camarones y nueces de macadamia.

Almorzaron tranquilas y dieron un paseo por la hacienda. Mientras esto sucedía, dos custodios —uno, chofer— las esperaban en la puerta de la casa principal sentados en una camioneta blanca para continuar el recorrido por tierra.

Poco tiempo después del almuerzo y del paseo, las tres señoras, el chofer y el custodio partieron hacia Manta.

Aprovecharon el viaje para conversar sobre la situación del país, sobre las movilizaciones populares que terminaron con los mandatos presidenciales de Bucarán y Mahuad, y sobre la precaria situación que atravesaba en aquel momento el presidente Gutiérrez.

Entre charla y charla, la relación entre las dos mujeres comenzaba afianzarse.

A media tarde llegaron a Manta, provincia de Manabí.

La anfitriona le pidió al chofer que estacione la camioneta junto a una gigantesca montaña de basura. Ahí, ahí, le dice señalando con su mano derecha a una mujer vestida de impecable traje sastre color celeste que hunde sus tacos altos en el basural, con elegancia. Estaba acompañada de un hombre corpulento de aspecto rudo.

Las tres mujeres bajaron de la camioneta, cuidadosas. La coordinadora local del proyecto y el presidente de la cooperativa de recicladores las recibieron con cortesía y las acompañaron en una breve recorrida por el botadero. El hombre morrudo llevaba puesta una camiseta blanca con un logo verde en el pecho: *DyA*. Encontraron mulas cargando basura. Encontraron decenas de niñas y niños recorriendo los cerros buscando comida, objetos valiosos, algo que aportara al sustento diario para sus familias.

El presidente abundó en detalles sobre la situación del botadero, sobre las decenas de familias que vivían de lo que encontraban, de los problemas de salud de quienes trabajan entre la basura. La charla se produce mientras pasan junto a un grupo de chanchos que chillan y comen desperdicios junto al grupo de visitantes. Alice, sorprendida, preguntó con inocencia. Martha tradujo con desconfianza:

—¿De quién son estos cerdos? ¿Qué hacen aquí?

El presidente enfrentó la consulta con entusiasmo, con cierto orgullo:

—Son nuestros, señora. Los engordamos, los faenamos y los vendemos en el mercado, ¡qué más!

Miradas y tenues sonrisas del grupo. Nadie dijo nada.

Martha y la coordinadora local aprovecharon la caminata para contar sobre el trabajo de su organización en la zona: una estrategia de trabajo orientada a sensibilizar a las familias sobre los peligros que corren los niños en ese lugar, una tarea de apoyo escolar y de actividades diversas para que tengan más espacios de juego, otras alternativas al botadero. También relataron la experiencia de conformación de la cooperativa de recicladores. Hay esperanza en el relato, a pesar del paisaje de espanto.

Sobre una de las pilas de basura, una pareja joven echa en una parrilla oxidada un picudo fresco. Humea. Siempre hay humo en Manta. El olor a frutas y a verduras descompuestas se funde con el del pescado asado. El presidente de los recicladores sigue hablando y cuenta y cuenta mientras Lourdes, oficial del organismo internacional anfitrión, traduce y en su traducción intenta aligerar un poco las historias de crudo realismo contadas por el reciclador.

Hace más de treinta grados. Un sol de infierno se va recostando entre montañas de bolsas de basura entreabiertas, restos de juguetes, botellas y papeles y personas hurgando, revolviéndolo todo en busca de algo que les salve ese día, que les salve la vida.

El día que siguió no fue muy diferente.

Llovía en toda la costa ecuatoriana. En la camioneta, camino al botadero de Durán, en Guayaquil, Martha fue relatando el trabajo realizado en la zona. Se detiene en la creación de una guardería a la que asisten buena parte de los niños de las familias que trabajan el botadero. Resaltó también el valor de promover la organización de los recicladores, la conveniencia de que dejen de trabajar «de a uno», la posibilidad de que mejoren sus niveles de seguridad y salubridad.

Alice se mostraba interesada. Interrumpió varias veces el relato para preguntar sobre diversos aspectos del trabajo de la organización. ¿Están de acuerdo los padres con que sus hijos dejen de trabajar en el botadero? ¿Dónde comercializan lo que encuentran los recicladores? ¿Cómo interviene el Estado en esta historia?

Llegaron al botadero de Durán minutos después de que dejara de llover. Un sol penetrante asomaba entre nubarrones y bandadas de gallinazos. El sol calentaba de a poco el agua estancada, acentuando la sensación nauseabunda que generaba el basural.

En medio de esa escena de holocausto, bajaron y conversaron con los recicladores locales las tres mujeres y el custodio. Conversaron en casa de una de las familias que vivía en el basural y participaba de uno de los programas de la organización.

Un volquete municipal llegó al lugar en ese instante provocando un impresionante

desbande de gallinazos que alertó al custodio e inquietó a las tres mujeres.

—No se preocupen —indicó el dueño de casa, el hombre que había construido esa habitación de carrizos y restos basura, la casa en la que vive con su mujer y sus cinco niños. Un hombre llamado Jesús, de cabello largo sin lavar y rostro marcado por la mugre, el sol y una vida entera forjada entre la basura.

El cielo se cubrió de negro con la huida de los gallinazos. Un ruido ensordecedor se apoderó del basural, sonidos de motor de volquete, el graznido nervioso de las aves carroñeras y los gritos de niños que jugaban entre la porquería. La descarga del volquete removió la basura y un aroma insoportable saturó el ambiente.

Alice no soportó la situación. Salió disparada de la casa del reciclador mirando el piso y repitiendo, contrariada:

—Sorry. Sorry.

El custodio salió corriendo tras la mujer hasta alcanzarla. La acompañó a la camioneta blanca donde se acomodó y vomitó. Vomitó y vomitó durante varios minutos en una bolsa plástica ofrecida por el custodio; vomitó con las puertas del carro cerradas y el aire acondicionado al máximo.

La visita se completó al día siguiente en la escombrera y botadero de La Bota, en Quito. Nuevas historias de dolor y esperanza, de vida y de muerte. De trabajo sostenido y de proyectos.

Esa noche del tercer día, en el restaurante, pasaron buena parte de la cena de despedida repasando anécdotas del viaje, los lugares, las conversaciones, las propuestas de cambio.

Los gestos de complicidad entre Alice y Martha anuncian cercanía.

Martha aprovecha los últimos instantes para comentar un poco más sobre el sistema de incentivos escolares que han desarrollado en los últimos años, sobre los procesos de capacitación docente, sobre la atención psicológica para los niños que trabajan en basurales —y para sus familias— y sobre el sistema de crédito. También aprovecha el momento de la despedida para anunciar que pronto —a partir de un trabajo sistemático realizado junto a los Ministerios de Trabajo y Educación, y al Instituto Nacional de la Niñez y la Familia— la metodología diseñada se aplicará en todo el país y podrán decir que se ha terminado el trabajo infantil en los basurales ecuatorianos. Le cuenta que algunos municipios, incluso, han comenzado a controlar el ingreso y egreso de personas en los basurales, intentando evitar la exposición a riesgos de los niños.

Lourdes entrega a la mujer un último documento en el que se habla de estos logros. Las tres mujeres brindan por estas noticias.

Alice se emociona; está a punto de ofrecer su apoyo económico para avanzar con la tarea allí mismo, en el restaurante. Pero Lourdes la detiene indicando que hay unos procedimientos que cumplir.

Hay satisfacción por la visita, hay esperanza.

Las tres vuelven a brindar entre sonrisas.



Cambio de vida

Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Una a una, Sofía toma sus quince pastillas.

Un día. Dos días. Tres días.

Durante dos años toma sus pastillas cada día. Son antibióticos (isoniazida y rifampicina) que detienen el desarrollo de las bacterias. Además de las pastillas, se aplica un inyectable. Cada día, durante dos años.

Difícil que Sofi hubiera imaginado en ese entonces, en medio del confinamiento, de los vómitos, de la tos insoportable, del dolor de cabeza continuo, en medio de ese mar de medicamentos que día a día ingresaba

a su cuerpo, difícil imaginar que un par de años luego de finalizar el tratamiento estaría ofreciendo una conferencia de prensa de la que participan casi todos los medios de comunicación de Guayaquil.

A inicios de la segunda década del nuevo milenio, en plena era del desarrollo tecnológico y los avances científicos, se registra a nivel mundial cerca de nueve millones de personas afectadas por tuberculosis, cada año. De ellos, cerca de dos millones fallecen. Sin tratamiento, existe más de un cincuenta por ciento de posibilidades que el paciente muera.

Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez.

Junto al equipo de la organización que coordinó durante varios años, Sofía sale cada día a acompañar enfermos de tuberculosis por todo Guayas, especialmente en el Distrito Ocho, en esa zona a la que llaman *Monte Sinaí*.

Es 24 de marzo y hay una conferencia de prensa: han clausurado el Hospital neumonológico Alfredo Valenzuela, en el Cerro del Carmen. Según señalan las autoridades, por mal manejo de desechos. Más de cien pacientes internados han quedado en zona crítica. Miles de pacientes ambulatorios dejan de tener atención directa, muchos de ellos, pacientes con tuberculosis o con posibilidad de contraerla.

Periodistas de medios gráficos, de radio, de TV, la rodean, la consultan, la respetan. Sofi trabaja en la asociación de personas afectadas con tuberculosis Marta Gutiérrez y demanda la pronta reapertura del hospital, único en su tipo en el país: «Hacemos un llamado a las autoridades para que nos den una respuesta y una solución a este problema, porque el cierre del hospital perjudica a los afectados con tuberculosis», sostiene con firmeza.

Once. Doce. Trece. Catorce. Quince.

Al poco tiempo de enterarse de su enfermedad, Sofía fue despedida de su trabajo (una empresa ecuatoriana de procesamiento de frutas —mango, papaya, banano—). No hubo comprensión, no hubo derechos laborales para ella. Desde entonces, pasó dos años enfrentando la difícil situación económica y familiar. Su familia: preocupada, angustiada, asustada, sin saber muy bien cómo proceder.

Discriminada por dónde anduviera, asistió un día a un taller de capacitación promocionado por el Centro de Salud del Distrito Cuatro, el tema: «Derechos de los enfermos de tuberculosis». Conocía a las enfermeras del centro, pero no a la gente que ofrecía el taller, especialistas de una ONG a la que llamaban *El DyA*.

De allí en más «cambió su vida», como gusta decir.

Saliendo del proceso de curación, luego de soportar —no sin altibajos—, el tratamiento antituberculoso —tedioso, hostil—, decidió sumarse como voluntaria al trabajo de la organización que ofrecía los cursos, ¡y fue aceptada! Poco tiempo más tarde, junto a otros pacientes que compartieron con ella parte de su convalecencia en el Hospital Valenzuela, fundaron la Asociación Martha Gutiérrez.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

La conferencia de prensa sube de tono. Un funcionario intenta dar explicaciones poco convincentes. El cierre suena a ajuste presupuestario más que a mantenimiento. El funcionario se cruza fuerte con Sofía y la invita a discutir el tema en su despacho al día siguiente. La joven acepta. No será complaciente, no será fácil ese encuentro.

Desde la asociación, promueven las llamadas «terapias de observación directa comunitaria» (TDO, con participación activa de la familia y la comunidad). La estrategia fue impulsada por la OMS, y asumida como política pública por el Ministerio de Salud en todo el Ecuador.

La estrategia fue desplegada en todo el país por la organización que cambió la vida de Sofi —en Napo, Pastaza, Morona Santiago, Zamora Chinchipe, Guayas y Manabí—. Un tratamiento que pone en el centro de la escena a los propios afectados por la enfermedad.

Sofi y sus compañeras y compañeros —en su mayoría ex enfermos de tuberculosis resistente— acompañan a quienes necesitan sostener su tratamiento para curarse, enfermos en riesgo de abandono. Los acompañan hasta ofrecerles, personalmente, sus medicinas.

Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez.

La Asociación Martha Gutiérrez se ha transformado en referente en el tema de derechos y participación comunitaria en tuberculosis en el Ecuador. Es llamada con habitualidad a participar de foros y comisiones nacionales en las que da seguimiento (veeduría) a estrategias y políticas públicas orientadas a controlar el avance de la tuberculosis del país. Se capacitan, trabajan de igual a igual y luchan por los derechos de los afectados junto a la organización que los vio nacer: *El DyA*. El trabajo que realizan es enorme. La tarea por realizar sigue siendo gigantesca: la tuberculosis aún es una de las principales causas de muerte en América Latina producida por un solo agente infeccioso, junto con VIH.

Once. Doce. Trece. Catorce. Quince.

La conferencia de prensa termina.

La lucha contra la tuberculosis continúa.

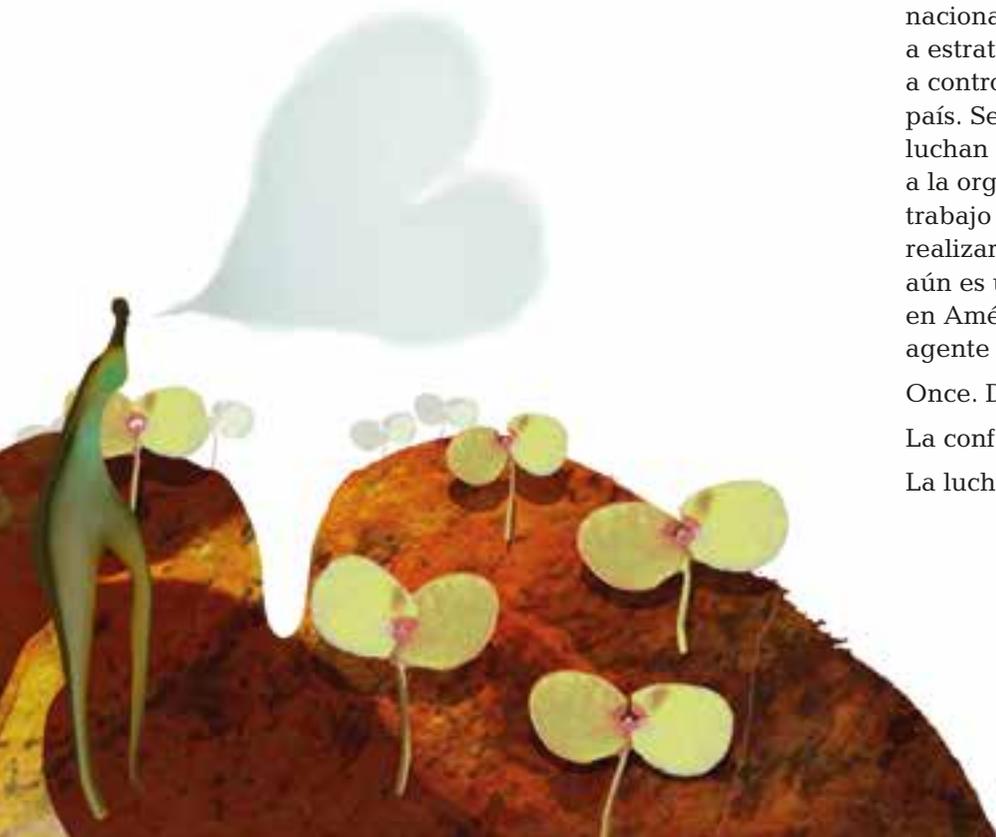
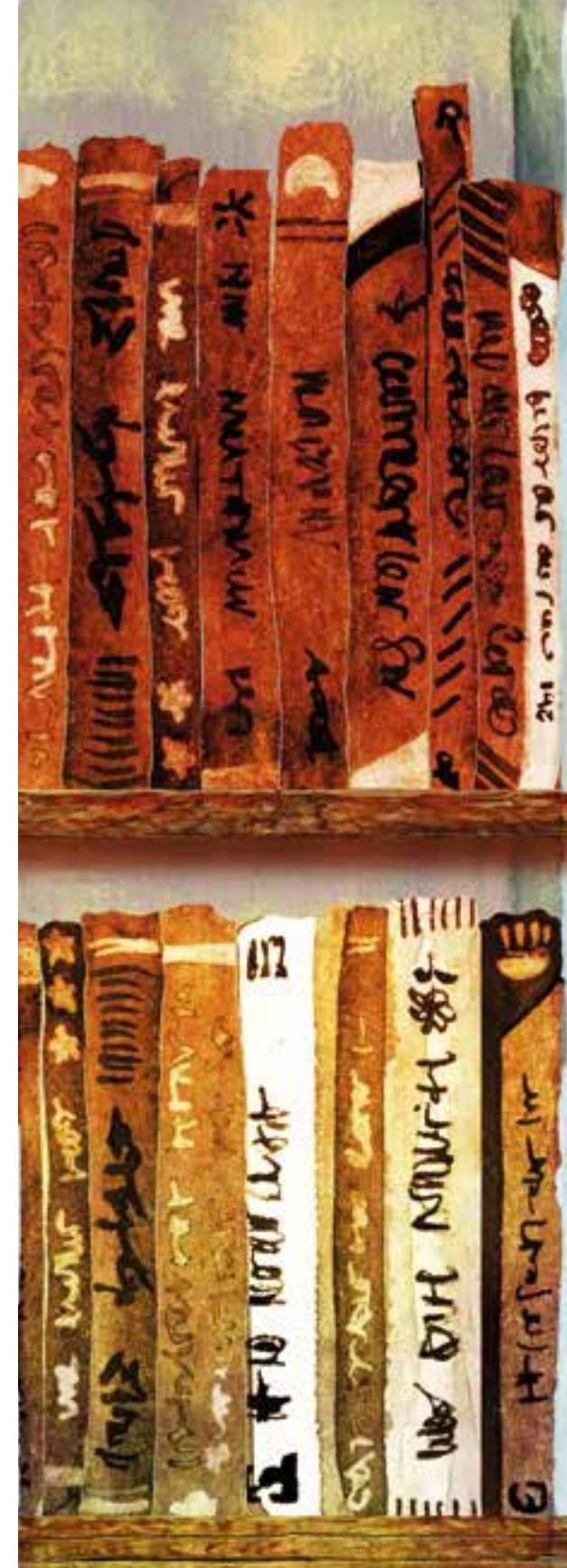
Cincuenta mil

De un lado del escenario, una bandera a listones verticales verde, blanco y rojo. Del otro, una de listones horizontales amarillo, azul y rojo.

Hace calor en la sala comunal de Naranjal. A un lado del escenario, un estrado de madera espera la llegada de los oradores. Delante, trescientos adolescentes y familiares sentados en sillas de plástico, blancas esperan la entrega de sus diplomas y birretes: han concluido su educación básica.

Hay mucha expectativa en el salón. Varios fotógrafos del municipio alistan sus equipos.

Dos parlantes suenan fuerte, retumban: «pintarse la cara color esperanza...» propone Diego Torres. Dos señoras muy elegantes tararean a un costado del local. Hay globos y banderines por todas partes. Se espera la llegada de la gente que coordinó el Programa de Educación Básica Flexible en el cantón. Se espera la llegada del alcalde, quien ha comprometido su apoyo. Y se espera la llegada desde Quito de la Subsecretaria de Educación Especializada e Inclusiva del Ministerio de Educación. Una autoridad nacional.



Las familias entregarán los reconocimientos. Habrá discursos de chicos que culminan el ciclo. Habrá festejos colectivos, primero, y familiares, después.

Han sido diez meses intensos. Clases desde las dos a las seis de la tarde. Intenso y rendidor. Buena parte de los que terminaron no hubieran podido hacerlo sin la metodología acelerada: han incorporado en un año lectivo los conocimientos que les hubiera llevado dos o tres en clases ordinarias.

Una empleada del municipio hace las veces de locutora. Desde el estrado de madera, ofrece la bienvenida a las personas que van llegando al salón, que está casi colmado. Un aroma a perfume y cosmético altera el olor natural del lugar: madres, abuelas, amigas y alumnas han venido maquilladas, mientras que padres, abuelos y alumnos han llegado perfumados.

Es un día especial.

Adolescentes que podrán continuar con su bachillerato. Madres y padres que han visto regresar a sus hijos al colegio para terminar una etapa clave de la vida cuando ya pensaban que no retomarían los estudios.

Llegan las autoridades al salón. Todos se levantan de sus asientos. Aplausos. La locutora las presenta una a una mientras suben al escenario por una escalerita lateral y se sientan detrás de una mesa adornada con flores.

El alcalde comparte su discurso de bienvenida: ameno, comprometido. Agradece a las autoridades nacionales, a la ONG que apoyó la tarea de profesores y alumnos, a quienes financiaron el programa. Hace algunas referencias futboleras para matizar su discurso,

menciona en un pasaje la rivalidad Barcelona–Emelec. Hay sonrisas, el clima se distiende. Se detiene luego en un reconocimiento para las familias y para las chicas y chicos que han participado, que han cursado y han concluido el ciclo básico.

Entre aplausos, el alcalde concluye su discurso y saluda a las dos mujeres que lo acompañan en el panel que preside el acto: la directora de la ONG y la subsecretaria.

La locutora anuncia el comienzo de la entrega de diplomas y birretes.

Pasan, una a una, las trescientas familias al escenario. Estudiantes que han cursado en alguno de los 14 puntos donde se implementó el programa, casi todos de Guayas.

Un joven de diecinueve años del cantón Yaguachi, alto, acompañado de su padre, vestido de traje, robusto.

Sentado a un costado del salón, un hombre maduro de sienes plateadas y lentes con marco metálico, observa en silencio. Está en primera fila mirando la graduación con gesto de satisfacción, de tranquilidad. No es de Naranjal. Mira a los ojos, uno a uno, a cada chica, a cada chico que desfila por el escenario. Lo acompaña un muchacho de cabello entrecano y camisa a cuadros que sonrío y sonrío. Se lo ve feliz, muy feliz.

Una niña de quince, morena, brillante, de vestido blanco, acompañada de sus hermanitas mellizas menores, también de vestido y medias blancas, recibe su diploma de manos de un *profe* del cantón Naranjal.

La locutora anuncia el paso de doce estudiantes de un Centro de Atención de Adolescentes

Infractores. Los aplausos se redoblan. Pasan juntos, con sus familias.

Sentada detrás de la mesa que preside el encuentro, la subsecretaria abre los ojos y aplaude cada vez con más fuerza. Recién ingresa al cargo. Es su primer acto de graduación. Mira atenta todo lo que sucede a su alrededor y anota en un cuaderno de hojas lisas. Sabe que, entre sus desafíos de gestión, está combatir el rezago escolar y lograr que miles de chicos del Ecuador culminen su ciclo básico. De tanto en tanto, se acerca con cuidado a su compañera de panel y le pregunta:

—¿Cómo forman a los profes? ¿Han tenido apoyo de los directores de escuelas donde se realiza el programa? ¿Cuál es el índice de asistencia a clases? ¿Y cuál es el porcentaje de los que culmina?

La ceremonia se detiene luego del paso de un joven que recibe el diploma y comparte a viva voz en el estrado que terminó el programa mientras conducía su moto–taxi, que de eso trabaja. Se larga a llorar antes de terminar su charla. Hay un cuarto intermedio.

El hombre que silencioso observó la ceremonia desde la primera fila, sereno, se levanta y saluda a las funcionarias. Varias personas se acercan a él para felicitarlo. Recibe los saludos con humildad, con cierta vergüenza. Viste de pantalón marrón y camisa clara.

Un grupo conformado por estudiantes de varias escuelas del municipio sube a la tarima y presenta una obra. Algo de teatro, algo de *break dance*, algo de rap. Es una obra en la que se resalta el valor de la educación, pero no desde la solemnidad del «deber ser», del mandato social, sino más bien con bastante frescura y

creatividad, desde una mirada adolescente. El público sonrío y canta algunas estrofas motivado por los protagonistas de la obra.

Antes de retomar la entrega de diplomas, el alcalde anuncia que debe partir y saluda al auditorio. Saluda especialmente al bajar del estrado al hombre sereno, que observa, sonrío. También a su colega. El alcalde se va; solo quedan en la mesa las dos mujeres, vestidas ambas con ropa clara, fresca.

Suben a la tarima dos muchachos morenos de jean, camiseta blanca y zapatillas Nike, como si hubieran comprado lo que visten al mismo tiempo, en el mismo lugar. De aspecto humilde, ambos. Acercándose al micrófono, con voz nerviosa, agradecen a las autoridades y a los profes y se entregan el diploma y el birrete el uno al otro. Ninguno de los dos tiene madre ni padre. No han ido familiares a acompañarlos ese día. Viven en una comunidad lejana, hicieron el programa con esfuerzo, mucho esfuerzo.

Se acerca el mediodía y el calor se hace más y más intenso. Un empleado municipal llega hasta el salón con dos enormes ventiladores que ubica a ambos lados del escenario. Los enciende y algo refresca.

Las dos mujeres se ventilan con los cuadernos que tienen a la mano. Se sorprenden y festejan la llegada al escenario de una joven de cabello muy corto que carga un bebé muy pequeño. Cursó el programa con su niño en brazos. Le entrega el diploma su novio, un chico que aún no ha llegado a los veinte.

La subsecretaria observa a los jóvenes padres y, mirando a su compañera de panel, le pregunta: —¿Cómo lograron que estos chicos regresen al colegio?

La respuesta fue simple y no se hizo esperar:

—Yéndolos a buscar a sus casas y acompañándolos durante los diez meses, uno a uno.

La ceremonia se vuelve algo anodina. Los que pasan al frente se emocionan y los que esperan siguen atentos a que sus apellidos suenen por los altoparlantes. Pero los que ya pasaron por la tarima —la mayoría— comienzan a dispersarse un poco. Hay mucho barullo en el salón municipal. De tanto en tanto, la presentadora pide silencio, pero es difícil lograrlo a esa altura de la jornada. Un par de perros ingresa al salón.

Haciendo un paréntesis en las entregas, una de las docentes que sube al escenario a entregar un diploma pide un fuerte aplauso para los técnicos del programa, *que nos han acompañado durante todo este año, ayudándonos a nosotras y a las familias para poder cumplir con la propuesta...*

La maestra les pide que se pongan de pie. Lo hacen. Hay aplausos generalizados y gritos y

vivas para quienes han estado en el día a día junto a ellos.

La dispersión contribuye para que las dos mujeres, aún expuestas delante del auditorio, aún en un sitio particularmente observado, comiencen a cuchichear con más naturalidad.

Las preguntas de la subsecretaria se multiplican y, ante cada respuesta, la mujer anota en su cuaderno de hojas lisas. La conversación se concentra unos minutos en la participación de las escuelas. A la funcionaria le interesa saber qué posibilidades tiene de replicar un programa con semejantes resultados. La respuesta no la tranquiliza del todo, pero le aclara un poco más el panorama.

—Algunos directores se han mostrado entusiastas y han abierto las puertas de sus escuelas, algunos otros no tanto. Persiste cierta estigmatización para los que dejan los estudios. Algunos directores que al principio se resistían (pensaban que iban a tener problemas de vandalismo, robos, drogas) han cambiado de opinión durante los meses de cursada y se han sumado a la movida. Como aquel...

La mujer de la ONG señala con la mirada y el mentón a un hombre de cabello cano y tez trigueña, vestido de pantalón negro y camiseta blanca. Está sentado justo frente a ellas, en una de las filas de adelante. Es el director de una escuela que ha servido como punto para el programa en Guayaquil.

El acto va llegando al final. Luego de la última entrega, vendrán los discursos de agradecimiento de las dos mujeres y el

cierre. Ingresará el último alumno a la tarima abrazado de su madre. Estudió en un colegio agropecuario de la Parroquia Cone.

A punto de terminar la ceremonia e iniciar los discursos de despedida, la subsecretaria se acerca una vez más a su compañera de panel y se produce el siguiente diálogo, breve:

—¿Cuántos chicos participaron en total del programa?

—En total, en esta etapa, este año, cerca de setecientos. Y ese señor que está allí es el que desarrolló la metodología que implementamos. Luis Montoya, así se llama.

Al que señala ahora, con su mano izquierda, es al hombre que observa, sereno, a un costado del auditorio, en primera fila. El hombre, atento a todo lo que sucede en el salón, percibe que lo están observando desde la mesa principal y cruza una mirada cómplice con su compañera de *El DyA*.

La entrega final se produce. El auditorio parece recobrar la atención sabiendo que se trata de la última. La locutora pide que todos los egresados pasen al escenario y desfilen luciendo sus diplomas. Aplausos sostenidos. La subsecretaria acelera el interrogatorio final mientras los jóvenes desfilan:

—¿Y ya han implementado este programa en otras partes del país?

—Sí, en Quito, para diez mil alumnos —comienza a mirar a la subsecretaria con cierta extrañeza, como diciéndose ¿por qué me pregunta esto ahora, aquí? Continúa—.

Y también en otros sitios, en menor escala: Cotopaxi, Tungurahua, Napo, Orellana, Sucumbíos, Esmeralda y otras.

Con los últimos aplausos, mientras la locutora cierra la lista de graduados, en momentos en que el auditorio se reacomoda para escuchar a las disertantes y salir al patio a tomar algo fresco, justo en el instante en que la conductora está por comenzar la presentación del panel de cierre, agradeciendo a la subsecretaria su presencia en el salón, un último intercambio sucede entre las dos mujeres:

—¿Y se animarían a liderar un programa de mayor escala? —pregunta la funcionaria.

La directora de la ONG, coordinadora del programa, la mira sorprendida y le responde rápidamente:

—¿De mayor escala? ¿Cómo? ¿De cuántos chicos? ¿Dónde?

La locutora culmina la presentación. Quien debe cerrar es la subsecretaria. Mientras se levanta de la mesa central y recibe los aplausos de bienvenida del auditorio, la mujer mira a su acompañante circunstancial, a quien acaba de conocer, y le responde:

—Digamos ¿unos cincuenta mil? Digamos ¿en todo el Ecuador?





CRECIMIENTO

¿Salir o no salir al mundo?

Es la era de la globalización. Es tiempo de cierto renacer latinoamericanista. Hermandad regional, alianzas, intercambios culturales y económicos.

Prácticamente todos los presidentes latinoamericanos se reúnen en Mar del Plata, Argentina, en la Cumbre de las Américas. Varios de ellos organizan una «cumbre paralela» para enfrentar la idea de libre comercio impulsada por Estados Unidos. George W. Bush se enfrenta abiertamente en esa cumbre a Chávez, a Evo, a Lula, a Kirchner y a Correa.

La zigzagueante y muchas veces contradictoria relación de amor-odio entre el norte y el sur de las Américas.

Es un tiempo de revitalización de los discursos en pos de la igualdad social, de la equidad. Se fortalecen las políticas sociales. Aparecen y se expanden en todos los países programas de «transferencia condicionada de ingresos» hacia los sectores vulnerables. Se recompone el sistema de jubilaciones y pensiones. «Lo público» recobra relevancia: la escuela pública, el hospital público, la cultura para todas y todos.

Y son los organismos internacionales quienes, en algunos casos, apoyan las políticas de nueva generación: Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, Naciones Unidas.

Y son los propios organismos del gobierno norteamericano los que, en algunos casos, apoyan el desarrollo de programas sociales en la región, en ocasiones, asociados a organizaciones de la sociedad civil.

Es en medio de ese océano turbulento donde *El DyA* inicia una etapa de vital importancia para su vida institucional: el trabajo intenso fuera del Ecuador.

En primer lugar, gana en 2007 un concurso de proyectos organizado por el Ministerio de Trabajo de los Estados Unidos (USDOL): «Erradicación del trabajo infantil indígena en Bolivia —proyecto «Ñaupaqman Puriy-Kereimba-Ch'ikhi Wawita»—. Una iniciativa cuyo antecedente inmediato en Ecuador fue el proyecto «Winari» (Iniciativa Educativa para la Erradicación del Trabajo Infantil Indígena) implementado junto a World Learning.

Un primer paso ha sido dado.

Vuelve a concursar en 2011 en un llamado de USDOL, un nuevo desafío, un nuevo país: «Erradicación del trabajo infantil agrícola en el Perú» —proyecto «Semilla»—. Mientras tanto, se consigue una extensión de cuatro años para el proyecto boliviano.

Otro avance y otro más.

Por último, participa y gana nuevamente en 2016 un concurso de proyectos de USDOL, pero esta vez en el sur del continente, en la Argentina: «Promoción de prácticas educativas en el lugar de trabajo para adolescentes y jóvenes en situación de vulnerabilidad» —proyecto «NOEMÍ»—.

El DyA trabajando en cuatro países casi al mismo tiempo.

Un desafío que pocas ONG han asumido en la región. Un desafío que implicó, entre otras cosas, una estrategia de alianzas con organizaciones locales que rindió sus frutos: con la Cruz Roja Suiza en Bolivia, con DESCO en Perú y con la Fundación La Salle y la Fundación SES en Argentina.

Un desafío que implicó un enorme trabajo del equipo administrativo y logístico de la organización: abrir oficinas, contratar personal, armar equipos y establecer legalmente a *El DyA* en cada país atendiendo a las normas locales, haciendo un esfuerzo por comprender y adaptarse a los requisitos legales y financieros de cada sistema, por contemplar y acomodar la estructura organizacional a los modos de trabajo de cada cultura, de cada ciudad.

Otras formas, otros modos. Situaciones sociales y desafíos institucionales similares.

Bolivia, el mundo rural y el trabajo con organizaciones indígenas fuertes. La dificultad de trabajar con un Estado no siempre predispuesto a aceptar el apoyo y una tarea intensa con escuelas rurales. La incidencia en las políticas públicas. Los proyectos productivos. Y una enorme tarea de revisión del concepto de «trabajo infantil» con comunidades y familias para las que *el trabajo comienza cuando se es niño*.

Perú, su enorme diversidad territorial y un sinfín de aprendizajes sobre educación rural. También los emprendimientos productivos con jóvenes y mil quinientas familias produciendo café, cacao y palta sin trabajo infantil para su exportación. La generación de nueva legislación y una certificación especial para estos productos. El reconocimiento de ministerios y municipalidades.

Argentina, ese enorme desafío que supone ofrecer opciones a adolescentes y jóvenes que no han logrado terminar la escuela secundaria. Las oportunidades de formación para su ingreso al mundo del trabajo. A la vez, la difícil tarea de trabajar con un Estado que ha sabido ser fuerte y eficiente en temas de educación, y con sindicatos docentes poderosos. Y el desafío de hacerlo en una sociedad atravesada por desencuentros y miradas del mundo enfrentadas, fragmentadas, donde las organizaciones de la sociedad civil no siempre son tenidas en cuenta.

Tres países, tres contextos y aprendizajes diversos. Una escuela de formación profesional para el equipo de *El DyA*.

Prevención y erradicación de la explotación laboral de niños y adolescentes indígenas en Santa Cruz de la Sierra, Chuquisaca y La Paz. Trabajo intenso con pueblos indígenas quechuas, guaraníes y aymaras. Más educación y sensibilización e incidencia política. Más fortalecimiento y mejoramiento de escuelas multigrado, colegios técnicos e internados agropecuarios. Nuevos modelos de trabajo para el sistema educativo boliviano. Y nuevas estrategias de producción agrícola sin niños realizando tareas peligrosas. Y nuevas alternativas de empleo decente para adolescentes en el Plan 3000 —Santa Cruz de la Sierra— y en El Alto —La Paz—.

Poco tiempo después, desarrollo de políticas sectoriales, locales y comunitarias para la erradicación del trabajo infantil en Huancavelica, Pasco y Junín. Más mejoras de los servicios educativos y apoyo a las familias de los niños con rezago escolar. Y una nueva creación: las escuelas secundarias para chicos que viven en comunidades alejadas. Más fortalecimiento de instituciones

que forman parte de la Estrategia Nacional para la Prevención y ETI en el Perú.

Por último, inclusión y acompañamiento educativo para la finalización del nivel secundario de adolescentes y jóvenes de entre 16 y 24 años en Buenos Aires (La Matanza y Mar del Plata), Tucumán y Santa Fe. Más fortalecimiento de competencias técnicas y socioemocionales para su inserción laboral. Más la generación de diálogos entre actores para el mejoramiento de políticas públicas. Una experiencia de articulación concreta entre el sistema educativo y el mundo laboral en la Argentina. Y todo en el marco de la estrategia central del trabajo de *El DyA*: el fortalecimiento de las organizaciones comunitarias.

Culturas y marcos políticos muy variados, pero una misma voluntad de trabajo: *colaborar para la mejora de las políticas públicas orientadas a niñas y niños, adolescentes y jóvenes*.

Culturas y marcos políticos muy variados y una misma vocación: *impulsar políticas y acciones que promuevan el desarrollo social y económico de personas y grupos marginados y empobrecidos de América Latina*.





Tata Santiago

Monta un caballo blanco y lleva sobre su cabeza un sombrero bordó.

Luce una barba bien recortada y una capa bordada con hilos de oro.

Alza con su mano derecha una espada, amenazante, mientras mira severo el horizonte.

Es julio 25. Como todos los años, la comunidad prepara los festejos.

Los pasantes aún no han llegado. Al parecer, el avión que debía llevarlos a Sucre se ha retrasado.

La noche se avecina, pero la fiesta no comenzará sin los pasantes.

Es una tarde fresca en Mojocoya. Fresca y clara. Seca, como casi todas las tardes.

El culto por el apóstol Santiago llega a América Latina de la mano de los conquistadores. Y llega como emblema de la lucha de la cristiandad frente al paganismo de los indígenas. Guerrero, sanguinario, Santiago se convierte en santo a partir de sus proezas en las luchas medievales del cristianismo contra los moros, en España.



En la sede de la subcentralía acaba de finalizar una asamblea. La comunidad repasó los avances del proyecto: el programa de nivelación, la mejora de las escuelas multigrado, la asistencia de los docentes, la situación de los cultivos, las actividades recreativas para los niños luego del horario de clases. Hay conformidad, hay propuestas de mejora. Ya casi no hay niños cosechando papas, según se dice en la asamblea. Se festeja la noticia en silencio, se anota en el libro de actas. Revisan en qué se ha gastado el dinero.

Mientras esperan a los pasantes, las mujeres preparan comidas diversas y las acomodan en grandes tinajas de barro: pollos, cuyes, mote, ensaladas. Amasaron el pan para la fiesta durante tres días.

Los hombres han traído varios barriles de chicha de maíz y otras tantas jvas de cerveza.

El culto al Tata Santiago es parte de una nueva realidad americana: sincretismo cultural. En toda América Latina las comunidades indígenas conquistadas reaccionan reinterpretando los nuevos elementos espirituales impuestos por los conquistadores. Espiritualidad indígena y espiritualidad española fundidas en el culto al Tata Santiago.

Anochece, lentamente. Una paleta de colores celestes, blancos y magentas corona un paisaje de cerros tapizados por matas de pasto dorado.

Lentamente, también, llegan al pueblo desde las veinticuatro comunidades de Mojocoya, decenas de familias a pie o en mula, vestidas para la fiesta.

Habrá baile, habrá trago, habrá misa en latín. Mataron dos carneros y decenas de pollos para la ocasión. Habrá suelta de globos de papel encendidos en la madrugada. Habrá charangos y bombos. Habrá zampoñas y acordeones.

Las estrellas se abren paso en un cielo cada vez más azul, más oscuro. Los pasantes avisan que están por llegar. El que recibe el mensaje esperado: un hombre robusto de sombrero negro y barba entrecana, frondosa. Le dicen *El Chapa*. Trabaja en el proyecto. Ha vivido varios años en la comunidad. Sabe de quechua y de fiestas patronales, de bailes, de rituales. Sabe sobre la vida dura en los cerros de Chuquisaca, en los valles, en el campo.

El cura, de sotana blanca reluciente, baja del cerro donde está su iglesia. Todo está listo. Los pasantes compraron bancas nuevas para la ocasión; ya están ubicadas. El cementerio también está preparado para recibir las ofrendas, para recibir a la comunidad.

Vivos y muertos. Muertos y vivos como parte de la misma fiesta.

El Chapa aprovecha la demora de su «jefecita» —como la llama— para culminar el trabajo del día. Lleva un pañuelo blanco anudado al cuello y un aro de plata en la oreja izquierda. Habla fuerte. Anota todo lo que pasa en el proyecto en un cuaderno pequeño de espirales, de hojas cuadrículadas. Toma nota de cantidades de niños que asisten a clases durante el horario extendido. Toma nota de las actividades de asistencia técnica que brindan a productores. Anota los gastos que ocasionó la fiesta. Toma nota, prolijamente, *El Chapa*.

Un grupo de mujeres con sombrero oscuro —todos iguales— y trenzas hasta la cintura —iguales todas— comienza el armado de una de las ofrendas para el Tata: sobre un entramado de troncos de madera seca que se apoya sobre una pared de adobe, colocan y anudan panes recién horneados y frutas y verduras frescas: banano, naranjas, cebollas.

El Tata Santiago es también, para las comunidades andinas, el Tata Illapa, el Dios del Rayo, el que controla el tiempo, la sequía y las lluvias. El que protegerá las cosechas del sol, del viento y de la inundación.

Ya está casi todo listo.

El Chapa se encierra en su cuarto, junto a la sala de reuniones, para terminar las notas y arreglarse para la ocasión. Su cuarto: un pequeño espacio donde apenas entra su humanidad opulenta. Un cuarto repleto de historia: lapiceras usadas, corchos y tapitas de botellas de quién sabe cuándo, revistas antiguas, literatura revolucionaria, trastos de

cocina reciclados y una foto enmarcada de El Che que cuelga en el centro de la única pared que ha quedado libre, como en un altar. Guarda también una caja de folletos y libros que entregará en esos días a los profesores de la secundaria técnica que acaba de ponerse en marcha. Sobre la caja, una hoja A4 pegada con cinta de papel que dice «materiales de capacitación». Sobre la hoja, tres membretes: el del proyecto, el del municipio de Mojocoya y el de *El DyA*.

Huele a tierra seca y a fogón. Luces y banderas adornan la calle principal del pueblo. La fiesta está por comenzar, pero aún no comienza. Esperan a los pasantes. Fueron invitados un año antes a presidir los festejos del Tata. Aceptaron con gusto. Serán los anfitriones durante el festejo.

El personal del proyecto improvisa una pequeña reunión en la puerta de la subcentralía: media docena de quechuas de mediana edad, voluntarios, profesores, técnicos agropecuarios, reporteros de la radio local. Conversan sobre la marcha del proyecto. Iniciarán pronto la cosecha.

La fiesta durará tres días. Entre misas, ofrendas, música de villancicos, baile, comida y bebida en abundancia.

Son cerca de las diez de la noche. Un conjunto local hace sonar *La ovejerita*. Circulan vasos de cerveza fresca.

A lo lejos, entre la oscuridad de la montaña, en medio de una nube de polvo lejana, aparecen las luces del *moketu*, el pequeño jeep del proyecto, que trae a los pasantes desde Sucre.

Es *El Chapa* el que anuncia la llegada.

Ahora sí, la fiesta está por comenzar.



El sol y la luna

Cuando Tupá creó a la primera pareja, creó al hombre para que prepare la tierra y a la mujer para que siembre el maíz que habrían de comer.

La usurpación del territorio guaraní comenzó durante la colonia, se consumó durante la República y se expandió durante el siglo XX con las reformas nacionalistas que agravaron las relaciones de servidumbre y la desigual distribución del uso de la tierra. Desde entonces, desde el inicio de la usurpación, el pueblo guaraní lucha por sus tierras, por su libertad. Lucha en Paraguay y también lucha en Argentina, en Brasil y en Bolivia. Lucha en Camiri, lucha en la capitania de Alto Parapetí, donde nació y vive Rupavé.

A Rupavé le faltan varios dientes, de arriba y de abajo. Es menudo pero fuerte y tiene la piel color chocolate y unos ojos verdes vivaces, rasgados, potentes. Tiene seis hijos y aprendió a llorar en silencio, desde chico, sin que nadie lo note. Su mujer es bastante más joven y le dicen Ysapy; nació en Iupaguasu, una capitania cercana.

Un día el hombre se alejó y la mujer, impulsada por los hijos que llevaba en su vientre, lo siguió a través de la selva. Allí, en plena selva, fue sorprendida y muerta por un yagareté, pero de su vientre alcanzaron a nacer mellizos, un niño y una niña llamados Erekeí y Erevuí.

Tiene la piel dura y brillante y unas manos ágiles. Él y su mujer y sus hijos mayores participan de reuniones y luchas de la Asamblea del Pueblo Guaraní. Han aprendido a «ser parte» de su comunidad, por convicción y por necesidad. Viven y trabajan en una hacienda, trabajan la tierra del patrón. Sus dos niños pequeños estudian en una escuela que también está en la hacienda y que depende, en gran medida, de las decisiones del patrón, del *karái*. Sus dos hijos menores y sus dos adolescentes, ahora participan de un proyecto escolar nuevo que les permitirá saber más, jugar más, estar mejor. Él y su mujer apoyaron el proyecto, participaron de los «ampliados» donde se les presentó y se discutió la iniciativa que llevó hasta Alto Parapetí un grupo de técnicos llegados desde Santa Cruz: mejor educación y mejor trabajo para los hijos y para la familia, por qué no. «Salir de la ignorancia es el único camino para defender nuestros derechos», suele decir Rupavé. Fue duro convencer al *karái* para que se sume al proyecto, muy duro.



Erekeí y Erevuí se criaron en la selva, entre las fieras. Hasta que un día se les apareció Añá, el diablo, quien los arrebató y llevó hasta la choza en la que vivía con una de sus hijas, la más hermosa, la más malvada.

En la comunidad en donde viven, todos trabajan: grandes y chicos. En la hacienda, en la casa, con los animales o en tareas domésticas, en el cuidado de las niñas de los *karáis*. Trabajo difícil. Servidumbre. Trabajar por la ropa y la comida. Trabajo ancestral. En el proyecto nuevo aprenden nuevas destrezas para mejorar la tarea en el campo, para evitar que sus hijas e hijos corran los peligros que habitualmente corren. Les han entregado un kit de herramientas nuevas, mejores que las que tenían. Les han enseñado nuevas técnicas y los acompañan —sin que el patrón se entere— en sus luchas por la tierra, en sus reclamos de siempre, en la defensa de sus derechos conculcados. Ysapy acompaña silenciosa, fuerte, sosteniendo todo, todo el tiempo. En la casa, en el campo, con los hijos. Acompañando a su marido.

Una noche cerrada en la que Añá no estaba, los mellizos huyeron. Al regresar a su choza y darse cuenta de lo sucedido, Añá, furioso y con ansias de venganza comenzó a perseguirlos sin descanso.

Una noche de agosto, en medio de una asamblea comunitaria, avisan a Rupavé que su casa se estaba incendiando. La comunidad no dudó en salir rápidamente en ayuda de la pareja que quedó desolada, devastada. Por suerte, sus hijos pequeños lograron salir a tiempo de la casa. Por suerte, sus hijos adolescentes dormían en el «internado técnico», en las instalaciones del nuevo proyecto, en una comunidad cercana. Sospecharon del patrón y su gente. Alguien dijo haber visto a un par de hombres a caballo merodeando la casa durante esa tarde. Demasiada exposición, demasiado riesgo corren al participar de asambleas y reclamos y proyectos que causan sospecha en «los que mandan».

Mientras Erekeí y Erevuí huían, mientras oían a lo lejos la voz del diablo que los llamaba con gritos de enojo, encontraron en un claro del bosque a un anciano bondadoso, solitario, que dijo llamarse Tupá.

De todos modos, a toda costa, con obstinación y esperanza, siguió y siguió Rupavé. Se levantó del infortunio la misma noche del incendio llorando por dentro y diciendo: «Este fuego se va a transformar en nuestro fuego, en *jenecherú*, un fuego que nunca se apaga...». La gente del proyecto nuevo colaboró con lo que pudo. Los hijos adolescentes se enteraron a los pocos días y regresaron para dar una mano con la reconstrucción.

Llevaban casi tres meses en el internado, les quedaba más de la mitad del camino por delante; les gusta, se entusiasman y son estimulados por Rupavé y por Ysapy. Maíz, maní y yuca, eso producen en la hacienda en la que trabajan y viven. De eso también aprenden en el nuevo colegio agropecuario al que asisten, pero no solo de eso. También de armar proyectos y de reconocer nuevos caminos, otros, diferentes, posibles. Una tierra difícil la del chaco boliviano; aun así, el pueblo guaraní se esfuerza en salir adelante.

El anciano les preguntó a los jóvenes valientes cuáles eran sus deseos. —Yo —dijo Erekeí— quiero ser la luz. —Serás el Sol —le respondió el anciano. —Yo —agregó Erevuí— amo de las sombras. —Serás la Luna —le dijo a ella.

Pasan los días de Rupavé y su familia en la hacienda de Alto Parapetí. De tanto en tanto, lo invita la gente del nuevo proyecto a dar alguna charla en Santa Cruz o La Paz. Viajan en una camioneta blanca que lleva en su puerta delantera derecha una leyenda que dice «Proyecto Ñaupaqman Puriy» junto a un logotipo que aparece debajo del nombre, pequeño, en letras verdes: «DyA». Viaja con otros dirigentes, amigos de otras capitánías: Iupaguasu y GKK. Viajan para compartir sus luchas, para sumar esfuerzos, para conversar sobre la educación de sus hijos, el rezago escolar, el internado. Viajan para reclamar por más y mejor trabajo, por capacitación, por herramientas, por nuevas tecnologías. Viajan con un equipo de profesionales bolivianos y de otros países que llegan hasta tierra guaraní, donde pocos llegan, para trabajar junto a ellos, por ellos. Viajan para definir, también, los aspectos centrales del nuevo proyecto: los gastos, los tiempos, las actividades.

Durante el último viaje a La Paz, se entrevistaron con el Ministro de Educación y lo invitaron a conocer las escuelas de Alto Parapetí. En ese mismo viaje, le realizaron a Rupavé una nota en la revista *¡YEYORÁ!*, un reportaje en el que hablaba de su lucha, de la lucha de la Nación Guaraní. Cerrando la nota el editor, reconociendo el momento que viven las comunidades indígenas de Bolivia, su gente, anuncia que «el programa de nivelación que ejecutan en la zona guaraní fue reconocido en la Ley de Educación Avelino Siñani, por la gestión de las organizaciones indígenas, guaraníes, aymaras y quechuas».



Hoy salí con Dios,
si no regreso, me quedé con Él

Senka Nikolić nació en Belgrado durante el primer minuto del primer día del nuevo milenio. Una singularidad que marcó a su familia y le otorgó popularidad, visibilidad pública y no pocos problemas.

Luego de culminar sus estudios secundarios en un prestigioso colegio público, decidió partir junto a su amiga Milinka en busca de nuevas experiencias. Llegaron a Francia la noche anterior. Se alojan en un albergue de estudiantes cerca del Pompidou, pero tienen idea de alquilar un cuarto junto a otros estudiantes cerca de la escuela de arte La Fémis —Escuela Nacional de Imagen y Sonido del Ministerio de Cultura—. Llueve en París. Hace frío y cae una llovizna intensa. Es primero de año. Ambas amigas acaban de despertar. No habían estado antes en Francia. Dejaron las pocas cosas que llevaron al viaje en el *hostel* y salieron a desayunar, a conocer la «ciudad luz». Recorren la orilla del Sena. Toman fotos.

Llegan a Notre Dame. Toman fotos. Al llegar a la plaza del ayuntamiento —Hôtel De Ville—, Milinka propone entrar en un bar a tomar algo. Es media mañana y ya han caminado buena parte del centro de la ciudad. Están por pasar por el Café Monde et Médias. Allí se quedan. Senka lee la carta y advierte que hay café por un euro; precio más que razonable para París, para dos estudiantes recién llegadas a la ciudad. No saben francés, pero no hace falta para pedir dos cafés. El mozo que las atiende es moreno, ha nacido en Perú pero hace varios años que vive en Europa. Es elegante, está acostumbrado a recibir turistas. No sabe hablar en serbio, apenas algo de francés e inglés, pero entiende perfectamente el pedido. Va y vuelve en pocos minutos llevando hasta la mesa de las dos amigas dos pocillos blancos repletos de café espumoso y humeante. Van acompañados de dos *amarettis*. Las mujeres, felices, con gesto de asombro por todo lo nuevo que está

frente a ellas, levantan sus tazas y brindan por la mayoría de edad de Senka Nikolić, que inicia una nueva etapa de su vida allí, en ese momento, con ese brindis.

Tiempo antes del brindis frente el Hôtel De Ville, a seis mil ciento setenta y siete kilómetros de París, dos hombres adultos conversan cortésmente de pie, junto a una mesa alta o un mostrador, repleto de folletos. Junto a los folletos, una computadora personal de las pequeñas. Uno de los hombres señala la pantalla y narra historias en un inglés precario. Es peruano. Es abril en Seattle. Es primavera, hay sol pero aún hace frío. Ha nevado buena parte del invierno en la región. La Feria abrió hace apenas dos días, pero ya van armándose negocios en cada stand, los negocios que han ido a generar. Quien señala la computadora y presenta intenta vender sus productos, está convencido de sus bondades. De tanto en tanto, toma una bolsa de papel de alguno de los escaparates que rodean la escena y huele, y hace oler a su invitado. El que escucha también balbucea un inglés de batalla, simple, lo necesario para comprender y transmitir lo que ha ido a buscar a la feria —su lengua materna es el francés—. Es dueño de una cadena de restaurantes y bares que profesan el llamado «comercio justo». Habla un buen

rato presentando sus ideas sobre la necesidad de compatibilizar ciudadanía, responsabilidad social y rentabilidad. Se entusiasma. Se muestra atento, escuchando el proceso de producción del producto que viene a comprar, que se presenta como «libre de trabajo infantil». Mira la etiqueta de los paquetes que le ofrecen para oler. Aprecia el sello en el que se indica que, efectivamente, no han habido niños trabajando en tareas peligrosas para la producción de ese café. Para terminar de sellar el acuerdo, el vendedor se aleja unos minutos de la escena y regresa cargando dos tacitas pequeñas repletas de un café que derrama un aroma singular, fuerte, intenso. Ambos, de cada lado del mostrador, golpean sus tazas y brindan por el acuerdo que están por firmar. El primero a gran escala que firma la cooperativa a la que representa quien realiza la venta. No es el precio que fue a buscar hasta Seattle, pero no es malo. Ambos sonríen y beben.

Un tiempo antes de la escena de la Feria de Specialty Coffee y del acuerdo comercial, a cuatro mil novecientos cincuenta y dos kilómetros de Seattle, una mujer robusta de gesto severo, vestida con una camiseta azul, jean y zapatillas blancas, parada frente a un grupo de varones silenciosos y atentos, conversa sobre prevención de plagas. Realiza la presentación en un espacio semicubierto perteneciente a la casa comunal de El Oconal, cerca de Villa Rica. Los que escuchan con atención: una docena de productores asháninkas. La mujer presenta problemas y caminos de resolución para plagas y enfermedades que dañan los cultivos de café:

mancha del hierro (*cercospora coffeicola*) —que dañan las hojas y los granos—, antracnosis (*colletotrichum gloeosporioides*) —que causan exfoliación—, *phoma*, arañero y otros. Está apoyada en una mesada de madera rústica que preside la sala. Los productores, frente a ella, sentados en fila sobre largos bancos, también de madera. Sobre la mesada, un periódico del día: *Correo*. La sala comunal está ubicada en la cima de un monte. Está abierta por los cuatro costados en medio de una selva repleta de nogales, cedros, *ulcumanos*, helechos, bambúes y carrizales. La capacitación está por terminar. La técnica deberá partir pronto a su nuevo destino, a otra de las trescientas comunidades que participan del proyecto. Antes de partir, antes de despedirse de los productores, la mujer volteá apenas para tomar el periódico que está sobre la mesa. Hace un instante de silencio, y les cuenta a los asistentes que va a compartir con ellos una noticia aparecida esa mañana, una noticia que pocos conocen. Lee pausado: «La Municipalidad de Villa Rica declaró a dicho distrito libre de trabajo infantil, siendo una zona focalizada por el “Proyecto Semilla para la elaboración de un modelo de prevención y erradicación del trabajo infantil peligroso en las zonas rurales”, promovido por la organización DyA». Termina el taller de formación. Todos aplauden.

A pocos kilómetros de la casa comunal de Oconal, un tiempo antes, cinco personas cantan a los gritos un tema de Los Mirlos. Están dentro de una camioneta celeste, parados desde hace tres horas. Hubo un huaico en la ruta. Montaña de un lado, precipicio del otro. Carros por delante y por detrás, imposible moverse. Una larga fila de camiones y buses y vehículos de todo tipo cubren casi veinte kilómetros de la Carretera Central del Perú. Quedaron varados cerca de Oroya. Cantan y bailan en sus asientos música de Los Mirlos de Moyobamba. Comen chocolate Sublime y toman Inca Kola. El paisaje nevado y Los Mirlos aligeran la espera. Van desde Lima hasta a Villa Rica, pasando por La Merced. La técnica en educación, preparada para dar seguimiento al trabajo en las escuelas, canta con un fervor singular. Sabe absolutamente todas las canciones de Los Mirlos. El técnico productivo repasa, mientras canta, un documento que utilizará para sus talleres. Trata sobre trabajo infantil peligroso: fumigación, uso de maquinaria pesada, trabajo nocturno y otros. Cuando se abra la ruta, pasarán por varias comunidades ofreciendo su apoyo, firmando acuerdos, entregando semillas y productos para iniciar la siembra. Llevan en la tolva de la camioneta celeste, entre otras cosas, mil quinientos plantines de café para distribuir entre los productores. Delante de la Toyota, tapando la visual del grupo, hacia adelante, un enorme camión. Sobre el paragolpes trasero del camión, una leyenda: «Hoy salí con Dios, si no regreso, me quedé con Él».



El Edén

El Edén está ubicado en el 347 de la avenida Jr. Ancash, en La Merced.

Por menos de cincuenta dólares la noche de habitación con «base doble», usted puede acceder a servicios de televisión, wifi, desayuno bufé, lavandería y cafetería las veinticuatro horas. Nada mal, ¿verdad?

Comencé trabajando de botones a los quince. Luego pasé a recepcionista cuando terminé la secundaria y aquí sigo, llegando a los treinta, como encargado del turno noche.

La noche que llegó aquella gente yo estaba por tener a mi primera hija, Margarita. Hermosa bebé, nació con cuatro kilogramos y medio dos semanas después de la fecha prevista, ¡y casi no llego al parto por culpa de esa gente! ¿A usted le parece?

Le cuento.

Era domingo, uno de esos de calor intenso y sol a pleno. Ese día pasamos los treinta y cinco, me acuerdo porque estábamos con mi mujer —de

nueve meses y dos semanas de embarazo— a pura *aguajina* fresca, recostados delante del ventilador. Cuando me fui para el hotel, a eso de las ocho, ya había refrescado un poco. Al salir la Clarita, mi mujer, mientras abría la puerta de casa me dijo: «¡Quédate cerca del teléfono, José, que te llamo en cualquier momento...!». Se la veía venir.

Todo estaba tranquilo, muy tranquilo, en mayo nunca pasa mucho por La Merced, y un domingo a la noche, menos. Luego de la recorrida habitual y de despedir a una pareja de turistas que había pasado un par de días en el hotel, me serví un café y me senté tranquilo a mirar televisión en los sillones de la recepción. Lo habitual. El hotel estaba completo, pero ya todos estaban en sus habitaciones. Llamé a Clarita un par de veces y nada todavía. Todo tranquilo en El Edén.

Todo tranquilo hasta que a eso de las tres de la madrugada llegó la gente que le cuento, ¡Dios mío!

Eran cinco; entraron casi juntos por la puerta de vidrio, entre alterados y dormidos. Tres mujeres y dos varones, gente grande vestida como para expedición. Dijeron venir desde Lima. Dijeron que se demoraron porque hubo un huaico de la Carretera Central. Y dijeron que tenían reserva en el hotel para esa noche. Miré los registros, miré la computadora, pero no: ninguna reserva había para cinco personas llegadas desde Lima para ese domingo:

—Discúlpeme —le dije a la mujer que se acercó respetuosa aunque algo amenazante al mostrador—, pero la reserva no está hecha para el domingo, sino para el lunes.

La mujer comenzó a reclamarme mientras miraba a sus colegas, que se miraban entre ellos y se preguntaban: «¿Quién hizo la reserva?».

—No puede ser —insistía.

De ahí en más: llamadas telefónicas a Lima, a La Merced y reclamos y vuelta a preguntar:

—¿Está seguro?

Y vuelta a mirar la computadora y los registros de mi compañera que trabaja durante el día.

—Estoy seguro, señora. La reserva la tienen desde las diez de la mañana del lunes. Si esperan...

Nunca debí haberles dicho que esperen.

Errores que uno comete y de los que se da cuenta casi en el mismo momento en que mete la pata. ¿Por qué no mandarlos a otro hotel? Al Aldi, al Aviro. Pero no, les propuse que se quedaran en la recepción; les dije que seguro alguna habitación se desocupaba al amanecer.

Les sugerí que no buscaran otro hotel, incluso, porque sin reserva difícilmente conseguirían. ¡Qué tontería!

Pues allí quedaron los cinco visitantes. Traje algunas cobijas. Una de las mujeres, la que parecía liderar el grupo, dijo que iba a aprovechar para terminar un trabajo y ajustar detalles de la visita del día siguiente. Al parecer, seguían viaje a la comunidad de San Miguel de Eneñas, no tan lejos de aquí. Sus compañeras se mostraron solidarias: «Ok, trabajemos un rato, luego dormimos cuando tengamos las habitaciones».

Qué gente tan pragmática, pensé.

—¿Tendrá café para ofrecernos? —me encaró una de las mujeres.

—Sí, sí. Ya les traigo.

El grupo se instaló rápidamente con sus mochilas en los diez metros cuadrados de la recepción, como si estuvieran en el living de su casa. Abrieron computadoras, sacaron carpetas, desplegaron papeles y comenzaron a realizar llamadas y a mandar mensajes por celular. ¿A quién llamarían a las tres de la mañana?, me pregunté.

En fin, así las cosas, pensé. No será una noche fácil. Y no lo fue, se lo aseguro.

Mientras traía un termo de café caliente y algunas galletas para los visitantes, comenzó a sonar el teléfono de la recepción. No, no, ahora no, me dije. Dejé todo sobre el mostrador mientras el grupo comenzaba a organizar su trabajo del día siguiente y atendí el teléfono:

—Amor, me están viniendo algunas contracciones. Nada para asustarse, son cada cinco. Solo te quería avisar.

—Bien Clara, estemos comunicados. Avísame cualquier cosa que pase.

Pensé en mi suegra, claro, en alguien que pudiera darnos una mano esa noche. Pensé: luego de tanta espera, ¿justo esta noche se le aceleran las contracciones? ¡Qué mala suerte!

Me quedé un buen rato mirando la computadora y escuchando a los visitantes. Estaban entonados como si fueran las once de la mañana. Una de las pasajeras me pidió un *soroCHIPIL*. Le dije que en La Merced estábamos a setecientos metros sobre el nivel del mar, que su dolor de cabeza no podía ser soroche. De todos modos me insistió y le dije que no, que no tenía. Alguien entonces le ofreció hojas de coca y se puso a mascar, allí mismito.

Uno de los caballeros comenzó a repasar lo que parecía un discurso o algo así: «Amigas y amigos de San Miguel de Eneñas, es un gusto para nosotros venir a compartir con ustedes la inauguración de la nueva Escuela Secundaria Tutorial...». Una de sus compañeras —no la del soroche, tampoco la que preguntó por la reserva sino la otra— lo interrumpió abruptamente a viva voz: «¡Demasiado solemne!». El muchacho volvió a iniciar el discurso.

Mientras hablaba, su compañero —el otro varón del equipo— se acomodó en uno de los sillones y comenzó a roncar, fuerte, fuerte. En ese momento justo se largó un aguacero torrencial sobre la ciudad.

A las cuatro y media toda La Merced dormía plácidamente menos los visitantes y yo, claro. Y no solo estaban despiertos, ¡estaban trabajando intensamente! Qué entusiasmo.

A esa hora más o menos el grupo se completó de una manera inesperada: tocó a la puerta del

hotel una joven bajita y menuda. El grupo la reconoció rápidamente y me pidieron que por favor le abra. Iba acompañada de un hombre moreno que, minutos más tarde, me enteraría que se trataba de un dirigente indígena de Yurinaki. La mujer que lideraba el equipo fue al encuentro y saludó a los recién llegados a la fiesta. Les pidió disculpas por la hora pero a la vez le preguntó a la joven: «¿Qué pasó con la reserva?».

El señor mayor, el más grande del grupo, seguía roncando. Su amigo repasaba y repasaba el discurso en voz alta. La mujer del soroche, mascando coca, se acercó también a saludar a la recién llegada y, sobre la pregunta recién hecha —la de la reserva—, le aplicó una nueva, así nomás, sin espera: «¿Y qué pasó con los colchones?». Todo esto con el tarareo de fondo de la amiga cantante, que andaba con auriculares puestos tarareando canciones de Soledad Pastorutti, como en karaoke.

En ese preciso instante de locura, volvió a sonar el teléfono de la recepción. Miré al cielo.

Clarita, agitada, me avisó que las contracciones bajaron a dos por minuto, «y son seguidas», me dijo. Pensamos juntos en cómo organizarnos: su mamá está en Lima, la mía vive en Puno. Imposible que lleguen. Los chicos de la casa de al lado, pensamos.

Mientras hablaba con Clara se produjo una discusión áspera delante de mí: «Hay problemas con la entrega de colchones para las familias *acogientes*», decía el hombre de Yuriñaki. La mujer que lo acompañaba,

la menudita, parecía ser la responsable de la entrega; comenzó a realizar llamados desde su celular, uno tras otro, intentando solucionar el problema: al Ministerio de Educación, a la Alcaldía, a la sede de su organización, en Lima. Llamaba, atendían y comenzaba cada charla de la misma manera: «Buenos días, lo llamo desde la oficina de *El DyA* en La Merced...», una y otra vez. Al mismo tiempo, la mujer del soroche decidía opinar también sobre el discurso de su compañero; le pide que se exprese con más emoción: «Estamos celebrando juntos la inauguración de diecisiete núcleos de la secundaria tutorial. Y con esto, ¡cientos de chicos por fin tendrán una oportunidad...!». Lo dice y se emociona, y se emocionan.

—Ahora me vino al minuto y medio, José.

Mi mujer seguía del otro lado del teléfono respirando y contando las contracciones y pasándome el parte. El señor del ronquido fuerte comenzó a realizarlo acompasadamente como si siguiera, entre sueños, el ritmo de las canciones de Pastorutti. La mujer que mascaba y mascaba dejó por un momento de corregir al que ensayaba su discurso y comenzó de golpe preguntar con insistencia: «¿Alguien se acordó de traer los materiales de capacitación sobre cata de café del programa de empleo adolescente? ¿Quién los cargó en el carro? ¿Quién?».

Un manicomio esa recepción, se lo aseguro. Entre las conversaciones cruzadas, las luces de la recepción prendidas a pleno y las pantallas de las computadoras, los relámpagos y la claridad que comenzaba a entrar desde la calle, nadie hubiera dicho que apenas si llegábamos a las seis de la mañana. Una locura.

En medio de esa situación descontrolada aparecen desde el ascensor, con sus maletas, la pareja de la 304, apurados por realizar su *check out* y preguntándome dónde se servía el desayuno.

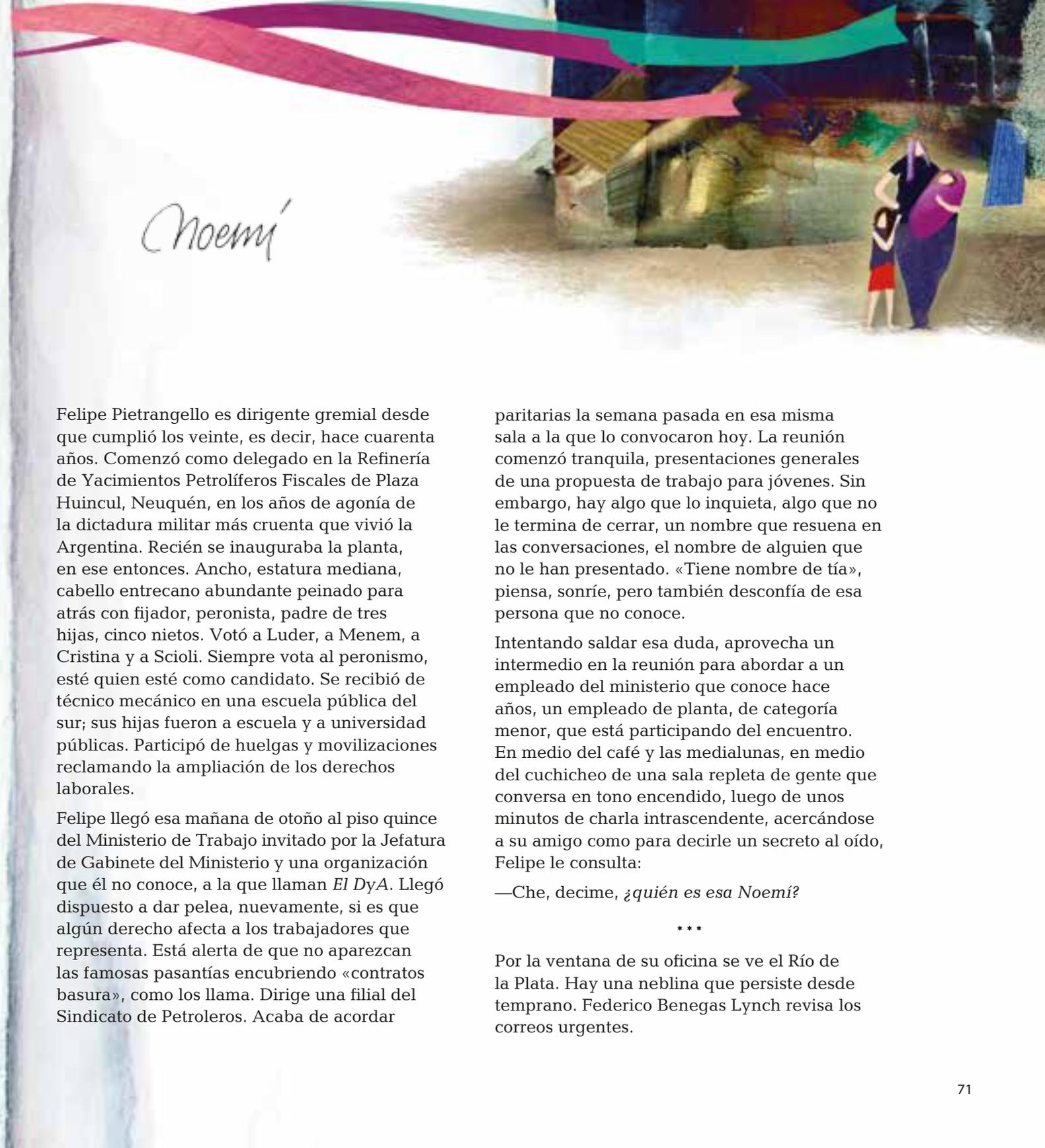
La situación llegó a su punto de saturación justo cuando el reloj indicaba la seis, no me lo olvido más: entre truenos tremendos, con la pareja de gringos frente a mí hablándome en un inglés poco comprensible, con la mujer menudita charlotteando con tono empresarial a través de su teléfono celular y la loca del soroche y el resto dando vueltas como poseídos..., del otro lado del teléfono Clarita me anuncia con desesperación y alegría a la vez:

—¡Rompí fuente, amor!

Allí los dejé a todos, claro.

Regresé al hotel dos días después. Fue una niña, Margarita, ¡hermosa bebé!

Nunca supe qué pasó con ese grupo de locos, pero espero volver a verlos algún día en *El Edén*.



Felipe Pietrangello es dirigente gremial desde que cumplió los veinte, es decir, hace cuarenta años. Comenzó como delegado en la Refinería de Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Plaza Huincul, Neuquén, en los años de agonía de la dictadura militar más cruenta que vivió la Argentina. Recién se inauguraba la planta, en ese entonces. Ancho, estatura mediana, cabello entrecano abundante peinado para atrás con fijador, peronista, padre de tres hijas, cinco nietos. Votó a Luder, a Menem, a Cristina y a Scioli. Siempre vota al peronismo, esté quien esté como candidato. Se recibió de técnico mecánico en una escuela pública del sur; sus hijas fueron a escuela y a universidad públicas. Participó de huelgas y movilizaciones reclamando la ampliación de los derechos laborales.

Felipe llegó esa mañana de otoño al piso quince del Ministerio de Trabajo invitado por la Jefatura de Gabinete del Ministerio y una organización que él no conoce, a la que llaman *El DyA*. Llegó dispuesto a dar pelea, nuevamente, si es que algún derecho afecta a los trabajadores que representa. Está alerta de que no aparezcan las famosas pasantías encubriendo «contratos basura», como los llama. Dirige una filial del Sindicato de Petroleros. Acaba de acordar

paritarias la semana pasada en esa misma sala a la que lo convocaron hoy. La reunión comenzó tranquila, presentaciones generales de una propuesta de trabajo para jóvenes. Sin embargo, hay algo que lo inquieta, algo que no le termina de cerrar, un nombre que resuena en las conversaciones, el nombre de alguien que no le han presentado. «Tiene nombre de tía», piensa, sonríe, pero también desconfía de esa persona que no conoce.

Intentando saldar esa duda, aprovecha un intermedio en la reunión para abordar a un empleado del ministerio que conoce hace años, un empleado de planta, de categoría menor, que está participando del encuentro. En medio del café y las medialunas, en medio del cuchicheo de una sala repleta de gente que conversa en tono encendido, luego de unos minutos de charla intrascendente, acercándose a su amigo como para decirle un secreto al oído, Felipe le consulta:

—Che, decime, ¿quién es esa Noemí?

Por la ventana de su oficina se ve el Río de la Plata. Hay una neblina que persiste desde temprano. Federico Benegas Lynch revisa los correos urgentes.

Lo acompaña una música, lejana, compuesta por el rugir de buses, trenes, aviones y carros que van y vienen por la avenida Leandro N. Alem, la del ministerio. Su escritorio está ubicado de frente al ventanal desde donde, entre una selva impresionante de cemento, se ve el río. Llegó a la función pública de la mano del ministro entrante, hace apenas dos años. Es su primer empleo como funcionario público; ingresó directamente con un cargo de director. Antes de eso, trabajó poco más de cuatro años en una empresa de tecnología digital. Antes, la Universidad Austral, en Pilar, casi seis años. Votó a Alfonsín, a De la Rúa y a Macri; nunca vota al peronismo, esté quien esté como candidato. Tiene puesta una camisa celeste pegada al cuerpo y un pantalón pinzado. Tiene varias camisas celestes, que rota cada día, o día por medio, según los casos. Recién separado, el joven Benegas Lynch pasa sus días en casa de sus padres, en Acassuso, lejos del centro. «Hasta que alquile algo», le dice a sus amigos justificando el regreso al hogar familiar, que no le entusiasma. Su oficina está pegada a la sala de reuniones del piso quince.

Fede es hinchista fanático de River Plate y llegó sobre la hora esa mañana al ministerio. Necesita concentrarse, pero entre los más de cien *mails* que tiene pendientes y la docena de mensajes de WhatsApp que le acaban de llegar durante la primera parte de la reunión sobre *Prácticas en lugares de trabajo* que le toca coordinar, no está pudiendo focalizarse en el tema que le ocupa. Necesita diseñar una

política que promueva que más y más jóvenes culminen sus estudios secundarios e ingresen al mercado de trabajo, como sea. Esa es la tarea que le encomendaron, por la que lo evaluarán. Por ese motivo le toca trabajar con sus colegas de Educación, con los que no ha tenido demasiado contacto hasta el momento. Pero está fuera de foco, y esa falta de foco se expresa en un dato que no tiene del todo amarrado, que no comprende del todo bien de esa reunión de trabajo de la que participa. Alguien que no sabe quién es, que intuye pueda ser la líder referente de algún movimiento piquetero opositor que no conoce. Se inquieta, duda.

Lo llaman desde la sala por el interno del ministerio avisándole que es tiempo. Se atolondra un poco con la noticia, necesita resolver varios asuntos antes de regresar a la sala. Entre respuestas telegráficas de *mails* y de WhatsApp, se toma unos segundos para enviar un mensajito de voz a su secretaria, que armó y envió las invitaciones, que lo ayuda a poner en orden su vida compleja. El mensaje es corto. Espera, también, una respuesta corta. No tendrá tiempo de leer demasiado. El mensaje:

—Caro, contame rápido: ¿quién es Noemí?

Está a punto de firmar los compromisos del Pacto Global. Ha venido trabajando en completar uno a uno los requisitos, lo que le exigen. Cuestiones ambientales, cuestiones laborales, relaciones con la comunidad.

Está acostumbrada a competir por los primeros puestos. Con ese espíritu asumió el compromiso con el presidente de la empresa: «Vamos a estar en el podio de las empresas socialmente responsables del país», le dijo al asumir. Alta, elegante, Renata Frydman no se irá del ministerio sin firmar el acuerdo. Tiene los límites bien marcados. Sabe dónde ceder, dónde negar. No será mucho lo que otorgue, pero será algo, lo suficiente, lo necesario para completar el casillero del informe que enviará a Naciones Unidas. Le interesa que más jóvenes ingresen a la compañía, si son jóvenes «vulnerables» mejor, pero en ciertas condiciones, en ciertos lugares y no en otros.

Renata es directa, pragmática. Es soltera y no tiene pareja —conocida, al menos—. Camina rápido y habla rápido. Va directo al grano. Con ese espíritu participa de la reunión esa mañana. Y con ese espíritu se anima a abrir la segunda parte de la reunión del piso quince. Huele a alfombra nueva y a café expreso. Sentados todos alrededor de la larga mesa que los convoca, sin vueltas, la mujer empresaria enfrenta a los doce colegas que la acompañan: solo tres mujeres, ella y dos del grupo de las ONG que presentan la propuesta —*El DyA* y sus organizaciones socias—. Sin esperar siquiera que se acomoden, mostrando al grupo unos papeles que tiene delante, lanza un interrogante para iniciar la charla. Un interrogante que inquieta al auditorio:

—Quisiera comenzar este tramo de la reunión con una pregunta imprescindible, antes de avanzar con las conversaciones y la firma de acuerdos: ¿alguien podría explicarnos qué significa la sigla NOEMÍ?

A kilómetros del Ministerio de Trabajo, por barrios de Tucumán, de Mar del Plata, de Santa Fe, de Buenos Aires y de tantas otras ciudades y pueblos de Argentina, de América Latina, Noemí camina, baila, llora, sueña. Intenta terminar su colegio, pero no puede; intenta conseguir un trabajo que le permita vivir dignamente, pero no lo logra. Noemí padece situaciones de vulnerabilidad propias de su edad y también aquellas originadas por un sistema social que no brinda oportunidades para todas y todos por igual. Así y todo, a kilómetros de la Avenida Alem, Noemí lucha, se esfuerza, intenta. A veces acompañada por su familia, a veces no. A veces estimulada por sus amigos, a veces no. A veces contenida por vecinos de su barrio, por organizaciones de la comunidad en la que pasa sus días, a veces no. Miles y miles como Noemí aguardan con esperanza que quienes tienen la responsabilidad de tomar decisiones para ordenar mejor el mundo en que vivimos, lo hagan de una vez y los consideren.

Hoy, en una oficina ministerial una luz aparece y Noemí, una vez más, vuelve a confiar.

Empresarias, funcionarios, sindicalistas; técnicas, empleadas, directores; cooperativistas, periodistas, congresistas; peronistas, liberales, socialistas; administradores, científicos sociales y economistas. Todas y todos preocupándose y preguntándose al unísono durante esa mañana de abril en ese ministerio rodeado de edificios lujosos, en plena Buenos Aires, al fin:

¿Quién es Noemí?

El tiempo y el espacio

Historias que refieren a proyectos, a pasajes de vida, a acciones concretas realizadas por *El DyA* a lo largo y ancho de la región.

Historias situadas en tiempo y en espacio.

Treinta años - treinta proyectos que han tenido inicio y que han culminado; aunque aún sigan latiendo.

Treinta años - treinta proyectos que han tenido apoyo de organizaciones que han creído, que han apostado a *El DyA*.

Información precisa sobre inicios, finales, ubicación, cobertura, financiamiento. Cantidades, detalles.

Otra forma de organizar la mirada para comprender a *El DyA*.

Una línea de tiempo sembrada de proyectos, de anhelos, de logros, de personas; de vida.



1

- Estudios y evaluaciones varias
- Programa de mejoramiento agrícola San Juan de Pastocalle
- Programa de fortalecimiento barrial en el Carmen y la Ferroviaria Alta

1988

CARLOS ARCOS

2

- Diseño de modelos de atención social para el Estado
- Diseño de Estrategia de atención "Niño a Niño"
- Diseño de modelo "Ludoteca"

3

- Programa de formación dirigido a educadores de calle (CECAFEC. En conjunto con otras ONG)

1992

FERNANDO GARCÍA

1994

CARLOS ARCOS

1996

4 Proyecto de salud integral - Kichwas del Alto Napo

Sistema cantonal de Salud para Archidona - Napo

1998

GUSTAVO CUERRA

2001

8

- Educación sexual en los colegios bilingües e hispanos

9

- Programa ETI en el botadero de Santo Domingo de los Colorados

2002

- Control de malaria en zonas fronterizas de la región andina: un enfoque comunitario PAMAFRO

2004

5

- Programa de producción, innovación tecnológica agrícola para la producción de chonta, cacao y animales menores en la selva amazónica

2005

6

- Programa de erradicación del trabajo infantil en las minas de oro de Bella Rica

2006

7

- Líneas de base de trabajo infantil. Basurales y minas de oro

2007

10

- Expansión de la estrategia DOTS en Ecuador. Ronda 4. Fondo Mundial.

2008

11

- WIÑARI: Iniciativa educativa para la erradicación del trabajo infantil indígena en Ecuador

2009

12

- Proyecto Naupaqman puriy-Kereimba-Ch'ikhi wawita: Erradicación del trabajo infantil indígena en Bolivia

2010

13

- Prevención y erradicación del trabajo infantil indígena riesgoso y de la trata para fines de explotación laboral y mendicidad en el Callejón Interandino

2011

14

- Programa ETI en 20 botaderos municipales en Ecuador

2012

15

- Programa ETI en plantaciones bananeras

2013

16

- Programa ETI en el mercado de Tarquí, Manta

2014

17

- Programa nacional ETI en botaderos municipales de Ecuador

2015

18

- Programa de inclusión educativa

2016

19

- Convenio de cooperación UNICEF-DYA protección y erradicación del trabajo infantil

2017

20

- Respuesta del estado y sociedad civil a la tuberculosis. Ecuador. Ronda 9. Fondo Mundial.

2018

21

- Control y prevención de la malaria en el Ecuador. Ronda 8. Fondo Mundial

2019

22

- Proyecto Semilla: Erradicación del trabajo infantil en actividades agrícolas peligrosas en Perú

2020

23

- Proyecto Supérate: Formación laboral para el empleo y emprendimiento de adolescentes y jóvenes que trabajan en construcción

2021

24

- Ecuador libre de trabajo infantil

2022

25

- Proyecto Raíces: Prevención del trabajo infantil rural y migración laboral infantil en Cajamarca, Perú

2023

26

- Prevención de zika, en zona afectada por terremoto

2024

27

- Proyecto Noemí: Políticas públicas sobre prácticas educativas en el lugar de trabajo para adolescentes y jóvenes en situación de vulnerabilidad social en Argentina

2025

28

- Proyecto de salud preventiva con enfoque en derechos en Monte Sinaí

2026

29

- Proyecto de salud y nutrición

2027

30

- Proyecto de salud y nutrición

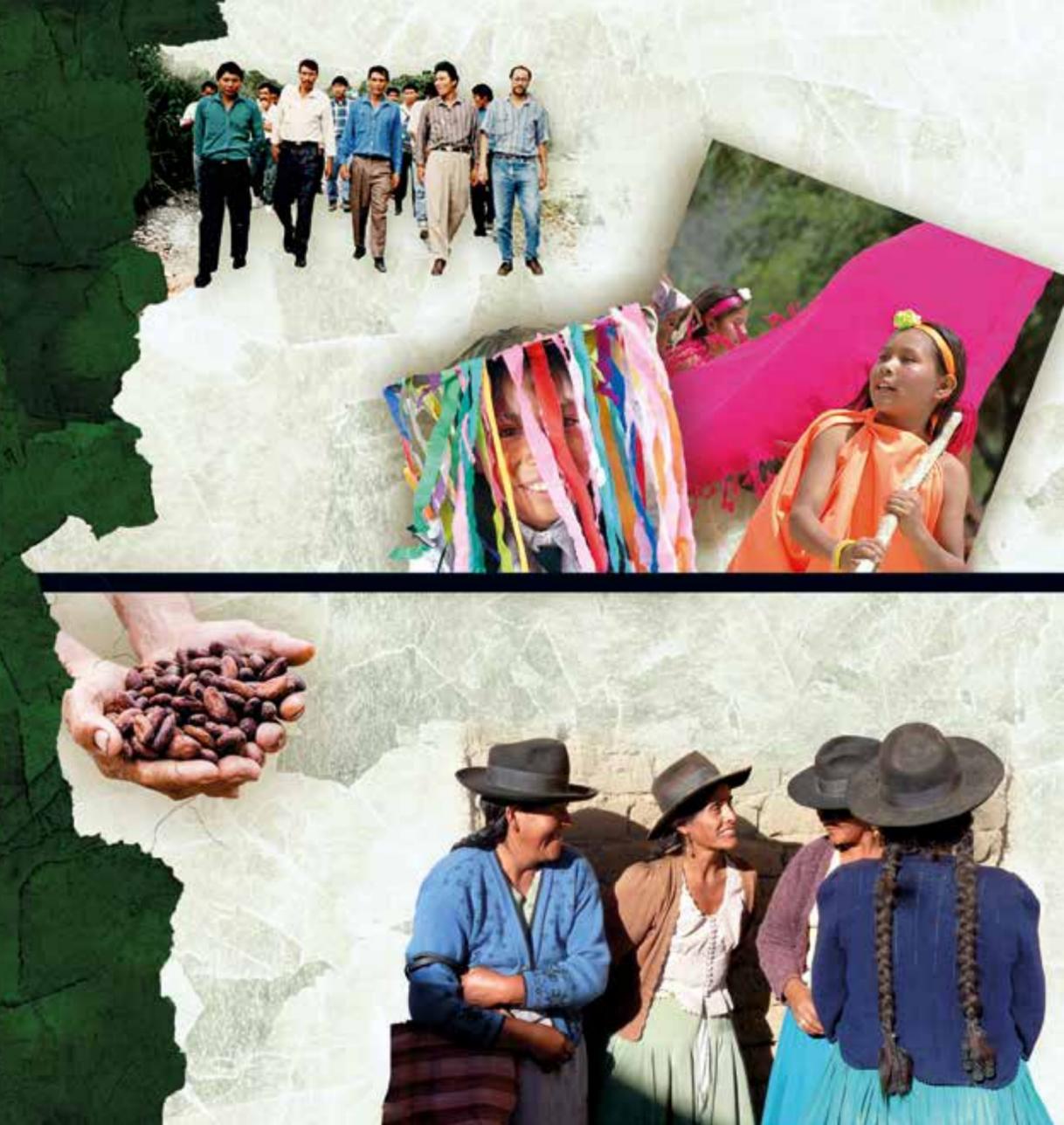


Los proyectos

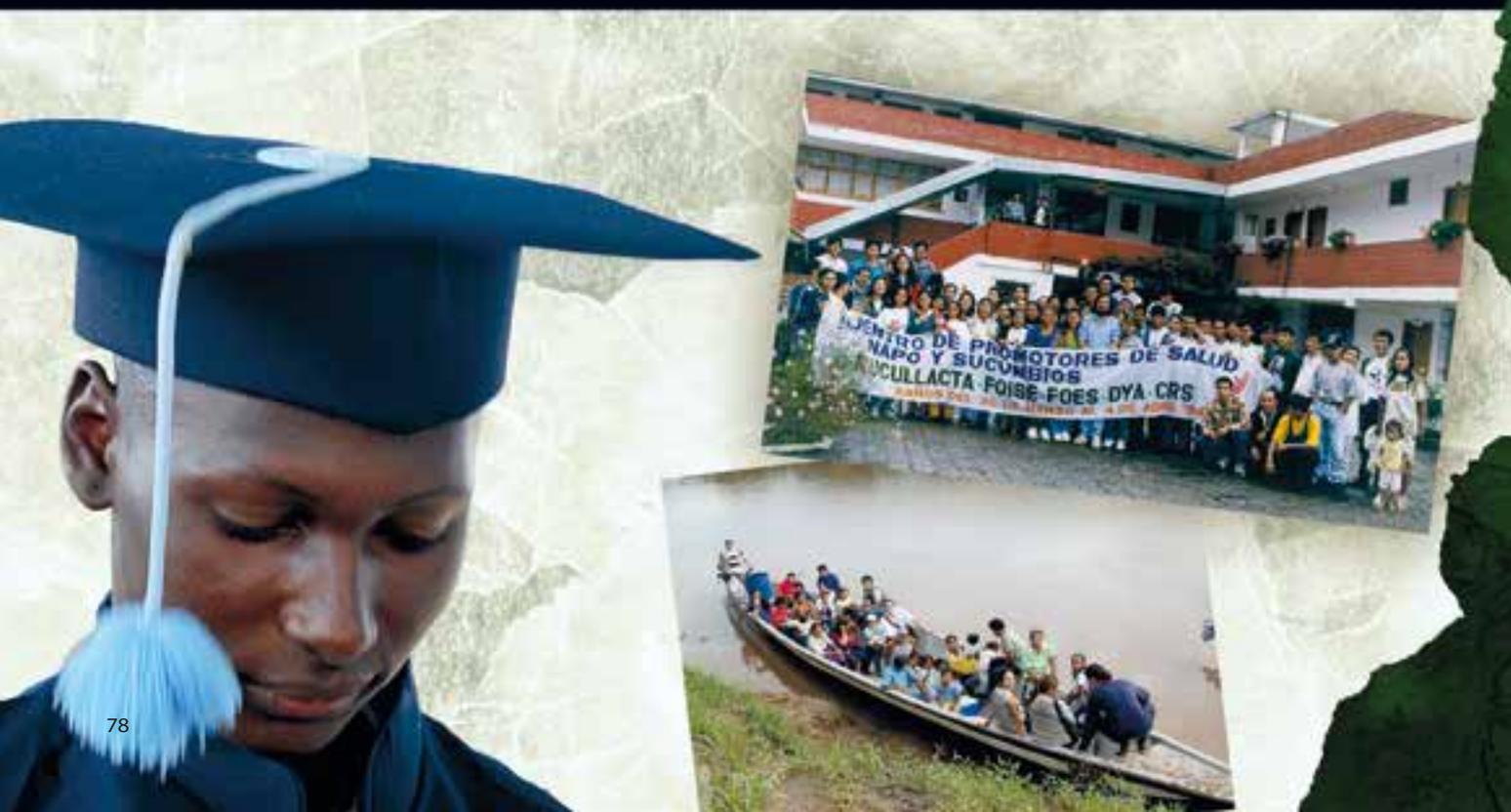
AÑO	PROYECTO	ZONA GEOGRÁFICA	COBERTURA	ORGANIZACIONES PARTICIPANTES
1 1988 - 1992	Estudios, diagnósticos, evaluaciones, líneas de base, asesoría	Nacional	Estudios	Varios UNICEF
	Estado de situación de la infancia para UNICEF			
	Programa de mejoramiento agrícola San Juan de Pastocalle	Cotopaxi	300 familias	Catholic Relief Services Organización Campesina Pastocalle
2 1992 - 1994	Programa de fortalecimiento barrial en el Carmen y la Ferroviaria Alta	Quito	1000 familias	Catholic Relief Services Comités Pro mejoras de los barrios
	Diseño de modelos de atención social para el Estado			
	Diseño de estrategia de atención Niño a Niño	Nacional	Estudios	Ministerio de Bienestar Social del Ecuador
3 1992-1996	Diseño de modelo Ludoteca			
	Creación de programa de formación dirigido a educadores de calle (CECAFEC. En conjunto con otras ONG)	Pichincha	90 educadores de calle	Fundación Niño a Niño Inglaterra, Centro de Capacitación y Formación de Educadores de Calle (CECAFEC), en conjunto con otras ONG
	Proyecto de salud integral para los Kichwas del Alto Napo	Napo	30 comunidades	Gobierno de Navarra, Municipalidad de Burlada, Agencia Española de Cooperación Internacional Medicus Mundi Navarra, Federación de Organizaciones Indígenas del Napo (FOIN), Cooperativa San Pedro de Rukullakta, Dirección Provincial de Salud del Napo
4 FASE I 1994-1998 FASE II 1998-1999 FASE III 2000-2005	Sistema cantonal de salud para Archidona - Napo	Napo	80 comunidades, 2500 familias, 12000 niños	
	Programa de producción, innovación tecnológica agrícola para la producción de chonta, cacao y animales menores en la selva amazónica	Napo	800 familias	Fondo Canadiense de Contravalor, GTZ, KFW
	Programa de erradicación del trabajo infantil en las minas de Oro de Bella Rica	Azuay	548 niños, niñas y adolescentes trabajadores y sus familias	Programa IPEC de la Org. Internacional del Trabajo (OIT), Inst. Nac. del Niño y la Familia (INNFA), Coop. Minera Bella Rica, Programa ProNiño de BellSouth, Cámara de Minería del Ecuador, Comité Ecuémico de Proyectos (Fondo Agil)
7 2001-2002	Líneas de base de trabajo infantil en basurales y minas de oro del Ecuador	Nacional	Estudio nacional	OIT, UNICEF
8 FASE I 2002-2004 FASE II 2005-2007	Educación sexual en los colegios bilingües e hispanos	Napo Cotopaxi	14 colegios hispanos y bilingües 107 docentes 2378 estudiantes	Ecuador Adolescente, Medicus Mundi Navarra Ministerio de Educación del Ecuador
9 2002-2005	Programa ETI en el botadero de Santo Domingo de los Colorados	Pichincha	106 niños, niñas y adolescentes	OIT

AÑO	PROYECTO	ZONA GEOGRÁFICA	COBERTURA	ORGANIZACIONES PARTICIPANTES
10 2005 - 2010	Expansión de la estrategia DOTS en Ecuador. Ronda 4. Fondo Mundial.	Napo, Pastaza, Morona Santiago, Zamora	220 unidades de salud, 350 trabajadores de salud, 280 promotores, enfermos de tuberculosis, contactos y sus familias, población de las provincias	Fondo Mundial, CARE, Ministerio de Salud Pública, FONAKIN, FEPNASH
11 2005-2009	Proyecto Wiñari: Iniciativa educativa para la erradicación del trabajo infantil indígena en Ecuador	Pichincha, Tungurahua, Cotopaxi, Orellana, Napo, Sucumbios	6177 niños, niñas y adolescentes indígenas y sus familias	Depto. de Trabajo de Estados Unidos (USDOL), World Learning, DINEIB, CONAIE, MICC, MIT
12 2007-2014	Proyecto Ñaupaqman puriy-Kereimba-Ch'ikhi wawita: Erradicación del trabajo infantil indígena en Bolivia	BOLIVIA: Santa Cruz de la Sierra La Paz Chuquisaca	3000 niños, niñas y adolescentes y 1500 familias	Depto. de Trabajo de Estados Unidos (USDOL), Cruz Roja Suiza Boliviana, Ministerio de Trabajo de Bolivia, Ministerio de Educación de Bolivia, municipios, Asamblea del Pueblo Guarani, Subcentralia Sindical de Mojocoya, organizaciones aymaras de El Alto, organizaciones barriales del Plan 3000
13 2007-2012	Prevención y erradicación del trabajo infantil indígena riesgoso y trata para fines de explotación laboral y mendicidad en el Callejón Interandino	Cotopaxi Tungurahua Chimborazo, Pichincha Imbabura	1400 niños, niñas y adolescentes indígenas y sus familias	Ministerio de Inclusión Económica y Social (MIES), INNFA, Direcciones de Educación Hispanas y Bilingües de las provincias de intervención, MIT, MICC
14 2007-2010	Programa ETI en 20 botaderos municipales en Ecuador	20 ciudades	682 niños, niñas y adolescentes y sus familias	Ministerio de Trabajo y Empleo, INNFA, UNICEF, Movistar Proniño, Municipios, Consejos Cantonales de Niñez y adolescencia, Asociaciones de recicladores
15 2007-2009	Programa ETI en plantaciones bananeras	El Oro, Guayas, Los Rios	2500 niños, niñas y adolescentes	OIT, Sindicato FENACLE, INNFA
16 2007	Control de malaria en zonas fronterizas de la región andina: un enfoque comunitario PAMAFRO	Napo, Pastaza, Morona Santiago, Zamora	400 trabajadores de la salud y promotores comunitarios	Pamafro-Fondo Mundial, Federación de Nacionalidades Achuar, NAE, FEPNASH, FICH
17 2008-2009	Programa ETI en el mercado de Tarqui, Manta	Manabí, ciudad de Manta	500 niños, niñas y sus familias	UNICEF, INNFA, Municipio de Manta, Fundación Telefónica
18 2009 - 2010	Programa nacional ETI en botaderos municipales de Ecuador	Nacional	2600 niños, niñas y adolescentes y sus familias	UNICEF, municipios, Consejos Cantonales de la Niñez y Adolescencia, INNFA, organizaciones de recicladores, programa Proniño de Fundación Telefónica
19 2010 - 2016	Convenio de cooperación UNICEF-DYA Protección y Erradicación del Trabajo Infantil	Nacional	250 niños y niñas trabajadores en calle, 500 adolescentes en conflicto con la ley penal, 3500 niños y niñas afectados por el terremoto en la provincia de Manabí, 30 empresas miembros de la RED, 20 gobiernos locales	Ministerio de Inclusión Económica y Social, Centros de Atención de Adolescentes en Conflicto con la Ley Penal (CAI), Ministerio de Relaciones Laborales, municipalidades Red de Empresas por un Ecuador Libre de Trabajo Infantil

AÑO	PROYECTO	ZONA GEOGRÁFICA	COBERTURA	ORGANIZACIONES PARTICIPANTES
20 2010 - 2015	Respuesta del Estado y sociedad civil a la tuberculosis. Ecuador. Ronda 9. Fondo Mundial.	Guayas y Manabí	2 organizaciones de afectados por tuberculosis, 85 enfermos de tuberculosis, 250 familias, 20 promotores de salud.	Fondo Mundial, CARE, Ministerio de Salud Pública, Asociación Martha Gutiérrez de Guayas, Asociación Manos Amigas de Manabí
21 2010-2015	Control y prevención de la malaria en el Ecuador, Ronda 8. Fondo Mundial	21 provincias	421 unidades de salud, 673 trabajadores de salud, 43 puestos comunitarios, 5500 niños, 280 promotores de salud, población en zona de riesgo de malaria.	Fondo Mundial, Servicio Nacional de Erradicación de Malaria del Ministerio de Salud (SNEM), Organizaciones de base comunitaria: Federación de Nacionalidades Achuar, NAE, FEPNASH, FICH, FONAKISE, FONAKIN, NASHIE, NASE, OCKIL, FCAE, FICSH
22 FASE I 2012 - 2015 FASE II 2016 - 2018	Proyecto Semilla: Erradicación del trabajo infantil en actividades agrícolas peligrosas en Perú	PERÚ: Lima, Junín, Pasco, Huancavelica	6000 niños, niñas y adolescentes 3000 familias	Depto. de Trabajo de Estados Unidos (USDOL), DESCO, World Learning, Ministerio de Trabajo de Perú, Ministerio de Educación de Perú, municipios, organizaciones asháninkas, yaneshas y quechuas
23 FASE I 2012 - 2014 FASE II 2015	Proyecto Supérate: Formación oral para el empleo y emprendimiento de adolescentes y jóvenes que trabajan en construcción	Pichincha	180 adolescentes	Ministerio de Trabajo, Servicio Ecuatoriano de Capacitación Profesional (SECAP), HOLCIM ECUADOR S.A.
24 2012 - 2014	Ecuador libre de trabajo infantil	Esmeraldas, Guayas, Cotopaxi, Tungurahua y distrito metropolitano de Quito	5000 niños, niñas y adolescentes	Unión Europea / Save the Children UK, HOLCIM, gobiernos locales y organizaciones indígenas
25 2013 - 2016	Programa de inclusión educativa	Nacional	50000 adolescentes	Ministerio de Educación, UNICEF
26 2014 - 2017	Proyecto Raíces: Prevención del trabajo infantil rural y migración laboral infantil	Cajamarca, Perú	175 niños y niñas 150 familias	Tierra de hombres, Holanda
27 2016 - 2020	Proyecto Noemí: Políticas públicas sobre prácticas educativas en el lugar de trabajo para adolescentes y jóvenes en situación de vulnerabilidad social en Argentina	ARGENTINA: Buenos Aires Tucumán Santa Fe	Adolescentes y jóvenes de 3 provincias	Depto. de Trabajo de Estados Unidos (USDOL), Fundación SES, Fundación La Salle Argentina, Ministerio de Trabajo de Argentina, Ministerio de Educación de Argentina, gobiernos de las provincias de Buenos Aires, Tucumán y Santa Fe
28 2016 - 2018	Proyecto de salud preventiva con enfoque en derechos en Monte Sinal	Guayas	250 familias 30 enfermos de tuberculosis 50 adolescentes	Misión Alianza Noruega en Ecuador (MANE), Ministerio de Salud Pública, Fundación Hogar de Cristo, Asociación de Ayuda Mutua Martha Gutiérrez
29 2016 - 2017	Convenio UNICEF-DYA Proyecto de prevención de zika Programa de asistencia técnica al MINEDUC para inclusión educativa	Manabí, Esmeraldas	2465 embarazadas, 21240 familias, 10885 niños, 300 maestros	UNICEF, Ministerio de Salud Pública, MINEDUC
30 2018	Proyecto de salud y nutrición	Imbabura	Parroquias Chugá, la Esperanza, Imantag y Anochagua Unidades de salud de Cotacachi	UNICEF



La gente



El DyA es SU gente.

Centenares de personas; hombres y mujeres de América Latina, del mundo.

Personas que han trabajado y dirigido la organización, que han sido destinatarias de sus acciones, que se han asociado, que han financiado, que han apoyado de tantas maneras.

Gentes que han estado cerca y dentro de la organización. Poniendo el hombro, confiando, aportando a esta construcción colectiva que cumple tres décadas de vida.

Esta es otra forma de contar la historia de *El DyA*, quizá la más sentida: presentando a las personas que lo han construido, que lo han sostenido con su trabajo, con su corazón.

Reconocemos el aporte de tantas personas valiosas que copartieron nuestro camino; intentamos mencionar a todas, aunque sabemos que podemos olvidarnos de algunas. Muchas cambiaron de rol y de institución en estos 30 años.

La lista es infinita al igual que nuestro agradecimiento por habernos acompañado.

**Socios fundadores (f) y socios que se sumaron en el camino.
Algunos de ellos, activos (a)**

Amílcar Albán (f)(a)
Ana Cordero (a)
Andrés Dueñas (f)
Betty Amores (f)(a)
Betty Espinosa (f) (a)
Carlos Arcos (f)
César Herrera (f)
Claudia Bustos (f) (honorario)
Fernando García (f) (a)
Gioconda Herrera (f) (a)
Grace Vásquez (a)
Gustavo Guerra (f)
Henny Cajiao (a)
Isabel Palma (a)
José Díaz (f)
Juan Samaniego (a)
Luis Iza (a)
Marcelo Córdova (f) (a)
María Chela (f)
María Dolores Campoverde (a)
María Gloria Barreiro (a)
Maró Guerrero (a)
Ramiro Moncayo (f)
Rebeca Cueva (f)
Rodrigo Bustos (f)
Roxana Vera (honorario)
Sandra Jácome (honorario)

**Trabajadores/as y colaboradores/as externos/as en distintos períodos
en Ecuador, Bolivia, Perú y Argentina**

Adita Sánchez	Enrique Vaca	Karen Manzo	Orazio Belletini
Adrián Álvarez	Erika Vidal	Lady Frida Siguy	Pablo Aguinda
Alex Leiva	Esteban Bogani	Leicia Gotlibowski	Paola Villagómez
Alexander Aillón	Evelyn Montes	Leonardo Quilligana	Patricia Calero
Alexandra Escobar	Ever Cachuán	Leticia Kutianski	Paúl Coronel
Alexé Guerrero	Fabianne Dourte	Liberpool Canchahua	Paúl Montellano
Alfredo Alfaro	Federico Liporace	Lilian Cachuán	Paulo Flores
Alicia Flores	Félix Albán	Lisette Ruiz	Pedro Narváez
Alonso Zhingre	Félix Bamborolo	Lorena Molina	Pedro Tanguila
Álvaro Muriel	Francisco León	Lourdes Caveró	Pilar Mármol
Álvaro Sáenz	Freddy Shiguango	Luis Alvarado	Polo Santamaría
América Salazar	Gabriela Mena	Luis Montoya	Raisa Ferrer
Ana Montero	Gabriela Quintana	Luis Stacey	Ramiro Chimbo
Aníbal Borda	Geovanna Sellan	Luisa Vidal	Raúl Veloz
Bertha Cárdenas	Gisella Quiroz	Marcelo Arana	René Álvarez
Betina Castro	Gloria Camacho	Marcelo Estrella	Robin Chávez
Betsy Aguilar	Helena Salas	Marco Huaco	Rodrigo Barreto
Boris García	Helga Fourcade	Marco Irala	Roger Iguaznia
Camilo Grefa	Henry Pilco	Margarita Bailón	Rosa Alvarado
Carlos Barrón	Hernán Licerás	María Alvear	Rosario Shiguango
Carlos Orrego	Irene Andrade	María Belén Cevallos	Rubén Darío Chambi
Carmen Carro	Jacqueline Tigrero	Maria Brown	Sabrina Wernicke
Carmita Díaz	Jaime Espín	María del Carmen Velasco	Sandra Escobar
Carolina Calderón	Jaime Paredes	María del Valle Garimberti	Santiago Dávila
César Albarracín	Jaime Shiguango	María Rosa Cornejo	Silvia Charcopa
César Huamán	Jaqueline Tigrero	Mariana Farray	Stalin Perlaza
César Muñoz	Javier Salazar	Mariana Laporte	Susana Endara
Charles De Weck	Jeannette Martel	Mariana Melgarejo	Susana Enríquez
Claudia Torres	Jeffry Pavajeau	Mariano Castelnuovo	Susana Silva
Clory Sauma	Jessenia Marmolejo	Maribel Ordoñez	Teresa Álvarez
Consuelo Barrera	Johnny Piguave	Mario Castro	Trinidad Arias
Cristina Toscano	Jorge Alberto Paredes	Mario Clemente Manjarrez	Víctor Narváez
Daniel Suárez	Jorge Chimbo	Mario Gallo	Victoria Arroyo
Diana Contreras	Jorge Cuzme	Martín Ferrari	Vilma Huiza
Diana Ochoa	Jorge Ibujés	Miguel Huaynate	Warren Borda
Diana Sáenz	José Arévalo	Mónica Caizaluisa	Wellington Yumbo
Diana Suarez	José María Ñaño	Mónica Pradel	Werner Jungbluth
Dolores Takusi	José Quispe	Mónica Sahonero	Willy Ruiz
Eduardo Ballón	José Rodríguez	Nancy Torres	Ximena Ponce
Eduardo Toche	José Shiguango	Natalia Santillán	Yolanda Shiguango
Efraín Cutipa	Juan Carlos Alejo	Nubia Taipe	
Enith Flores	Juan Rojas	Ofilda Ramos	
Enrique Jacay	Julio Biagini	Olinda Moloche	



Amigos y amigas de organizaciones no gubernamentales y dirigentes de organizaciones sociales de base

Adriana Arias	Gastón Luis Piconne
Adriana Díaz	Gladys Pupiales
Alejandra Solla	Laura Figueredo
Alejandro Padilla	Javier Gutiérrez
Alicia Olmeda	Javier Perrini
Alfredo Amores	Jorge Aguinda
Bartolo Chimbo	Jorge Herrera
Bartolo Licuy	José Avilés
Bolívar Ignacio Grefa	Jose Luis Goyes
Carlos Rodríguez	José Shiguango
Carlos Rojas	Juan Francisco Guerrero
Carmen Vásquez	Juan Ignacio Santeiro
Carolina Díaz	Juan Reinoso
César Matías Shiguango	Leonidas Iza
César Valverde	Luis Salazar
Cornelio Jarillo	Luis Vieira
Danilo Román	Marcela Browne
Diego Andrés “Chiqui Cha” Shiguango	Marcelo Alvarado
Dioselinda Iza	Mariela Ortiz
Eduardo Lambertín	Mario Zolezzi

Funcionarios de gobierno de Ecuador, Bolivia, Perú, Argentina

Artemio Ríos	Isabel Chanataxi
David Carbonell	Javier Ortiz
Edgardo Balbín	José Alberto Hermoza
Elena Burga	Juan Pazmiño (ETI)
Elsa Pezo	Leticia Cordero
Flor Pablo	Lucy Gálvez
Gabriela Plaza	Magaly Robalino
Henry Betancourt	Manuel Martínez
Inés Martens	María del Carmen Velasco

Personas de instituciones cooperantes de varios países

Ana Aslan	Déborá Martirrez
Ana Bolohnen	Deysi Sánchez
Ana Hualde	Eileen Muirriagui
Augusta Bustamante	Gabriela Aldean
Berenice Cordero	Javier Gutiérrez
Bruce Yoon	José Luis Travez
Carla Murriagui	Juan Pablo Bustamante
Carlos Lynch	Katherine Silva
Carolina Díaz	Kathryn Chinnok
Cecilia Dávila	Kevin Willcutts

Marlon Valverde
Milton Corrales
Miriam Flores
Magaly Robalino
Molvina Zeballos
Nelson Chimbo
Omar Ascencio
Orlando Ledesma
Remigio Sillo
Ricardo Shiguango
Rolando Kandel
Rolando Muruchi
Rosa Alvarado
Venancio Shiguango
Vinicio “Pitala” Mancheno
Vincent Laurant
Volker Sitta
Xavier Salazar

María Brown
María Elena Zumba
María Kathia Romero
Napoleón Matovelle
Rosa Pozo
Sandra Baca
Sergio Chacón
Washington Chilliquinga
Wilson Flores

Lázaro Maman
Ludimila Palazzo
María Fernanda Moreno
María Fernanda Sacoto
Marysol Ruilova
Paúl Guerrero
Pilar Velásquez
Rana Doston
Randal Hicks
Saskia Izurieta

Crisis de los treinta

«Sí». La palabra suena como respuesta pero no es respuesta, es pregunta.

Se produce un silencio incómodo para quién la escucha, que no sabe muy bien qué debe hacer ante esa situación. Lo que hace es responder con la misma palabra: «Sí».

La sala está casi vacía: un diván —que parece cómodo—, una silla Thonet y una mesa pequeña. Junto al gran ventanal desde donde se aprecia una hermosa vista panorámica de Quito, una planta; eso es todo. Desde el ventanal, se logra ver un cielo celeste con algunas pinceladas blancas, pocas, y algunos nubarrones, lejos. Quien parece conducir la conversación no tiene más remedio que volver a proponer, esta vez de otra manera, más directa.

—¿Qué lo trae por aquí?

Ahora sí, el diálogo parece comenzar a fluir.

—Me recomendó que viniera una amiga argentina que conozco desde hace años. Me dijo que usted es el mejor. Que es, precisamente, lo que ando necesitando en este momento de mi vida.

Perelman se acomoda en la silla Thonet y hace un gesto de satisfacción por lo que escucha: ha quedado instalado desde el inicio como «sujeto de supuesto saber», imprescindible para su tarea.



—¿Y qué anda necesitando?

El doctor Jacobo Perelman vive en Quito desde hace casi medio siglo. Estudió en la Universidad de Buenos Aires y, no bien se graduó, se fue a París a realizar un posgrado. En parte, para completar su formación, en parte, huyendo de una dictadura militar que comenzaba a desaparecer gente en cantidad. Regresó al Ecuador y se instaló en la Torre Cantabria hace apenas unos meses y está intentando reconocer qué tipo de paciente tiene recostado frente a sí. Está atento a los detalles.

—Estoy en crisis, doctor.

Un comienzo poco alentador.

—Ajá.

Vuelve a esperar.

—No sé muy bien qué hacer con mi vida, doctor.

La charla ingresa a un camino complejo: ¿se trata de una neurosis obsesiva?

—Mmm.

Sigue esperando, pacientemente.

—Llegué a una edad en la que debo tomar decisiones. Ya no soy un chico, doctor, y estoy confundido. Me entiende, ¿verdad?

No entiende, claro que no entiende, pero igual le sigue la corriente. No dice nada, no quiere cerrar sentidos con sus propios preconceptos, es momento de escuchar, de preguntar. Todavía no es tiempo de intervenir. Eso, para cuando la transferencia se lo permita.

—Cuénteme.

El sol se apagó tras los cerros quiteños. Atardece, comienza a llover. El apartamento huele a nuevo, a pisos de madera recién lustrados. El doctor acaba de abrir la puerta para que, quien lo visita, diga lo que ha venido a decir.

—Siento que ya he hecho todo lo que he venido a hacer a este mundo, doctor. Estudié, me gradué, me casé, me separé, padecí, me volví a casar, disfruté, me drogué, me curé, tuve hijos por aquí, hijos por allí. Trabajé en mil lugares y viajé, viajé y viajé. He llegado a un punto de inflexión en esta vida, ¿me entiende?

No entiende, claro que no entiende. ¿Lo ha ido a visitar por una crisis de crecimiento? ¿Está

aburrido de la vida que lleva? ¿Disconforme? ¿Necesita un cambio que le renueve su deseo? ¿Lo asalta cierta tendencia suicida? Comienza a preocuparse un poco, ¿tendrá que derivarlo a otro profesional con guardia las veinticuatro horas?

Necesita comenzar desde el principio.

—Cuénteme un poquitito sobre su vida por favor: dónde nació, cómo fue su niñez, sus vínculos familiares, sus padres, sus hermanos, su trabajo. ¿Cómo han sido los lugares en los que ha vivido?

Perelman estudió psicoanálisis lacaniano en París y luego partió a Alemania, a la ciudad de Weimar, donde se perfeccionó en una técnica psicoanalítica particular denominada *psy and living*, de uso frecuente en épocas donde la Bauhaus dominaba el escenario cultural europeo, a inicios del siglo veinte. El paciente se presta al juego sin problemas.

—Nací en Latacunga, doctor. Mis padres, amorosos: unos *hippies* académicos revolucionarios de los ochenta. Buena onda, nada que decir: no hubo golpes, ni represión,

ni culpa, todos ateos, ¡imagínese! En esa época vivíamos de prestado en un apartamento de la calle Murgeón. Apenas si entrábamos, todo lo que teníamos era prestado o donado. Allí fue que nos regalaron la mesa —ya le cuento después sobre esa mesa—. Había que compartir todito: escritorio, sillas, computadoras, cama, teléfono, baño, fax... Una familia que se hizo de abajo. Me va entendiendo, ¿no?

El típico caso de niñez con privaciones y padres permisivos. Perelman comienza a atar cabos. Anota y subraya.

—Había noches que en casa no teníamos para comer. A puro llapingacho, fideos y arroz sobrevivíamos. Aprendimos de chicos a compartir, no había otra. Y aprendimos a ver y a reconocer las injusticias desde guaguas, como en *Matrix*, ¿vio *Matrix*, doctor?

Perelman no responde, deja que siga y siga mientras va preparando su diagnóstico. El paciente le hace muchas preguntas. ¿Está necesitando aprobación? ¿Sus padres siguen presentes con una posición fálica con relación a él? Anota en su cuaderno y subraya: «castrar a los padres».

—Le hablo de la escena en la que Morpheus le ofrece a Neo las dos pastillas: la azul y la roja, ¿se acuerda?

Perelman vio la película y la recuerda muy bien, por supuesto. Pero no dice nada. Quien relata ya está lanzado, solo le resta escuchar y anotar.

—Nosotros tomamos desde niños la pastilla roja y de ahí no se vuelve, ¿entiende? Aprendimos a reconocer lo que hay detrás de este mundito injusto y nos propusimos cambiarlo.

El doctor anota en un cuaderno espiralado de tapas duras, negras y hojas lisas. Utiliza para anotar tres elementos: un lápiz —con el que sigue el relato descriptivo—, una lapicera negra —con la que registra las marcas que le interesan— y un resaltador amarillo —con el que destaca lo más relevante del relato—. Muy metódico, Perelman.

Cuando menciona la palabra «cambiarlo», el doctor anota y remarca. Un típico caso de inconformismo existencial, piensa, pero no anota.

—Al poco tiempo nos fuimos a vivir a un cuarto piso en la París y la Gaspar Villarroel; mejoramos un poco. Comenzamos a tener más trabajo, más contratos, más reconocimiento. Pasamos lindos momentos ahí, apretados, pero bonitos, aunque recuerdo algunos cruces con el dueño del apartamento, un verdadero cabrón.

Anota y remarca la palabra «reconocimiento». Siempre aparece esa palabra, lo sabe a esta altura de su carrera. El consultorio se va oscureciendo. Aprovecha un momento algo anodino del relato para prender el velador. Están en un piso diez; empiezan a encenderse las luces de Quito.

—A fines de los noventa la familia se amplió, comenzó a crecer. Fueron tiempos florecientes, doctor. Nos fuimos a una casa de cuatro pisos a Bello Horizonte y 6 de Diciembre. Usábamos solo dos. Y nos fuimos con nuestra mesa, claro —no podríamos sin ella—. Era una casa repleta de escaleras, recuerdo. Allí comenzaron a visitarnos dirigentes indígenas, gentes de organizaciones sociales, funcionarios. Hasta fantasmas había en esa casa de cuatro pisos. Fantasmas, ¿me entiende? También abrimos una casa en el Napo, ¿qué le parece? ¿Vivió en la selva alguna vez, doctor?

Perelman se acomoda en su butaca y anota y luego remarca con negro y con amarillo la palabra «fantasmas». ¿Algún tipo de esquizofrenia? ¿Paranoia?, piensa posibles patologías. Aparece un aparente entramado delirante: ¿estamos frente a una estructura psicótica? Al fin algo serio comienza a despertar su atención. Tanto así que, luego de un buen rato de soliloquio, se anima a interrumpir a su paciente.

—Hábleme un poco más de esos «fantasmas» —deletrea y remarca cada sílaba, mientras pronuncia la palabra.

—Aparecían de noche, cuando todo estaba en silencio. ¡Qué susto, doctor! Movían papeles, circulaban por la casa con un sonido como el que hace un aromatizador o algo así. Anduvieron por esa casa y luego por las otras. Casi que nos han acompañado a lo largo de los treinta años, como nuestra mesa. ¿Querrá decir algo esto de los fantasmas?

Perelman no responde. Solo escucha y anota; está algo sorprendido en este punto. Quisiera preguntarle mil cosas —¿qué relación tiene la mesa y los fantasmas?—, pero prefiere esperar.



—Al poco tiempo volvió la crisis y nos tuvimos que achicar de nuevo. Nos fuimos a un departamento pequeñito en la París y Río Coca, cerquita de donde estábamos. Pequeño, pequeño, tanto que nos chocábamos por los pasillos. Nos amontonábamos en el poco espacio que quedaba, aun así, la mesa siguió con nosotros. El trabajo se redujo montones; no teníamos ni para pagar la luz. Sufrimos muchas privaciones en ese tiempo. ¡Casi cerramos, doctor! Fueron muchas noches de llanto y aguardiente. Me entiende, ¿verdad? No sé cómo continuamos, no sé.

Se produce un silencio. Regresa la vida *padeciente*. Anota Perelman la palabra «sufrimiento», no sabe muy bien para qué, pero igual anota. «Crisis», otro significante que vuelve, que se repite.

—Por suerte, la vida fue muy generosa con nosotros. Poco a poco y a punta de esfuerzo, nos pudimos mudar a una casa más grande. Un chorizo largo y oscuro por la zona de Centros Comerciales, por El Telégrafo, ¿ubica? ¡Ah!, olvidé mencionarle que desde hacía un tiempo nos ayudaba un belga medio loco, entrañable, un genio. Quizá sea útil este dato: pasaba mucho tiempo armando planillas Excel y cuadros estadísticos sobre nuestra querida mesa.

El doctor ubica la zona de El Telégrafo, pero lo que anota es esa relación que acaba de escuchar: «belga medio loco, entrañable y mesa», subraya. Comienza a preocuparle la presencia de esa mesa en el relato: ¿se trata de un fetiche?, ¿un dispositivo de sublimación? Ya tiene bastante material. Lo que ha perdido un poco de vista, a esta altura de la narración, es el ritmo de mudanzas que ha vivido su nuevo paciente.

—Disculpe que lo interrumpa, solo para ordenarme, ya me ha mencionado cinco casas en las que ha vivido, ¿en qué tiempo se sucedieron todas estas mudanzas?

—Más o menos quince años doctor, ¡apenas la mitad de mi vida le conté! Somos como gitanos, ¿vio? ¿Prefiere que paremos?

—No, no. Continúe por favor.

Perelman nunca interrumpe una primera sesión. Ha visto en su teléfono celular llamadas perdidas de su esposa: la hora de la cena va pasando pero no puede contestar, aun sabiendo que su paciente no lo ve. Mientras sigue el relato, anota y subraya dos veces la palabra «gitanos».

—Y a pesar de todo seguíamos creciendo. Abrimos casas en Manta, en Santo Domingo de los Colorados, en Villa Rica... En El Telégrafo nos robaron, recuerdo, ¡qué susto, doctor!

Lo que anota ahora es «trauma». Su paciente no mencionó esa palabra, pero el doctor igual anota. Siempre hay un trauma.

—En esa casa, además, recibimos por fax la noticia del primer gran concurso que ganamos, se llamaba Winari. ¡Qué emoción, doctor! Ese proyecto nos iba a permitir salir del pozo.

¿Entiende lo que le digo? ¿Quiere que le cuente ese proyecto?

Le sigue haciendo preguntas: ¿a quién le estará preguntando, realmente? No quiere que le cuente el proyecto, por el momento. Solo calla, anota y refuerza «proyecto». El paciente sigue. Tiene mucho guardado que necesita compartir. Perelman lo sigue con atención flotante.

—Ese proyecto nos cambió la vida, doctor. Por él y por los otros que lo siguieron. Nos convertimos en expertos en presentarnos y ganar convocatorias. Armamos un equipo «a lo bestia»: administradores, economistas, logistas, antropólogos, secretarías, sociólogas; ¡un *dream team!*, doctor. Trabajábamos y trabajábamos y trabajábamos. En ese tiempo se comenzó a agrandar la familia, más y más.

Perelman no entiende muy bien el tipo de familia de la que le habla, pero sigue atento. Anota la palabra «*workaholic?*», y resalta.

—Con la plata de los nuevos proyectos nos fuimos a vivir a las faldas del Pichincha, a la Granda Centeno, ¿conoce por ahí? Para llegar teníamos que subir una larga cuesta; cansador pero hermoso el lugar. Más espacio, más gente, más movimiento. En ese tiempo nos casamos, nacieron hijos, nos separamos, nos juntamos. Más familia por todos lados. Nuestra mesa se fue rodeando de más y más gente. Armamos un nuevo proyecto ¡para irnos a Bolivia! Época prolífica, doctor. Abrimos proyectos y casas en Chuquisaca, en La Paz, en El Alto, en Santa Cruz. Y abrimos una en Guayaquil, donde todavía vivimos, también. Nos fuimos adaptando a todo.

«Casas por aquí, casas por allá y la mesa. Esa mesa», anota Perelman con estilo poco



ortodoxo. Mientras, mira de reojo su reloj y advierte que ya está por llegar la medianoche. Su mujer le sigue enviando mensajes por WhatsApp, ahora, de voz. Está preocupado por su mujer pero tendrá que esperar, no tiene opción.

—La prosperidad siguió por varios años. Luego nomás nos mudamos a una casa de tres pisos en la calle Seymour. Y también abrimos casas en Lima y luego en Buenos Aires. Nuevos concursos, nuevos proyectos: con niñas y niños y adolescentes y jóvenes y gobiernos y organizaciones y... Una vida entera llevamos recorriendo los caminos del desarrollo de América Latina. Llegamos a ser cerca de doscientas personas trabajando en cuatro países, adaptándonos a espacios y tiempos diferentes, viajando de un lado para el otro con nuestra mesa a cuestas —hace una pausa, y sigue—. Pero, ¿y ahora? ¿Qué sigue ahora, doctor? ¿Más viajes? ¿Más casas? ¿Otros proyectos? ¿Tengo que pensar en el futuro o me dejo llevar nomás? Me entiende, ¿verdad?

Perelman perdió el hilo de las casas y no entiende muy bien el sentido que ha adquirido esa mesa que nombra y renombra su paciente. Pero tiene todo anotado, lo podrá reconstruir.

Contó rápidamente, en medio del relato, una docena de casas: más grandes, más lúgubres, más ostentosas, más lejanas, más oscuras, más luminosas, más próximas. Y ahora, reaparece esta duda que le transmite su paciente.

Aprovechando un silencio en el relato y viendo que la sesión ya va por las cinco horas, el doctor está a punto de cerrar la sesión cuando aparece un último alegato del paciente.

—Y la nueva, claro.

—¿La nueva?

—Sí, doctor, nos estamos mudando nuevamente. Ahora nos vamos a una casa enorme sobre la Eloy Alfaro, cerca del estadio, ¡y esta es nuestra, doctor! Por primera vez seremos propietarios. Oficinas luminosas y parque, y una sala amplia para nuestra mesa bonita. Lo voy a invitar a la inauguración.

Costó decidirse, pero al fin nos vamos. Una buena manera de enfrentar la crisis de los treinta, ¿no le parece? —el tono se distiende, se ve que está más aliviado que cuando llegó, o quizá más cansado. El doctor no puede ir a la inauguración, lo saben ambos, pero igual lo invita. Tampoco va a responder a esta nueva pregunta que le realiza. Lo que sí hace es anotar y remarcar con negro y con amarillo: «crisis de los treinta».

Repasa de reojo sus notas y advierte que tiene mucho trabajo por delante.

Y, ahora sí, aprovecha el silencio y la energía decreciente del paciente —y la propia— e intenta cerrar el encuentro.

—Bueno, amigo, un buen resumen para una primera sesión. ¿Qué le parece si seguimos en la próxima?

EPÍLOGO

Cuando uno cumple treinta, se detiene a pensar.

Parece una edad importante: son tres décadas, un tercio de la vida; quedan atrás los veintes de la juventud. A los de treinta, nos empiezan a exigir que sentemos cabeza, que armemos pareja, que tengamos hijos, que nos hagamos responsables.

A los treinta uno se enamoró, viajó, hizo los mejores amigos, militó en un movimiento político, tuvo varios trabajos. Uno se siente joven aunque haya recorrido un buen tramo de la vida. Ha visto bastante y ha sufrido los primeros golpes: los desamores, la muerte de un ser querido. Uno ha vivido una que otra crisis económica y ha sentido la irracionalidad de la injusticia. Sabe reconocer a los seres humanos valiosos a kilómetros de distancia porque se ha desencantado. Y, por lo general, a esta altura uno ya tiene claro lo que quiere hacer.

Los treinta aparecen como un momento clave de la vida: se mezcla el aplomo que dan los años con el deseo de transformación de un mundo con el que uno no acaba de estar conforme. En ese punto se encuentra *El DyA*, que se forjó de la mano de las comunidades indígenas y campesinas del Ecuador y que viajó repleto de sueños a Bolivia, a Perú y a Argentina para reconocer a su Latinoamérica amada, entendiendo que las fronteras son líneas imaginarias.

Nos especializamos en crear metodologías de educación, salud y desarrollo. Entramos en el mundo de la innovación de tecnologías agrícolas. Apostamos a crear soluciones para problemas que parecían imposibles de resolver. Nos empeñamos en mostrar que los derechos no son simples declaraciones, sino que deben concretarse en la práctica, en servicios, con participación del Estado y con el liderazgo de las propias organizaciones. Allí está *El DyA*: con las raíces profundas hacia el centro de la tierra, tejiendo redes por Latinoamérica toda y mirando hacia el futuro.

Este cumpleaños además nos encontró reflexivos. Nos invitó a rescatar fotografías antiguas del baúl, nos hizo revolver documentos y recuerdos. En el proceso, nos reencontramos con nuestros fundadores y sus sueños. Nos reconocimos entre las distintas

generaciones de *El DyA*. Valoramos nuestro trabajo y lo entendimos. Nos emocionó, nos conmovió, nos sorprendió. Nos hizo querer más.

Nuestro recorrido tuvo altos y bajos asociados a los vaivenes del mundo y también a nuestro propio crecimiento. Hoy vivimos un momento de incertidumbre en el que los viejos paradigmas se cuestionan. La pobreza tiene otras dimensiones, la inequidad y las nuevas formas de violencia nos interpelan y el financiamiento para la acción social es cada vez más limitado. Pero al mismo tiempo habitamos un mundo donde las organizaciones sociales son más fuertes, se multiplican y generan propuestas transformadoras, propuestas que nos confirman que queremos seguir allí, apostando al cambio. Nos encontramos frente a Estados que entienden cada vez más su rol y que ven en nosotros aliados y no enemigos o competidores. En medio de la incertidumbre, nos queda la certeza de continuar aportando a pesar de las restricciones. Queremos seguir escribiendo este libro y tenemos la pluma en la mano.

No solo eso. Al cumplir treinta años, además, hemos aprendido el valor de observarnos hacia adentro. Hoy sabemos que estamos hechos de crisis. Que cada vez que nos caemos, podemos volver a levantarnos más fuertes, más firmes. Aprendimos.

Hoy volvemos a reconocer la inspiración original y la renovamos: seguiremos trabajando junto a las organizaciones sociales, a los pueblos indígenas, a las comunidades campesinas, impulsando sus iniciativas y sus luchas. Creemos profundamente en su fuerza de cambio.

No seguimos las «recetas del desarrollo», porque nos inspira la construcción colectiva a partir de la experiencia acumulada en Latinoamérica. Nuestro compromiso es seguir construyendo una nueva forma de cooperación horizontal, desde el sur hacia el sur. Iremos a los rincones de Latinoamérica donde nuestro corazón pueda latir, nuestras manos construir y donde nuestra experiencia y tecnología sean herramientas de transformación.

Iniciamos una nueva etapa y eso supondrá también reconocer nuestras debilidades y asumir nuevas apuestas para mejorar.

Gracias a todas las personas que fueron parte de nuestra infancia y nuestra juventud. Gracias por haber compartido este sueño. Este libro es un reconocimiento a ustedes, a su tiempo, a su esfuerzo y a su compromiso.

Bienvenidos quienes quieran sumarse para escribir los próximos capítulos, para seguir alimentando este fuego que nunca se apaga... *El DyA*.











DESARROLLO Y AUTOGESTIÓN

COMPROMISO EN LA PRÁCTICA

ISBN: 978-9942-9865-4-2



9 789942 986542